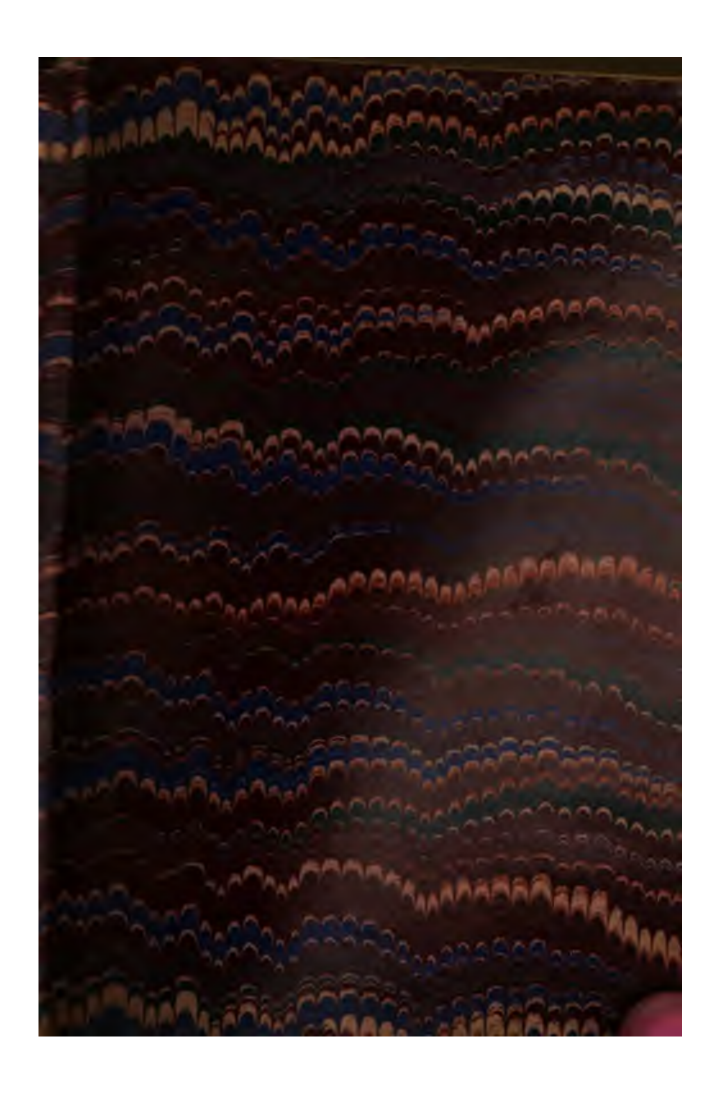



106 f 22
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.
1889.
B.S.M. 7789 A.1 REP. S. 1755
274 b 51



COLÓN.

CAMPOAMOR

COLÓN

POEMA

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
COLEGIATA, NÚM. 6

1882



PRÓLOGO.

Pregunta.—¿Es Campoamor un filósofo profundo, ó es más bien un poeta delicioso?

Respuesta.—Y ¿por qué no ha de ser las dos cosas?

Si no temiera dar á este prólogo la intolerable entonación que los prólogos tenían en edades no remotas, había de entrar ahora en la famosa tesis de lo especulativo y de lo práctico, con cuya ocasión trazaría el mapa del mundo espiritual donde constaran los confines de la imaginación, los linderos del raciocinio, las vertientes de la fantasía, y los mares, en fin, del pensamiento.

Probablemente nada entenderían los lectores de mi gongorismo filosófico; y como los lectores de este prólogo no son de aquellos que declaran sabio lo que no entienden, por el hecho de no entenderlo, tengo por más llano hablar como Dios quiere y manda, llamando las cosas por su nombre y huyendo de imitar á los sabios *doublé*, que,

en fuerza de términos, hacen pasar por oro de ley el *doublé* de su sabiduría.

Campoamor ha escrito esta frase: «En literatura no hay nada digno mas que lo sincero.» Hablemos, pues, y escribamos siempre con sinceridad, si no ha de convertirse la vida en un Carnaval continuo.

Yo bien sé que aquí vendría de molde una disertación sobre la naturaleza del talento, y de cómo éste es capaz de manifestarse en diferentes esferas, y de cómo se puede á la vez rendir culto al austero numen de la Filosofía y á las Musas juguetonas; me valdría primero de argumentos de razón, probando que es una la verdad, una la bondad y una la belleza, y que todas tres perfecciones, irradiando de un mismo centro, de Dios, perfección infinita, se comunican al hombre por maravillosos medios, y desarrollan en su espíritu facultades y afectos en que descansan las ciencias y las artes; acudiría á las pruebas históricas, y desde Salomón, autor de la gran filosofía de los Proverbios, y autor del dulcísimo Cantar de los cantares, pasando por multitud de filósofos griegos y romanos, que á la vez fueron poetas, me detendría ante Fr. Luis de León y el de Granada, en quienes compitieron la ciencia y la poesía; y dirigiendo luego á mis lectores un apóstrofe propio de cualquier alumno de retórica, fingiría que me cargaba de razón, exclamando: Ahí tenéis al sesudo autor

de la *Política de Dios* y de *La cuna y la sepultura*: ése mismo es el chispeante autor de la *Historia de las calaveras* y de *El alguacil alguacilado*; y si mis lectores no quedaban aterrados con la cita, les fulminaría este otro rayo de erudición en forma de interrogante: ¿Veis si eran filósofos Balmes y Donoso Cortés? Pues también hicieron versos.

Es una desventura que cada autor no pueda oir las respuestas que da el público á las preguntas que en sus libros se permite hacerle: á todo el párrafo precedente, con sus pruebas de razón y sus pruebas históricas y sus nombres propios, que á tener algún texto latino haría llorar á las piedras, estoy seguro de que contestan mis lectores:—Bien, ¿y qué?

Nada, lectores míos: yo no pienso hacer esas demostraciones ni ir por cotufas al golfo: para saber que hay filósofos poetas y poetas filósofos, nos basta por hoy conocer á Campoamor.

Si me preguntáis cuál condición resalta más en este escritor, si la de filósofo ó la de poeta, os responderé que lo ignoro; y prefiero daros esta respuesta franca y categórica á enredaros, para ocultar mi ignorancia, en un laberinto de palabras sobre las fuentes del conocimiento y el principio generador: sólo puedo deciros que Campoamor no es de aquellos autores que, estando dotados, por su dicha, de talento vario, cuando escriben en un tono prescinden de todos los demás, y parece que

sólo para aquél hayan nacido. En esto hay positivamente algo de violencia, porque equivale á cerrar todas las ventanas del espíritu, excepto aquella por donde se asoma el individuo. Campoamor, dotado como ellos de un talento vario y recto, no es de esos autores: escribe y habla en plena luz, con todas las ventanas del espíritu abiertas de par en par; jamás se disfraza para asomarse por ellas á la vista pública; dice que los hechos deben irradiar todo lo expansivo, todo lo personal, todo lo espiritual del autor; afirma que un libro, que se tarda meses en escribirlo, es menester que revele lealmente todas las oscilaciones de nuestra alma, la gravedad y la ligereza, la sencillez y la ironía, la flojedad y la inspiración; y negando, por último, que el estilo sea el hombre, como ha dicho un autor, concluye con esta humorística sentencia: «El estilo es un comediante.»

Definidas así las condiciones científico-literarias de Campoamor, no causará extrañeza la proposición en que, á mi juicio, se sintetiza su genio: Campoamor trata en poeta los asuntos filosóficos, y trata en filósofo los asuntos poéticos. Esto exige un talento especial, y es, en verdad, especial el talento de Campoamor.

Dos libros principales sirven de prueba á la proposición asentada: *El personalismo*, y el tomo de las *Doloras*: en *El personalismo* habla el filósofo, que es además poeta; en las *Doloras* canta el

poeta, que es además filósofo. En uno y en otro están perfectamente determinadas las dos entidades del autor; pero hay un tercer libro en que esas dos entidades aparecen tan perfectamente confundidas, que no es posible decidir si en él se muestra Campoamor más filósofo que poeta, ó si, por el contrario, se muestra más poeta que filósofo.

Por eso, á la pregunta con que comienza este prólogo, he respondido con otra pregunta, inocente recurso de los que no saben ó no quieren responder.

—¿Qué cuál es ese tercer libro?—Lo tienes sobre tu mano derecha, lector: es un poema titulado COLÓN.

Su historia creo yo que puede contarse en estas cuatro palabras: nació y murió en Valencia en 1854. Su cuna fué magnífica: la casa del gobierno, que el autor ocupaba como jefe de aquella provincia: vióse envuelto desde luego en delicados pañales, pues la edición hecha por Ferrer y Orga es lujosa y esmerada; tuvo excelentes padrinos, pues á su elogio se consagraron escritores de justo crédito; desapareció, por último, á los pocos meses, pues de las librerías públicas pasó á las de los particulares sin que un solo ejemplar quedase á la venta. Los graves acontecimientos que por aquella época se iniciaron en España, cayeron como una inmensa lápida sobre multitud de cosas; y entre esas cosas enterradas puede contarse el poema de

Campoamor: hoy (1) sale de nuevo á luz, vestido más modestamente, como que se trata de una segunda visita á un público por demás benévolo y enemigo de mentirosos cumplimientos; y al presentarse por segunda vez, usando ya de la confianza que da el trato, se toma la libertad de venir acompañado de un prólogo, porque ya va siendo moda en nuestra España que no viaje libro alguno sin su correspondiente *avant propos*.

Bajo este punto de vista no ha podido caber al Colón mayor desgracia: porque es el caso, que alcanzándoseme algo de lo que debiera ser el prólogo de este libro, me abruma una pereza intelectual tan coliginosa, y me siento tan débil para realizar la obra, que habré de limitarme á delinear, ó á lo más á consignar alguna frase gráfica, como ahora dicen los eruditos, acerca de la bellísima obra de Campoamor.

Yo podría demostrar que he leído los preceptistas del arte, exponiendo las doctrinas relativas á la epopeya desde Aristóteles hasta Hermosilla; hablaría del plan del poema, del fondo, de la forma, del estilo, del tono, de la versificación; sé que vendrían de molde algunas nociones acerca de los episodios y de la máquina, y con un párrafo docto terciando en la polémica de si el verso es ó no in-

(1) Este prólogo fué escrito para la segunda edición del poema, impresa en 1859.

dispensable á la poesía, convertiría mi prólogo en un pequeño manual ilustrado con textos de Eurípides y de Virgilio, de Dante y de Fenelón. Tampoco sería inoportuna, para asentar mi baza de prologuista, una pequeña parada en que apareciesen, rigorosamente formados en línea, Balbuena con su *Bernardo*, Ercilla con su *Araucana* y Villaviciosa con su *Mosquea:* alguna que otra remisión á la *Ilíada*, cuatro dísticos de la *Eneida*, y la primera octava de la *Gierusalemme*, producirían quizá brillante efecto; pero he aquí un bien á que es preciso renunciar á sabiendas. De nada me servirían las respetabilísimas autoridades enunciadas; inútil fuera la excursión á mis amados estudios clásicos: yo estoy seguro de que cuando Campoamor empezó su poema no tuvo la atención de consultar con Aristóteles, ni de hojear tal vez el Arte poética de Horacio: en su mente de filósofo y en su fantasía de poeta se agitaban los elementos de una obra que él no sabía si caminaba á clásica; de una obra que había de constar de pensamientos magníficos engarzados en hermosas octavas y consagrada á cantar una de las mayores hazañas y uno de los héroes mayores que la historia registra y la humanidad venera.

«Ese es Palos.—Callad.—No oigan que aprisa
Tres buques zarpan que la noche vela.
—Es viernes.—Dan las tres.—Sopla la brisa,
Y la más torpe de las naves vuela.

Ya más allá de Saltes se divisa
Una... dos... la tercera carabela.
—¿Que quiénes son?—Dejad que hasta más tarde
Yo, cual las sombras, el secreto guarde.»

Así comienza el poeta. ¿No tiene invocación este poema? Calma, señores críticos; la invocación viene después: seguimos con las carabelas:

. . . .
«—¿Que á dónde van?—Dejad que el sol lo cuente
Cuando os muestre su luz por el Oriente.»

Todavía continuará con dudas el lector acerca de los navegantes:

«—¿Que quiénes son?—Nadie su nombre ha oído.
—¿Que á dónde van?—Adonde nadie ha ido.»

Entre los navegantes hay uno que sirve de guía y jefe á la tripulación.

«—¿Que á dónde va?-No sé.-¿Quién es?—Tampoco.
Unos dicen que un sabio, otros que un loco.»

En esa octava aparece por primera vez el nombre de Colón, nauta atrevido, cuyo pensamiento esculpe Campoamor en estos versos:

«—¿Os espantáis? Yo en vuestro espanto abundo:
Marcha á borrar los límites del mundo.»

Que pruebe otro ingenio á sintetizar el colosal proyecto de Colón en frase más feliz y más exacta: ¿queréis conocer al héroe? Oid:

«Dulce es su faz, ¿no es cierto? aunque es severa,
Majestuosa actitud, ropa sencilla,
Tez blanca. Entre su rubia cabellera
Ya la corona de los años brilla.
La vista clara, viva y altanera,
Largo el rostro, saliente la mejilla,
Convence ó encanta cuando mueve el labio:
Tal es el loco, ó, si queréis, el sabio.»

Magnífica es la empresa, arriesgado el proyecto; nadie ha surcado los mares á donde se lanza Colón; el terror se apodera de los pechos más serenos, y el poeta les dice:

«Casi tenéis razón: es necesario
Ser muy audaz para mirar sin miedo
El sepulcro á los pies, encima ambiente,
Pena en el corazón y nada enfrente.»

Va á comenzar la invocación y á concluir el primer canto:

«¿Qué hace en tanto Colón? Un libro abriendo,
—«En el nombre de Dios...» traza su mano.
¡Buen principio! A ese nombre ya comprendo
Que doblegue su furia el Oceano.
Y yo, que el curso proseguir pretendo
De un varón tan valiente y tan cristiano,
Cantando audaz mi musa su grandeza,
De Dios en nombre, cual Colón, empieza.

»¡En el nombre de Dios! Canto la gloria
De un nauta osado, inteligente y pío,
Que de los sabios nubla la memoria,

Que de los héroes oscurece el brío.
¡Nauta feliz, que eclipsará en la historia
Todo el valor, la ciencia y poderío
Que en seis mil años, con jactancia vana,
Fastuosa acumuló la especie humana.

»¡En el nombre de Dios! Canto al que osado
Aventó con su soplo omnipotente
El palacio de sombras encantado
Donde dormía el sol en Occidente.
Canto al que el ansia hidrópica ha saciado
Del codicioso y viejo continente,
Dando á su afán en perenal tesoro
Sobre islas de coral montañas de oro.»

Así termina la invocación y con ella el canto primero.

Prometo la enmienda; ya no copiaré trozo alguno, ni aun octavas del poema, porque casi todas son copiables, y no hay motivo para hacer mención especial de unas con abstracción de las otras. Cuentan de un apasionado de Homero que se propuso subrrayar todas las expresiones bellas que contiene la *Iliada*, y así lo hizo: al acabar el último canto había subrrayado todo el libro: ¿iré yo á hacer lo mismo con el Colón?

Estamos en el mar; ¡bendito sea Dios! ¡Tres carabelas para conquistar un mundo, y se arman hoy escuadras formidables y ejércitos numerosos para conquistar un palmo de terreno!

¿Por dónde comenzaría un clásico rigorista después de la invocación? Probablemente por la na-

rración. Campoamor comienza por un episodio interesante, por una historia de amor: la historia de Zaida, y como él mismo dice con admirable exactitud:

«¿Cuándo no fué, para nuestra alma, amena
Una historia de amor, aun siendo ajena?»

¡Qué bella, qué tierna y qué elevada es la carta de Marchena! Colón, al embarcarse, ha mirado hacia adelante; Marchena le da noticia de lo que dejaba detrás; le describe la escena de su despedida, y así resume el juicio que el vulgo formaba del inmortal navegante:

«Si la tierra no halláis, loco profundo:
Si halláis la tierra, redentor de un mundo.»

Adviértase que Campoamor no canta el descubrimiento de la América; canta el viaje de Colón á través de ignotos mares: la escena pasa en el Océano; está, pues, asegurada la unidad de lugar; pero Colón y sus marinos, bogando día y noche, no prestan los elementos varios que ha menester un poema; y ya pasaron los tiempos en que pueda el poeta surtirse de personajes en el Olimpo ó llamar en su auxilio algunas ninfas para departir con ellos y con ellas, ó hacer que ellas y ellos departan amistosamente ínterin se prepara la máquina y se arregla todo á gusto del autor. ¿Pecará el COLÓN de monotonía? No, porque el autor es

poeta, y poeta vale tanto como creador; él creará, en efecto, recursos; personificará, no genios mitológicos, sino virtudes cristianas: la FE, la CARIDAD y la ESPERANZA intervienen: descríbese el cielo, del cual dice el autor:

«Como nada en sí el alma allí sepulta,
No hay secreto placer ni gloria oculta.»

Bellísimos cantos han consagrado al cielo los poetas cristianos; pero dudo que se haya dicho nada más conceptuoso ni más expresivo que los siguientes versos:

«Hermano,» á todo cuanto adoran llaman:
Allí los seres se aman porque se aman.»

Encareciendo la felicidad de las almas que

«En perspicua mudez se hablan mirando,»

dice el autor:

«Con un beso mental en sí encarnando
Cuanto ha criado Dios de alegre y bueno,
Las horas son de su existencia pura
Horas de fiesta en días de ventura.»

La idea que el poeta forma de las tres virtudes teologales consta en estas felicísimas expresiones:

Á la FE:

«Feliz mil veces tú, feliz la gente
Que tras tu pie inerrable va marchando,

Ciega que ves sin que te alumbre el día,
Que tanto ves, como que Dios te guía.»

Á la CARIDAD:

«Modesta emperatriz del orbe entero
Que al orbe entero sirve como esclava,
Reina que el fausto del dosel no goza
Y que espía el dolor de choza en choza.»

Á la ESPERANZA:

«Fiera que matas sin fruncir el ceño,
Y á quien perdona la bondad humana
El que nos des infiel mil amarguras
Pòr ser tan fiel en prometer venturas.»

Las tres virtudes, acercándose con cariño á Colón,

«Tocaron con la boca dulcemente
Su corazón, sus labios y su frente.»

El intrépido almirante, fortalecido con tan poderoso auxilio, exclama:

«—¡Vamos, pues! Los misterios de Occidente
No los creerá, como hoy, la edad futura
Fantásticos prodigios de un demente.»
. . . .
. . . . «Y si la suerte me es impía
La voluntad de Dios será la mía.»

¡Al remo, al remo! Estamos ya frente al Pico de Tenerife.

He reincidido en el desliz de copiar versos: de nuevo prometo la enmienda.

Después de haber animado el Pico de Teide y haber lanzado fantasmas por el cráter del volcán, y haber descrito el Infierno, *maldíto lugar donde no se ama*, lugar donde

«No sabe qué querer la fantasía;
Sólo sabe lo que *odia* y lo que *hastía;*»

después de haber destruído por fin el Pico y hecho desaparecer á Satanás, el viaje continúa: pero aquellos marinos que saben de dónde vienen y no saben á dónde van, aquellos seres vivientes, átomos de la creación suspendidos entre el cielo y el agua, hablan: y hablan á voces; el poeta los oye. Colón lleva la palabra y está contando su propia historia; mas la historia de Colón no se limita á la dolorosa serie de desaires que recibió en Portugal, y en Génova, y en Venecia, y á la repulsa de Salamanca, y al afecto de Marchena: si los estudios profundos han coronado de nieve la cabeza del nauta genovés, los rigores de un amor infortunado hirieron su corazón; y de esa herida brota sangre todavía. No sé por qué secreta simpatía; pero tengo á Beatriz Enríquez por una de las figuras más interesantes del poema. ¡Qué ternura hay en aquella carta que

«A dos leguas de Córdoba traída,
Y en un castillo con rigor guardada,

Amando más la muerte que la vida,
Hoy te escribe, Colón, tu prenda amada.»

La historia *lacerante* de Beatriz es, según Colón,

. . . . «la oculta historia
Que á la historia de España unió mi suerte.»

Beatriz, casada secretamente con Colón, es madre; y le han arrancado el hijo de sus entrañas: ¡cuánta poesía hay en estas palabras que el autor pone en labios de la infortunada esposa y madre!

«¡Sólo un beso le dí, tan sólo un beso!
¡Adiós, vida de amor, sueño de gloria!
Solamente en fantástico embeleso
Desde hoy lo besaré con mi memoria;
Pues para dos que se aman es sabido
Que los recuerdos son besos sin ruido.»

Prosigue Colón su historia: traza un magnífico retrato de D.ª Isabel I y un bosquejo no tan bello de D. Fernando V, de quien dice con serena desenvoltura y franqueza:

«Será mucha su fe, grande su maña;
Pero aunque algunos me apelliden loco,
Su Alteza nuestro Rey me gusta poco.»

La historia de Colón, narrada en preciosas octavas, alcanza hasta la salida de la Gomera.

¡Adelante! de nuevo al mar: tras los días de cal-

ma comienzan las tribulaciones: el infierno brama y los huracanes se desencadenan: la Caridad suspira, y una brisa dulce viene á acariciar las naves. ¡Magnífico espectáculo! la inmensidad del Océano; la inmensidad del firmamento: sobre la primera inmensidad flota una pobre embarcación que va á realizar un pensamiento que vale un mundo: sobre la segunda inmensidad flota en piélagos de azul el astro de la noche,

«Campo de cita adonde en manso vuelo
A verse van los que en ausencia lloran,
Anillo universal que en paz amiga
Los vagos cuerpos de las almas liga.»

La soledad es imponente: reina un silencio sepulcral, interrumpido sólo por el murmullo que á veces se percibe de una escena de amor: ¡felices los que se aman!

El silencio se prolonga, y el terror se acrecienta á vista de los destrozados restos de un buque: quien había osado surcar aquellas aguas, en ellas encontró la sepultura. Colón necesita distraer á sus marineros de esta tristísima consideración, y en vez de convocarlos para narrarles un cuento de gigantes y de endriagos, de dueñas y de disfraces, les lee las glorias de España desde los Celtas hasta el suspiro del Moro: he aquí un episodio verdaderamente útil, instructivo é interesante: ni un solo hecho notable se omite; ni de un solo rey se deja

de consignar el juicio crítico: el canto IX es todo un compendio histórico galanamente formado. A otro orden pertenece el que le sigue. *La Atlántida* es el canto quizá más trascendental del poema: este es su defecto, en mi juicio; ser demasiado trascendental: en él se descubre plenamente un filósofo razonando en octavas reales. Me declaro sin talla para alcanzar á esas regiones del éter filosófico desde las cuales deben descubrirse maravillas, según el tono y la manera en que hablan los que tienen esa dicha: tratándose de la creación, no admito más sistema que el relato de Moisés, verdad inspirada por el mismo Dios: tratándose de la filosofía, no quiero conocer otra que la que parta del principio católico, único principio fundamental de la sana filosofía, tal como ésta debe entenderse hoy, á la esplendorosa luz del siglo XIX, del siglo de Chateaubriand, de Balmes, de Lacordaire, de Ozanam y de Valdegamas. Probablemente Campoamor, para sensibilizar más y más las grandes evoluciones que consigna en ese vigoroso canto, adopta, como elemento poético, la doctrina alemana: no hemos de cuestionar ahora sobre este punto, que nos llevaría á inoportunos é interminables debates: después del canto en que brilla el erudito y del canto en que brilla el filósofo, resuena. tras un ligero episodio, el canto en que brilla el poeta; el canto de *las nubes*.

¿Quién no ha soñado despierto alguna vez con-

templando el panoráma de la naturaleza? El gorjeo de las aves, el aroma de las flores, el murmurio de la fuente traen á nuestro espíritu no sé qué misteriosa conmoción, no sé qué encanto secreto ó secreta pena: los poetas que pasan por adivinos, no han podido adivinar ese fenómeno, y se limitan á continuar soñando. En tarde serena de otoño ó en apacible noche de estío se ve flotar, perdida por el espacio, una blanca nube cual tenue gasa agitada por una mano invisible; y aquella nube produce no sé qué efecto en el alma del que ama, ó del que espera ó del que padece; pero es lo cierto que los ojos siguen el curso de la vaporosa viajera del espacio, ora con pesar, ora con gozo, ora, en fin, con esa dulce mezcla de gozo y de pesar que llaman melancolía. Colón y sus compañeros están sobre cubierta; debajo de ellos y en derredor de ellos no hay ni un solo objeto que altere la monotonía del Océano: en cambio, sobre ellos se mueven las nubes; pero en tan variado giro y extrañas formas, que ellas van á ser el tema de su erudito é interesante delirio:

«Haciendo aplicaciones á la historia,
Leían en las nubes lo pasado,
Como si fuesen sus flotantes velos
Alfabetos movibles de los cielos.»

Nada en verdad más poético y más original que descubrir en dos bellas sombras á los amantes de

Teruel, en una negra nube á Nabucodonosor; allí á Semíramis; más lejos á Platón, á Augusto, á Juana de Arco, á Sócrates y á Mahoma: hay en este entretenimiento histórico-fantástico rasgos de primer orden y un sintetismo admirable.

Las naves siguen bogando, bogando; las alternativas de esperanza y de temor se suceden rápidamente; el vuelo de algún pajarillo errante trae tesoros de alegría; la hierba aparece y desaparece; las aves se acercan y se alejan; el mar se levanta, y los marineros murmuran, y nace el motín. ¡Qué magníficamente está representada en estas circunstancias críticas la persona de Colón! ¡Con qué oportunidad se desenlaza el episodio amoroso! ¡Qué belleza en la descripción de la lucha del bien y el mal hasta que suena como sublime exclamación la palabra TIERRA!

La devoción, la gratitud, la alegría dominan aquellos corazones y aquellas inteligencias: es preciso leer estas octavas para comprender la poesía que encierran.

El último canto, JUICIO DEL MUNDO, pertenece al género científico-poético: comienza en la China, y pasando por la India, la Grecia, Italia, Francia, España y todas las demás naciones del globo, y después de precipitarse en el infierno la Ignorancia, la Envidia, y la Idolatría, y de volar al cielo la Fe, la Caridad y la Esperanza, se despide con el siguiente epitafio del sistema solar de Ptolomeo:

«Fué entonces cuando el orbe vió espantado
Rodear el globo al cetro de Castilla,
Como un grano de arena abandonado
Que en lo infinito del espacio brilla.
Y entonces fué cuando observó admirado
Copérnico, del Báltico á la orilla,
Que un inmóvil poder al sol aferra
Y que en torno del sol gira la tierra.»

Así termina el poema: comenzó arrojando al agua las naves de Castilla, y concluye fijando el sol en medio de los espacios. Colón ha hecho felizmente su travesía por el Océano; ha abierto las puertas de un nuevo mundo. También Campoamor ha hecho una difícil travesía: su poema representa un viaje venturoso para el mundo de las letras. De todos era conocido el Colón de la historia; pero á Campoamor se deberá el Colón de la epopeya. Su obra no es perfecta, como que jamás lo son las obras de los hombres; pero es una obra verdaderamente notable: el fondo aparece siempre digno del asunto, y la forma no deja nunca de ser digna del fondo. Aun bajo el pùnto de vista de las reglas, debe reconocerse que Campoamor se ha mostrado esta vez dócil á la voz de los preceptistas, por más que siga yo creyendo que no los consultó al comenzar, ni le hubiera causado vivo remordimiento el apartarse de su magistral autoridad.

El poema Colón no contiene solamente la maravillosa historia, las varias vicisitudes del viaje

más arriesgado que se ha emprendido en la serie de los siglos; en el COLÓN del poema puede verse la humanidad, ilustre navegante del océano de la vida, contrariada por el huracán de las pasiones, protegida por el influjo feliz de las virtudes.

¡TIERRA! es el grito del COLÓN-poema: ¡CIELO! es el grito del COLÓN-humanidad.

SEVERO CATALINA.

Madrid 1.º de agosto de 1859.

COLÓN.

POEMA.

CANTO I.

SALIDA DE PALOS.

RESUMEN.

Parten el 3 de agosto de 1492 de la barra de Saltes, en el puerto de Palos de Moguer, media hora antes de la salida del sol.— Nombres de los buques.— Quién es Colón.— Nombres de los que le acompañan.—Retrato de Colón.—Terror de los marineros.—Cómo empieza Colón su diario.—Invocación.

I.

Ese es Palos.—Callad.—No oigan que aprisa
Tres buques zarpan que la noche vela.
—Es viernes.—Dan las tres.—Sopla la brisa,
Y la más torpe de las naves vuela.
Ya más allá de Saltes se divisa
Una... dos... la tercera carabela.
¿Que quiénes son?—Dejad que hasta más tarde
Yo, cual las sombras, el secreto guarde.

2.

Año noventa y dos.—¡Arrecia el viento!—
Tres de agosto.—Es de noche todavía.—
Siglo quince.—¡La brisa va en aumento!
¡Gran siglo! ¡año feliz! ¡glorioso día!
Sigue la flota en blando movimiento
Del mar de Atlante la ignorada vía.
—¿Que adónde van?—Dejad que el sol lo cuente
Cuando os muestre su luz por el Oriente.

3.

¡Tal marcha, vive Dios, parece huída!
Menos llanto, mejor, menos estruendo:
Como en Palos ignoran su partida,
¡Cuánta lágrima el sol verá en saliendo!
¡Buen navegar! De la primer corrida
Ya la zona visual van trasponiendo...
—¿Que quiénes son?—Nadie su nombre ha oído.
—¿Que adónde van?—Á donde nadie ha ido.

4.

Canta un ave.—Se extinguen los luceros.
¡Bien! Ya los buques ilumina el día:
Pinta y *Niña* se llaman los primeros,
Y el que marcha detrás *Santa María.*
Ya los veis quiénes son: aventureros:
Un tal *Colón* se llama el que los guía.
—¿Que adónde va?—No sé.—¿Quién es?—Tampoco.
Unos dicen que un sabio, otros que un loco.

5.

¡Loco! También cuando una inmensa idea
Lanza á Alejandro al Asia victorioso,
Por loco el orbe su proyecto afea,
Y al orbe todo sometió glorioso.
Tal vez Colón, como Alejandro, sea
Más que Hannón y Nearco valeroso.
—¿Os espantáis?—Yo en vuestro espanto abundo:
Marcha á borrar los límites del mundo.

6.

¿Vamos con ellos?—Sí; dejad el puerto:
Aquel que ame la gloria, que me siga.
—¿Que es largo el viaje?—Un poco largo, es cierto;
¡Pero sopla la brisa tan amiga!...
¡Ved cuál corren con ellos de concierto,
Sin vaivén, sin esfuerzo, sin fatiga,
El sol que luce, el mar que se desplega,
El viento que anda, el buque que navega!

7.

Vamos, pues. ¡Son valientes compañeros!
Junto á *Rodrigo Sánchez*, que está enfrente,
Los tres prácticos lucen más certeros,
El buen *Niño*, *Roldán*, *Ruiz* el valiente.
Van soldados, grumetes, marineros;
Pedro Gutiérrez... ¡toda brava gente!
Son ciento y veinte entre almirante y tropa:
¡Ay! ¿cuántos de ellos volverán á Europa?...

8.

Van los *Pinzones*, gente veterana,
Que uno la *Niña*, otro la *Pinta* guía;
Rodrigo de Escobedo, *Alonso*, *Arana*.
¿No os lo dije? ¡Excelente compañía!
Va allí también *Rodrigo de Triana*,
Cuya historia de amor sabréis un día:
¿Cuándo no fué, para nuestra alma, amena
Una historia de amor, aun siendo ajena?

9.

Con un *Jiménez* de fatal agüero
Los *Porras* ved, que casi los maldigo;
El día diez de octubre venidero
Conocerá el lector por qué lo digo.
—Continúamos del sol el derrotero
Con una dicha sin igual...—Prosigo:
—¿Sabéis ése quién es?—No.—Yo tampoco:
Ése es el sabio; esto es, ése es el loco.

10.

Dulce es su faz, ¿no es cierto? aunque es severa.
Majestuosa actitud; ropa sencilla.
Tez blanca. Entre su rubia cabellera
Ya la corona de los años brilla.
La vista clara, viva y altanera;
Largo el rostro, saliente la mejilla.
Convence ó encanta cuando mueve el labio.
Tal es el loco, ó, si queréis, el sabio.

11.

¡Santo Dios! ¡Ya en el aire se evapora
La amada España, de recuerdos llena!
La patria, siempre ingrata, ¡cómo ahora
Parece, cual ninguna, hermosa y buena!
¡Ya no se ve!—¿Y hay quien por eso llora?
¡Voto al llanto sin fe! No os cause pena
El que uno ú otro con dolor profundo
Diga en su corazón: «¡Ay, adiós mundo!»

12.

¡Muy justo adiós! Un mar tan solitario
En cuantos pechos hay hiela el denuedo;
¡Parece que en su fondo, tumultuario,
Retumba el huracán, quedo... muy quedo!..
Casi tenéis razón; es necesario
Ser muy audaz para mirar sin miedo
El sepulcro á los pies, encima ambiente,
Pena en el corazón y nada enfrente!

13.

¿Qué hace, en tanto, Colón? Un libro abriendo
—«¡EN EL NOMBRE DE DIOS!...» traza su mano.
¡Buen principio! A ese nombre, ya comprendo
Que doblegue su furia el Oceano.
Y yo, que el curso proseguir pretendo
De un varón tan valiente y tan cristiano,
Cantando audaz mi musa su grandeza,
DE DIOS EN NOMBRE, cual Colón, empieza.

14.

¡En el nombre de Dios! canto la gloria
De un nauta osado, inteligente y pío,
Que de los sabios nubla la memoria,
Que de los héroes oscurece el brío.
¡Nauta feliz que eclipsará en la historia
Todo el valor, la ciencia y poderío
Que en seis mil años, con jactancia vana,
Fastuosa acumuló la especie humana!

15.

¡En el nombre de Dios! canto al que osado
Aventó con su soplo omnipotente
El palacio de sombras encantado
Donde dormía el sol en Occidente.
¡Canto al que el ansia hidrópica ha saciado
Del codicioso y viejo continente,
Dando á su afán en perennal tesoro
Sobre islas de coral montañas de oro!

CANTO II.

ZAIDA Y MARCHENA.

RESUMEN.

Llegada de Zaida á la flota.—Historia de Zaida.—Nuño.—Primer amor de Zaida.—Muerte de D. Mendo.—Zaida sigue hasta Palos á Rodrigo de Triana.—Carta del Padre Marchena á Cristóbal Colón.

I.

Y sucedió que, al declinar el día,
Navegando un esquife á remo y vela,
Á la flota siguiendo con porfía,
Abordó la postrera carabela.
Llegó el esquife al buque.—¿Qué quería?
Nadie lo sabe. Luégo, con cautela,
Dos pasajeros por babor dejando,
Volvió otra vez al puerto orzando... orzando...

2.

¿Quiénes eran los tardos pasajeros?
En la flota su nombre se ignoraba.
Mostraban ser apuestos caballeros,
Si bien faz más gentil uno ostentaba.
Que fuesen, entre varios marineros,
Dos espías del Rey se susurraba.
—¿Quiénes eran por fin?—Al Almirante
Le habla así aparte el de gentil semblante:

3.

—«Yo soy *Zaida*. Ése es *Nuño*. Mi apellido,
Con el origen de mi sér, se ignora:
En mi niñez no sé qué historia he oído
De un gran señor y una princesa mora.
De madre la de Nuño me ha servido;
Mas el secreto que mi pecho llora,
Con celo lo guardó tan indiscreto,
Que murió la infeliz con el secreto.

4.

»Quedé huérfana y rica. Tiernamente
Á su hijo Nuño encarga me dé ayuda
Mi nodriza al morir. ¡Cumple fielmente!
No siento pena que á templar no acuda.
Por esto que una vez, estando ausente,
Me escribió Nuño, inferiréis, sin duda,
Con qué respeto ven, con qué cariño,
Sus ojos por mis ojos desde niño.

5.

—»*Sin ser amor mi amor, te miro inquieto:*
Te hablo de mi respeto, y te enamoro:
Causa de admiración, de amor objeto,
Tu pasión quiero y tu virtud adoro.
Siendo igual mi cariño á mi respeto,
Si es amor ó amistad mi afecto, ignoro:
Amante real, amigo en la apariencia,
Es el culto amistad y amor la esencia.—

6.

»Niña, á un Don Mendo, á quien amar creía
Fría mi lengua le juró constancia:
Mi pobre corazón nada sabía,
Dormido aún en brazos de la infancia.
Fué Don Mendo á la guerra en que servía.
Quedé yo expuesta al tiempo y la distancia.
Yo, sin amor; él, según fama, amando,
Marchó Don Mendo y me quedé esperando.

7.

»Crecí. Lo que sentí en mi edad temprana
Mis ojos os dirán, que nunca mienten;
¡Se ama tanto en la tierra sevillana,
Que allí, señor, hasta las piedras sienten!
Me amó y amé á Rodrigo de Triana
Tanto... que no hallo voces que lo cuenten.
Pero ¿y Don Mendo, me diréis, qué hacía?
Don Mendo se marchó, mas no volvía.

8.

»Pero, aunque mucho amé, siempre conmigo
Llevaba de mi fe la confianza,
Pues nunca el nuevo amor, creed lo que os digo,
En mi antigua palabra hizo mudanza.
Fiel á Don Mendo, nunca dí á Rodrigo,
Muriéndome por él, ni una esperanza.
¿Don Mendo, en tanto, me diréis, qué hacía?
Don Mendo se marchó, mas no volvía.

9.

»Voló Nuño en su busca al fin, queriendo
De mi lazo infantil verme librada.
Va, inquiere, viene... y me contó, volviendo,
La triste suerte que sufrió en Granada.
¡En un rebato pereció Don Mendo!
¡Siempre fiel, aunque nunca enamorada,
Á no saberse de él, día tras día
De mi vida hasta el fin le esperaría!

IO.

»Mas, dueña ya de mí, busqué á Rodrigo:
¡Ah! ¡No hay placer, para el amor, entero!
Sin esperanza y sin contar conmigo,
Que os acompaña sé de aventurero.
En traje varonil sus huellas sigo
Con Nuño, de mis males compañero.
Quiero morir si halla él por mí la muerte:
¡Que quepa á un mismo amor la misma suerte!

II.

»Le seguí. Vine á Palos. Ví á *Marchena*,
Me contó vuestra marcha, y á mi ruego
Fletó un buque, dolido de mi pena,
Y al partir, para vos me dió este pliego.
Llegué aquí al fin. De confianza llena,
En vuestras manos mi destino entrego.»
—«¡Bien!—la dice Colón.—¡Bien, hija mía!»—
El pliego de Marchena así decía:

12.

—«¡Salud, Colón! Llevando á la dadora,
Á la que arrastra del amor el fuego,
Sale un esquife tras la flota ahora:
Que con bondad la recibáis os ruego.
Seis horas hace que rayó la aurora;
Y en esta carta, que con llanto riego,
Os envío otra vez, por si os alcanza,
Mi bendición, mi afecto y mi esperanza.

13.

»Salió hoy el sol... ¡qué confusión... qué ruido!
Al ver la flota huyendo á toda vela,
Se alzó en el puerto un general quejido
Que aun su recuerdo el corazón me hiela.
«*¡Que se van! ¡que se marchan! ¡que se han ido!*»
Grita la gente, que corriendo vuela.
¡Cuán bien la flota sin oir seguía
El *¡que se van!* que el viento repetía!...

14.

»¡Cuanto más pienso en lo arduo de este caso,
Más la duda cruel mi alma lacera!
¿Se unirán el Oriente y el Ocaso?...
¿Será circunvalable nuestra esfera?...
¡Oh! ¡Cuánta gloria nos espera acaso!
¡Cuánto dolor tal vez ¡ay! nos espera!
¡Si lo grande del hecho me entusiasma,
Lo aventurado el corazón me pasma!

15.

»¡Pobre pueblo!... ¡os estaba contemplando
En el mar con terror los ojos fijos,
Todos, cuál más, cuál menos, exhalando
En lúgubre tropel ayes prolijos!
¡Y yo también lloraba al ver llorando
Las pobres madres de los pobres hijos
Que burla pueden ser del mar y el viento!
¡Dios nos perdone el mal por el intento!

16.

»Conforme os alejabais, los cuitados,
Sin ver que más sus ansias encendían,
Subiéndose á las cimas y collados,
Los pañizuelos con dolor movían.
«*¡Adiós!... ¡adiós!...*» Y hasta los más osados
—«*¡Todo para ellos acabó!*»—decían,
Por sus ojos lanzando en ancha vena
Cristalizada en lágrimas la pena.

17.

»Ya de ira se arrastraban por el lodo
Los hijos, las esposas, los hermanos;
Ya adioses daban de diverso modo,
Con ojos, lengua, corazón y manos.
¿Y las madres? Las madres sobre todo
Me desgarraban con sus ayes vanos,
Al recordar la pena que tendría,
Por tal dolor y en caso igual, la mía.

18.

—«*¡Fraile maldito!*»—con amargo acento
Una gritó en mi rostro el rostro fijo:
¡Era esposa!... perdono su ardimiento,
¡Aunque hasta el día en que nací maldijo!
Y á algunas que con lúgubre lamento
Me gritaron:—*¡piedad!*—otra les dijo:
—«*¡No esperéis compasión de esa alma odiosa*
Que nunca el nombre oyó de hijos y esposa!»—

19.

»Mas no importa: ¡valor! ¡Cruzad los mares
Compadeciendo al infeliz Marchena!
¡Pronto volved á vuestros patrios lares,
Ó pronto ¡ay Dios! me matará la pena!
Si morís... bien: ¡he aquí vuestros pesares!
¡Ay del que á duelo eterno se condena!
¡Quién pudiera, cambiando nuestra suerte,
Mi impaciencia trocar por vuestra muerte!

20.

»¡No puedo más!... suplid lo que no os digo:
Os encomiendo á Dios, y que él os guarde.
Parte el esquife... ¡Con el alma os sigo!
¡Ánimo, pues!... Para temer ya es tarde.
¿Sabéis qué os llamará, querido amigo,
La ruin posteridad, fiera ó cobarde?
SI LA TIERRA NO HALLÁIS, LOCO PROFUNDO:
SI HALLÁIS LA TIERRA, REDENTOR DE UN MUNDO.»

CANTO III.

EL CIELO.

RESUMEN.

Día 4 de agosto de 1492.—Invocación de Colón.—Descripción del cielo.—Aparición de las virtudes teologales.—La Fe.—La Caridad.—La Esperanza.—Se funden en la luz las virtudes teologales.—Continuación del viaje.

I.

Del mar, Colón, las olas contemplando
Muy de mañana, en el segundo día,
Dice, en su empresa colosal pensando:
—«¡La voluntad de Dios será la mía!»—
Luégo, al cielo los ojos levantando
No sé si con más pena que alegría,
En la ilusión que su cerebro inflama,
Con alma, vida y corazón exclama:

2.

—«¡Ayudadme en mi empresa sobrehumana,
Peregrinas virtudes teologales!
¡Guiadme, FE, lumbrera soberana
Que oscurecéis las luces eternales!
¡Valedme, CARIDAD, graciable hermana
Del más mísero y vil de los mortales!
¡Alentadme, ESPERANZA bendecida,
Último aliento de la humana vida!»—

3.

¡Cuán bueno es Dios! Á esta oración tan pura
Abrió el cielo sus puertas de repente,
Viendo al punto Colón tanta hermosura
Con los ojos del alma claramente.
¡Muy bueno es Dios! Por eso, con ternura,
Se hace la gloria á la virtud patente,
Y si del cielo es el candor modelo,
Eco es también de la inocencia el cielo.

4.

Todo reina allí en paz, aunque es activo.
Nunca allí la embriaguez raya en demente.
Como es de cuanto hay santo ejemplo vivo,
Es de lo bello inagotable fuente.
Todo cuanto allí nace es expansivo;
Todo cuanto allí existe es inocente.
Como nada en sí el alma allí sepulta,
No hay secreto placer ni gloria oculta.

5.

Amorosas las almas en el cielo,
Todo, unas de otras al través, lo miran;
Y unas de otras en pos, con fiel desvelo,
Cual mutuas sombras cariñosas giran:
El amor de los niños en el suelo
Las almas trasladar al cielo aspiran:
«Hermano» á todo cuanto adoran llaman:
Allí los seres se aman porque se aman.

6.

Las almas su presente van pasando
Como un recuerdo de delicias lleno.
En perspicua mudez se hablan mirando.
Siente en voz alta su patente seno.
Con un beso mental en sí encarnando
Cuanto ha criado Dios de alegre y bueno.
Las horas son de su existencia pura
Horas de fiesta en días de ventura.

7.

Sienten las almas el placer del llanto
Cuando atraviesa el pecho enternecido
La santa pena del recuerdo santo,
Del lícito placer por siempre huído;
Mas aunque deja con lloroso encanto
Algún dulce recuerdo el pecho herido,
Son del cielo las lúgubres endechas
Piedras que aguzan del placer las flechas.

8.

Las almas entristece dulcemente
El miedo de perder el bien que adoran.
Porque no es su virtud más inocente,
Su faz las tintas del pudor coloran:
¡Ah! no sintáis por la que dulce siente;
¡Ah! no lloréis por las que tiernas lloran:
Como el dolor que con placer se canta,
Allí el dolor, aunque enternece, encanta.

9.

Feliz mansión donde se está gozando
Con la fe, la razón y el sentimiento.
El tiempo, que á momentos va pasando,
Eterno se acumula en un momento.
Grande la voluntad, va ejecutando
Cuanto apetece grande el pensamiento.
Siempre el deseo sobre el gusto flota;
Nunca al placer la saciedad embota.

14.

Más eterna que el tiempo la Esperanza,
Y mucho más que la desgracia fuerte,
Tan fuertemente por el tiempo avanza,
Que cual dios-ilusión mata á la muerte.
Perpetuo mal y eterna bienandanza:
Luz de la buena y de la mala suerte:
Tan grande es tu poder, tu hechizo es tanto,
Que tu hermosura es tu menor encanto.

15.

Apenas de Colón la voz fué oída,
Volaron las virtudes hacia el suelo:
De todos los caminos de la vida
El más corto y mejor es el del cielo.
La esencia de ellas en la luz fundida
Vuela, pero es inútil que su vuelo
Ojos humanos penetrar intenten:
Nadie las ve, mas todos las presienten.

16.

Fresca es la brisa. El mar está en bonanza.
Atrás los ojos húmedos tornando,
Triste la gente por el mar avanza,
Madres, hijos y esposas recordando.
La Fe, la Caridad y la Esperanza,
Todo el sér de Colón electrizando,
Tocaron con la boca dulcemente
Su corazón, sus labios y su frente.

17.

Y exaltado Colón, así murmura:
—«¡Vamos, pues! Los misterios de Occidente
No los creerá, como hoy, la edad futura
Fantásticos prodigios de un demente.»—
Dijo, y brilló en sus ojos la ventura.
Y después, anublándose su frente,
Añadió:—«Y si la suerte me es impía...
¡La voluntad de Dios será la mía!»

CANTO IV.

EL INFIERNO.

RESUMEN.

El día 24 de agosto avistaron el volcán del pico de Tenerife.—Espanto de los marineros y discurso de Colón.—Animación del pico de Teide.—El cráter del volcán arroja fantasmas.—Descripción del Infierno.—Discurso de Satanás.—Más fantasmas.—Satanás se asoma al cráter del volcán.—Discurso de Satanás.—Desaparición de Satanás y hundimiento del pico de Teide.—Continuación del viaje.

I.

Y otros veinte pasaron desde el día
En que zarpó Colón, cuando al siguiente
La chusma, que de miedo se moría,
Miró el volcán de Tenerife enfrente.
¡Triste augurio! El que menos, se creía
Que era desde él de donde eternamente
La *negra mano* del demonio mismo
Las naves sepultaba en el abismo.

2.

Apelando Colón á su experiencia,
Les probó, con cien textos por lo menos,
Que los volcanes eran en su esencia
Hechos sencillos de malicia ajenos.
¡Discurso ineficaz! ¡Inútil ciencia!
Mientras habla Colón, de espanto llenos
Creen ver los tristes, de la *negra mano*
La sombra proyectar al Oceano.

3.

Y ¡oh! ¡cuánto más la tropa desfallece
Cuando el pico de Teide se reanima...
Se agranda por su base... y crece... y crece...
Hasta pasar las nubes con su cima!
¿Es verdad que se agranda, ó lo parece?
La chusma cree que en realidad se anima;
Aunque, si falta al corazón denuedo,
Para animar los montes basta el miedo.

4.

Cierto es que Satanás el Teide anima,
Porque apoyado en su ancha cordillera,
Se alza más... y hasta el cielo se sublima,
De nieve y fuego orlada su cimera.
Y el monstruo alzado así, desde su cima,
Su lava, como negra cabellera,
Con majestad horrible hasta su falda
Suelta gentil por la marmórea espalda.

5.

Y aquí y allí, cerniéndose, se avanza,
Y ora la mar, ora los cielos toca;
Y mil sombras que azuza á la venganza
Vomita atroz por su sulfúrea boca.
Y á los fantasmas que del cráter lanza,
Con voz les dice que el furor sofoca:
—«¡Esos son, esos son! ¡Soltad los vientos!
¡Desatad, desatad los elementos!»—

6.

Y vomitando el Teide apariciones,
Ruge así removido en sus cimientos:
—«¡Esos son! ¡Guerra, guerra en sus pasiones!
¡Agitad, agitad los elementos!»—
Y su ignívoma boca las visiones
Arrojando en tropel sobre los vientos,
Del claro sol á las variadas tintas
Formas adquieren cada cual distintas.

7.

¿Las veis?—Por donde el cráter corresponde
Resurgen los fantasmas á porfía,
Que el viento los enseña y los esconde,
Que los alumbra y los eclipsa el día.
¿Queréis saber por qué, quién, y de dónde,
Esa legión de espíritus envía?
Entrad sin miedo en el volcán que escalo:
Da más horror el corazón de un malo.

8.

Ved un lugar que lejos se columbra,
Que allá hacia el fin del pensamiento toca:
La luz allí se ve, mas nada alumbra:
Cálido el aire, sin matar, sofoca.
¡Cúando la vista al cielo allí se encumbra,
Sólo ve de un abismo el ancha boca!
El suelo se hunde con blandura tanta,
Que nunca en firme se asentó una planta.

9.

Indiferente á todos nuestra vida,
Nuestro nombre es de todos olvidado.
La palabra *virtud* nunca fué oída.
Nunca allí la *esperanza* se ha mentado.
Con nuestros nombres el *por qué* se olvida
De las alegres culpas que han pasado;
Pues si el recuerdo de ellas fuese eterno
Aun nos diera placer el mismo Infierno.

10.

No se oye allí más voz que los latidos
Del corazón en su clausura estrecho.
Sólo *hastío* perciben los sentidos.
Solamente *rencor* brota del pecho.
Los objetos más ciertos son fingidos.
Cuanto se toca allí vuela deshecho.
No sabe qué querer la fantasía,
Sólo sabe lo que *odia* y lo que *hastía*.

11.

Ni un bello pensamiento allí enardece;
Ni un noble sentimiento el pecho inflama;
Todo el que piensa ó siente es que aborrece...
¡Oh! ¡Maldito lugar donde no se ama!
Náufrago que se ahoga y no perece,
El hombre, eternamente ansiando, exclama:
—«Dadme las dichas del dolor, ¡Dios mío!
Y no *hastío* y *rencor*, *rencor* y *hastío*.»

12.

Rodeado allí de espíritus sin cuento,
Celoso Satanás en su ansia loca,
De esta manera habló con fiero acento
Á la grey maldecida á quien evoca:
(Y antes de hablar hondo lanzó un lamento,
Que repetido fué de boca en boca,
Cual si el número inmenso de nacidos
Gimiesen de una vez de un golpe heridos.)

13.

—«¡Ay! Contra mí otra vez sus rayos vibra
El gran poder que mi poder aterra:
Si da un paso Colón, de mí se libra
Entre yo y Dios la compartida tierra.
Mi poder y el de Dios desequilibra;
¿Y aun no empezáis, hijos del mal, la guerra?
Su flota sea á vuestro soplo aleve
Arista vil que el vendaval se lleve.

14.

»Tú, IDOLATRÍA, á la infernal ralea
Inspírale el rencor que arde en tu seno;
Por tí el culto del sol sangriento humea,
Y asuela Djaggernat de horrores lleno.
Que el mundo, como es hoy, por siempre sea,
Revuelto en sangre, lágrimas y cieno,
De ídolos falsos insondable abismo.
¡QUE TODO SEA DIOS, MENOS DIOS MISMO!

15.

»Tus lenguas mil, por el honor malditas,
Mueve también, ENVIDIA infamatoria,
Que el brusco sol de la verdad evitas
Tras la sombra del árbol de la gloria.
Si en sorda guerra lenguaraz te agitas,
No hay sabio en la opinión ni héroe en la historia
Que á tus dardos, ni oídos, ni sentidos,
Muertos no caigan por la espalda heridos.

16.

»Y tu, IGNORANCIA, cuyo brazo fuerte
Del humano progreso el curso estanca,
Que escarneciste con tan buena suerte
El numen de Colón en Salamanca,
Su intento colosal condena á muerte.
La ciencia, como Omar, del mundo arranca.
Luzca precoz con vivo centelleo
El puñal que le aguarda á Galileo.

17.

»Del semidiós Colón, vuestras legiones
Confundan los titánicos intentos,
Ya enardeciendo bajas las pasiones,
Ya agitando en tropel los elementos.»—
Dijo así; y del Infierno las visiones
Por el cráter lanzadas á los vientos,
Del claro sol á las variadas tintas
Formas adquieren cada cual distintas.

18.

Y estos son los fantasmas que á porfía
Resurgen por el cráter esplendente
Cuando la chusma, que de horror moría,
Mira el volcán de Tenerife enfrente.
Sombra que eclipsa y que esclarece el día,
Que esconde y muestra á medias el ambiente...
No en vano el mundo con baldón eterno
Á Tenerife le llamó el *Infierno.*

19.

¡Triste recuerda á su país la gente,
Al ver que aumenta del volcán la llama!...
¡Cariñoso acudiendo á nuestra mente,
Más nos hiere al morir lo que más se ama!
El Teide en tanto inexorablemente,
Brotando sombras sin cesar, exclama:
—«¡Esos son, esos son! ¡Soltad los vientos!
¡Desatad, desatad los elementos!»

20.

Y Satanás el cráter asaltando,
Hasta sacar el pecho á alzarse prueba,
Cual el humano corazón rasgando
Remordimiento aterrador se eleva.
El mundo en torno con rencor mirando,
En el espanto general se ceba,
Como heraldo fatal que anuncia luego
Algún diluvio general de fuego.

21.

Y dijo así, las naves circundando
Con su ardiente y negruzca cabellera:
—«¿Adónde vais, ilusos, traspasando
Esta de muertes perennal barrera?
¡Atrás! volved las proas. ¡Yo os lo mando!
¡Yo, de naufragios eternal lumbrera!
¡Yo, que altivo guardián de un mar ignoto,
Á la humana ambición sirvo de coto!

22.

» ¡Atrás! ¡No hay más allá! ¡Los huracanes
Ecos son nada más de mi fiereza!
¡Como veis, mis alientos son volcanes!
¡Sacude las borrascas mi cabeza!
¡En un día de enconos y de afanes
Me engendró y puso aquí naturaleza,
Para que abisme con mis *negras manos*
Cuanto á inquirir se atreva sus arcanos!

23.

»¡No hay más allá! La mar que veis enfrente,
Cuya sola extensión al mundo aterra,
Con sus llaves de fuego eternamente
Mi *negra mano* inexorable cierra.
Ya vuestro ardor, desatentada gente,
Desagradando á Dios, pasma á la tierra:
¡Y al ver tanto valor, hasta yo mismo
Lleno de ira y pavor torno al abismo!» —

24.

Dijo, y se hundió. Y el Teide, el gran bajío
Del mar de éter que el globo circunvala,
Se encorva... baja más... se hunde sombrío...
Y á su primer nivelación se iguala.
La flota de Colón, cual por un río,
Tranquila en tanto por la mar resbala,
Mientras la gente aun ve en los horizontes
Lo que ve el miedo que reanima montes.

25.

¡Adiós!... ¡Todo pasó!... La isla dejando,
Vira la flota hácia la Gran Canaria.
¿Y el monstruo?—No se ve.—Ya van pensando
Si sería su mano imaginaria.
¡Bravo! á su faz, conforme van virando,
Se asoma una sonrisa involuntaria...
No parece sino que, más serenos,
Temen al diablo por la espalda menos.

26.

Corren los buques... La distancia crece...
El antiguo valor la fe reintegra.
Poco á poco el volcán morir parece...
¡Cuánto á la chusma su extinción alegra!
Mengua el pico... se abisma... desparece...
¡Y las visiones... y la *mano negra!*...
¡Todo se disipó, del mismo modo
Que se disipa en la existencia todo!...

CANTO V.

HISTORIA DE COLÓN.

RESUMEN.

Historia de las islas Canarias.—Historia de Colón.—Su patria.—Combate naval.—Llega á Lisboa.—Su casamiento y vida.—Su proyecto desechado por el Rey de Portugal.—Idem por Génova y Venecia.—Llegada á Palos.—Marchena.—Garci-Fernández.—Llegada á Córdoba.—Talavera.—Alonso Quintanilla.—El Cardenal Mendoza.—Examen en Salamanca.—Tomás de Baza, Loja y Málaga.—Sus amores en Córdoba con D.ª Beatriz Enríquez.—Retorno á Palos.—Vuelta á la corte.—Santánjel y Beatriz de Bobadilla, Marquesa de Moya.—Isabel la Católica.—Fernando V.—Pactos con el Rey.—Parte á Francia.—Vuelta á la corte.—Arranque de la Reina.—Se firma el pacto.—Los Pinzones.—Salen de Palos.—Primera avería.—Se dirige á las Canarias á reparar su avería.—Salida de la Gomera.—Conclusión del canto.

I.

Heredó las Canarias un Herrera,
Oscuro ciudadano de Sevilla;
Islas todas que, excepto la Gomera,
Enajenó á los Reyes de Castilla.
Que Herrera, rico ya, la isla postrera
Guardase para sí, no es maravilla,
Sin duda el tal para tener por donde
Ser, como fué, de la Gomera Conde.

10

2.

Se halla Colón sus penas refiriendo
En la casa del Conde ciudadano,
Mientras un Don Elías le está oyendo,
Deudo del tal Herrera sevillano.
Colón con Don Elías departiendo,
Frente el uno del otro y mano á mano,
Cuenta su historia con la tierna gracia
Con que al mérito adorna la desgracia.

3.

—«Para mí el infortunio es una peste,
Peste, señor, de que nací infestado;
La amiga antorcha del fulgor celeste
Sólo una vez propicia me ha alumbrado.
Deciros quiero, aunque rubor me cueste,
Que escarnecido aquí, y allí olvidado,
El desprecio no más siguió mi huella,
Huésped eterno de la adversa estrella.

4.

»Y como siempre ha sido de los hados
Mi desdichada estirpe eterna injuria,
De padres como yo desventurados
En un pueblo nací de la Liguria.
Con deudos míos, cual ninguno osados,
Mil veces de la mar sentí la furia,
Que es para mí desde mi amor primero
La mar madrastra que cual madre quiero.

5.

»En la empresa más dura á que he asistido
(No la más infeliz de mis empresas),
Al león de Venecia, no vencido,
Vencimos unas naves genovesas.
Caí luchando al mar, y á un remo asido
Llegué á nado á las costas portuguesas.
¡Cuánto dolor, cuánta esperanza mía
En solo un remo se salvó aquel día!

6.

»Náufrago entré en Lisboa, en donde amante
Á *Felipa Moñís* prendó mi audacia.
Fuí modelo de honor en lo constante.
Ella era un tipo de virtud y gracia.
Fruto de tanto amor fué un tierno infante.
Aumentó la pasión nuestra desgracia,
Porque en lazos se ligan más estrechos
En un mutuo dolor los nobles pechos.

7.

»Para vender después mapas trazaba,
Ciencia que entre otras aprendí en Pavía;
De este modo á mi esposa alimentaba
Y á mi padre y hermanos sostenía.
Con mi trabajo el hambre mitigaba.
Mis penas con mis libros distraía,
Porque la ciencia, con discreto modo,
Excepto la virtud, lo suple todo.

8.

»Al Rey de Portugal Don Juan segundo,
Que un paso busca para el suelo indiano,
Le expuse un plan en que doblando el mundo
La India se hallase al fin del Oceano.
Juntó un Consejo... y su saber profundo
Me escarneció... ¿qué sabe un cortesano?
Servir sin fe, reir por artificio,
Querer por fuerza y admirar de oficio.

9.

»¡Malsines! Luégo, un buque aparejando,
Mi plan salió á explorar con cauto celo,
Mas el piloto se volvió temblando...
¡Justo castigo fué del alto cielo!
Desde entonces mi nombre fué nefando.
¿Qué podía yo hacer en tanto duelo?
¡Pedir á Dios resignación cristiana,
La gran virtud de la pobreza humana!

10.

»Muerta mi esposa, en Portugal burlado,
Á la patria volví donde he nacido;
Pero mi plan, que expuse á su cuidado,
Ni Venecia ni Génova han oído.
Yo he sido, por ser pobre, despreciado,
Y por loco pasé, siendo instruído;
Siempre el mundo en mí ha visto en una pieza
La locura ingertada en la pobreza.

11.

»Yendo hacia Huelva á pie, solos, con pena,
Hambre mi hijo sintió con fuerza cruda:
Á un convento llamé, y un alma buena
Pan dió á mi niño y á mi pena ayuda.
Su guardián, *Fray Juan Pérez de Marchena*,
Me vió al paso, me habló... y en él, sin duda,
Me hizo ver Dios que en el postrer extremo
Jamás en un naufragio faltó un remo.

12.

»Si no elogiase su bondad, haría
Al prior de la Rábida un agravio:
¡Con cuánta admiración mi teoría
Oyó y reoyó pendiente de mi labio!
Marchena, en no envidiada medianía,
Vive feliz y oscuro, aunque es tan sabio;
Pues la dicha cabal mucho más ama
Una buena opinión que una gran fama.

13.

»Al médico de Palos determina
Llamar Marchena á docta conferencia;
Mi plan *Garci-Fernández* examina
Con tan sabia atención como indulgencia.
Caridad en acción su medicina,
Más es que oficio una virtud su ciencia.
Es templar de los tristes los dolores
El amor más genial de sus amores.

14.

»La junta humilde y sabia del convento
Pensó entonces lo cuerdo que sería
El que, partiendo yo, fuese al momento
Á la Reina á exponer mi teoría.
Desde Huelva hasta Córdoba contento
Crucé la calcinada Andalucía,
Patria de mi vejez, de mis dolores,
De mi gloria tal vez y mis amores.

15.

Llegué. De Pérez la amistad sincera
Cartas me dió para un prior tan vano,
Que mi plan juzgó siempre una quimera;
Hombre indocto, aunque diestro cortesano.
Hoy ya Arzobispo *Hernando Talavera*,
Mejor que yo al furor del Oceano,
Las velas sabe izar sin duda alguna
Al viento desigual de la fortuna.

16.

»Viví en Córdoba. En tanto que iba errante
Aquí y allí la corte de Castilla,
Me socorrió, de mi proyecto amante,
Prez de Asturias, *Alonso Quintanilla.*
Medinaceli me asistió constante,
Que siempre grande entre los grandes brilla.
Feliz mendigo, entonces aun pensaba
Que en este mundo hasta el dolor se acaba.

17.

»Con bondad que aun mi espíritu alboroza,
Un día á ver los Reyes me acompaña
El Cardenal *Don Pedro de Mendoza*,
Que *«el tercer rey»* le nombran de la España.
Por cuantos sabios Salamanca goza
Mandó el Rey discutir mi ciencia extraña,
Luchando así por uno y otro lado,
En mí el futuro, en ellos lo pasado.

18.

»Á Salamanca fuí. En un convento
Controvertí con doctos profesores:
Fueron á combatirme más de ciento
Entre frailes, y legos, y doctores.
Probé allí de mi ciencia el fundamento
Por la opinión de sabios escritores,
Por pruebas naturales abundantes,
Y por la fe de doctos navegantes.

19.

»Si no es redondo el mundo, les decía,
¿cómo el sol al rodearle no tropieza?
¿Por dónde nace y se sepulta el día?
¿Adónde acaba el globo y dónde empieza?
Viendo hablar sólo en la defensa mía
Del Príncipe al tutor, *Fray Diego Deza*,
Yo pensé que exhalaba en un momento
De mi vida infeliz todo el aliento.

20.

»Lanzáronme al final de la contienda
Esta serie de citas importuna:
—«*Nadie que el texto de la Biblia entienda,*
La fe con los antípodas aúna.
Dios el cielo extendió como una tienda.»—
Así ignorantemente una por una
Fueron deshechas arrojando al viento
Las plumas de mi altivo pensamiento.

21.

»No preveyeron ¡ay! que mi fe pura
Del Infierno los ídolos aterra.
Que el hecho grande que mi mente augura
Abre el futuro y lo pasado cierra.
Yo soy el que predice la Escritura:
—«*Se unirán los extremos de la tierra,*
Y siguiendo del cielo los pendones
Se juntarán las lenguas y naciones.»—

22.

»Dando al examen término prudente,
Fué á Córdoba la corte. Yo, entre tanto,
Huésped molesto aquí y allí indigente,
Tan sólo algún alivio hallé en mi llanto.
Lloré... y después... lloré tan solamente.
¿Qué podía yo hacer en duelo tanto?
¡Pedir á Dios resignación cristiana,
La gran virtud de la pobreza humana!»—

23.

Recordando Colón tan tristes días
La aflicción sus palabras atenúa.
Su oyente, al contemplar sus agonías,
Entre llorar y no llorar fluctúa.
—«Veréis si esto os aflige, Don Elías,»—
Después Colón diciendo continúa,—
«¡Para cuánto dolor os dan materia
Los fastos de mi vida de miseria!

24.

»Mientras la corte errante iba y venía,
Blandiendo contra el árabe una espada
Se cuenta que luché con bizarría
En Baza, Loja, Málaga y Granada.
¿Qué importa al porvenir mi valentía?
Para mí el ser valiente es no ser nada.
Toda fama es un crimen si es sangrienta.
Ó la gloria no es gloria, ó es incruenta.

25.

»De Córdoba á una hija encantadora
Amé con tan inmensa idolatría,
¡Pobre *Beatriz Enríquez!* que aun la adora
Con la ilusión de un niño el alma mía.
Habiendo amado tanto á esta señora,
No extrañaréis que la ame todavía:
La juventud en la vejez sintiendo,
No puede envejecer envejeciendo.

26.

»Siguiendo yo una vez sus pasos iba
De un templo á la salida, cuando á poco
Gritó—«*¡al loco!*»—una turba intempestiva,
Mi vejez insultando con descoco.
Sin duda empezó á amarme compasiva
De oir al vulgo vil llamarme loco,
La que en ratos después más halagüeños
Me solía llamar su *caza-sueños*.

27.

»¡Cuántas veces, señor, la turba ciega
De loco tilda al cuerdo que en sus glorias
Con sus ideas distraído juega
Siendo sólo sus dados las memorias!
Nunca este grito me quitó el sosiego,
Pues sabía muy bien por las historias
Que mil veces de loco fué tildado
Quien padeció del genio el mal sagrado.

28.

»De Beatriz la historia lacerante
Si no os da enojo os contaré mañana.
Esposa sin marido, oculta amante,
Madre sin hijos, maldecida hermana.
Fueron los días que la amé un instante,
Porque los años en la vida humana.
Dulces alguna vez, otras amargos,
O tan rápidos son ó son tan largos!...

29.

»Pues, siguiendo mi vida malhadada,
Sin esperanza ya, como os decía,
Volví al convento, y me anuncié á la entrada
Más pobre que otro tiempo todavía.
Fray Pérez comprendió de una mirada
Que sólo hallado por el mundo había
Odio, desprecio, olvido y amargura:
¡Es tan fácil de hallar la desventura!

30.

»El alma del Guardián de rabia henchida,
Escribe á la gran Reina; y siempre buena,
De este su antiguo confesor dolida,
Que vaya Pérez á la corte ordena.
Fué. Habló á la Reina y me llamó en seguida.
Dudo en volver; mas viendo que Marchena
Cura mi herida y mi dolor acalla,
Torné otra vez al campo de batalla.

31.

»De nuevo en mi favor abren campaña
Luis Santanjel y *Alonso Quintanilla*,
Y á los pies de los Reyes me acompaña
La Marquesa *Beatriz de Bobadilla.*
La Marquesa es hermosa hasta en España;
Bellos sus ojos son hasta en Sevilla:
Nadie una vez su imagen tuvo enfrente
Sin llevársela impresa eternamente.

32.

»Blanco su cutis, rojos sus cabellos,
Muestra gentil *Doña Isabel primera.*
Del cielo azul sus ojos son destellos.
Grave es su andar; graciosa su manera.
Es tan casta, que nadie sus pies bellos
Ni al ponerles la unción verá siquiera.
Su faz, sombra y espejo de sí misma,
Un pensamiento silencioso abisma.

33.

»Dulce en la paz, es en guerrear constante.
Á la firmeza y la bondad propensa,
Como en torno de un astro gira amante
Cuanto siente junto á ella y cuanto piensa.
Sirve con humildad, manda arrogante.
Es su mirada reflexiva, intensa;
Nunca ví de ojo humano los reflejos
Ni venir de tan hondo, ni ir tan lejos.

34.

»Al católico Rey, á juicio mío,
Le llaman bien, aunque con forma extraña,
El *pérfido* Inglaterra, Italia el *pío*,
Francia el *avaro*, y el *prudente* España.
Calculador, sagaz, taimado y frío,
Será mucha su fe, grande su maña;
Pero aunque algunos me apelliden loco,
Su Alteza nuestro Rey me gusta poco.

35.

»Cuando en mi pacto el Rey ve que arrogante
Ser rico, y don, y hasta virrey pretendo,
Juzga mi pretensión exorbitante...
¡Aun de enojo pensándolo me enciendo!»—
Alzó aquí Don Elías el semblante,
Y tan extrema pretensión oyendo,
Murmuró por lo bajo y poco á poco:
—«Tiene razón la gente; este hombre es loco.»—

36.

Colón siguió:—«Con la ruindad que veo,
¿Qué hago? me alejo y me dirijo á Francia;
Mas de la Reina me alcanzó un correo
En un puente á dos leguas de distancia.
No me atrevo á volver, y lo deseo.
Mas de la Reina al escuchar la instancia,
Á ella obediente y á mis quejas sordo,
Mi bestiezuela ruin viré de bordo.

37.

—«*Al veros ir*, me dijo el mensajero,
Hablaron á la Reina de Castilla
Santanjel, de Fernando tesorero,
Y el contador Alonso Quintanilla.»—
Torno á la corte al fin, y allí me entero
Que la hermosa Beatriz de Bobadilla
Volvió también providencial su gracia
Á poner entre el trono y mi desgracia.

38.

»Entró la Reina á ver, y así se expreso
Con rostro altivo y con afable acento:
—«*En vez de perlas, como vos, Marquesa.*
Ceñir con flores mi cabeza cuento.
Vended mis joyas, pues costear la empresa
Por mi Corona de Castilla intento.»—
Dijo; y por Dios que al pronunciar tal cosa,
Además de sublime estaba hermosa.

39.

»Firmóse el pacto al fin ¡sea en buen hora!
Donde *don* y *virrey* se me nombraba.
¿Don Elías, cual yo, no veis ahora
Que en este mundo hasta el dolor se acaba?
Ya soy *don* por la Reina mi señora,
Cuando simple Colón morir pensaba.
Siempre creí que en los humanos duelos
Cuando el mundo se va, vienen los cielos.

40.

»De mi vida dan fin los tristes fastos.
Firmando Reina y Rey las condiciones,
Ya mis proyectos, cual ningunos vastos,
La envidia van á ser de las naciones.
Para cubrir la octava de los gastos,
Generosos conmigo los Pinzones
Jugaron su fortuna con mi ciencia
Al juego de la oscura providencia.

41.

»Ya prontos, en la iglesia del convento
Confesamos, y á Cristo recibimos;
Nos dió Marchena en un sermón aliento,
Nos bendijo, rezamos y partimos.
Desanclamos por fin. ¡Fresco era el viento!
¡Gracias al cielo! Hasta que al mar nos dimos
Fué mi vida entre tristes desengaños
Un sueño de diez lustros y seis años.

42.

»Pasó un sol y otros dos; y al cuarto día
De la *Pinta* el timón desenclavando,
Ya *Quintero* azuzó la rebeldía,
Mal síno entre mis gentes augurando.
Pero *Martín Pinzón* en su osadía,
Con cabos el timón asegurando,
—«*Si se rompe un timón,* dijo á Quintero,
El componerlo es el mejor agüero.»

43.

»Roto el timón de nuevo al quinto día,
Hice rumbo á Canaria en los siguientes.
Dejé la *Pinta* allí, y á esta bahía
Vine á enmendar ligeros accidentes.
Juzgando al fin repuesta su avería,
Por la *Pinta* volví; pero mis gentes,
Cuando el volcán de Tenerife vieron,
Morir quemados en la mar temieron.

44.

»Torné aquí á vituallar. Mi historia es ésa.
Pronto zarpar de la Gomera espero.
Á mi ventura, que de huir no cesa,
La suprema embestida darla quiero.
No dudéis, Don Elías, de mi empresa.
Fiad en mí, porque cual nunca fiero,
Ya voy del mar por el triunfal camino
Batiendo en retirada á mi destino.»—

45.

Calló Colón. Se levantó á estrecharle
Lleno de afecto y de dolor su oyente;
Mas al ir Don Elías á abrazarle,
Pensó en su empresa y le creyó demente.
Miró. Se santiguó. Tornó á mirarle.
Se volvió á santiguar. Y tristemente,
Con faz entre espantada y lacrimosa,
Marchando murmuró no sé qué cosa.

CANTO VI.

BEATRIZ ENRÍQUEZ.

RESUMEN.

Continúa Colón la relación de su vida.—Encierro de Beatriz.—Nacimiento de Fernando Colón.—Matrimonio secreto.—Fragmentos de las cartas de Beatriz Enríquez á Cristóbal Colón.—Conclusión del canto VI.

I.

En el mismo lugar, al otro día,
De Beatriz Enríquez, que aun adora,
Las memorias Colón así leía
Al buen señor que de escucharle llora:
—«La historia, que es lo triste de la mía,
Vais á escuchar de la que aun es señora
De *aquí* y de *aquí*,»—dijo, y clavó elocuente
Una mano en el pecho, otra en la frente:

2.—PRIMERA PARTE.

—«A dos leguas de Córdoba traída,
Y en un castillo con rigor guardada,
Amando más la muerte que la vida,
Hoy te escribe, Colón, tu prenda amada.
—«*El fruto de tu amor, Beatriz querida,*
Es fuerza dar á luz aquí encerrada,»—
Dijo, cerrando mi prisión mi hermano,
Con la altivez feroz de un castellano.

3.

—«*Llevaréis por vuestro hijo eterno luto,*
Si lejos no vivís por siempre—dijo—
De vuestro amor y de su amante fruto
(Y al hijo, y á mí y á vos aquí maldijo):
Si rendís á mi alcurnia este tributo,
Ileso á vuestro esposo irá vuestro hijo.»—
¡Cuántas eternidades de contento
Hallaron su sepulcro en un momento!

4.

»Y añadió al concluir:—«*De vos reclamo*
Una mudez perpetua, aunque penosa,
Pues vuestra sangre verteré, que aun amo,
Si alguno os sueña de Colón esposa.»
—«¿Y no he de verlos nunca?»—entonces clamo:
Y él, mi mano estrechando temblorosa,
Dice con rabia que su aliento trunca:
—«¡*Nunca!*—¿Y el día de mi muerte?—¡*Nunca!!*»—

5.—SEGUNDA PARTE.

«Nada importa la ausencia: aquel que adora
Ve siempre el culto de su amor presente;
Para el recuerdo no hay ni *antes* ni *ahora*,
Sólo hay para el recuerdo *eternamente*.
Por eso eternamente hora tras hora
Mi mente vive y vivirá en tu mente;
Nunca el rencor, luchando, alcanzó palmas
En la memoria, patria de las almas.»

6.—TERCERA PARTE.

«¡Ay! ¡me arrancaron con brutal exceso
El hijo que mi dicha hace ilusoria!
¡Solo un beso le dí, tan solo un beso!
¡Adiós, vida de amor, sueños de gloria!
Solamente en fantástico embeleso
Desde hoy lo besaré con mi memoria,
Pues para dos que se aman es sabido,
Que los recuerdos son besos sin ruido.»

7.—CUARTA PARTE.

«Ya á nuestro hijo, por fin menos esquivo
Puso el cielo en tu amante compañía;
Fiero y leal, benévolo aunque altivo,
Cumplió mi hermano la esperanza mía.
¡Cuál su faz besarás de mármol vivo!
¡Con qué gozo verás día tras día,
Entre la luz que irradian de los cielos,
Mi espíritu cuajado en sus ojuelos!

8.

»Sepárale del ruido con cautela
Que en torno á la inocencia airado zumba;
Con la virtud su espíritu abroquela,
Antes que al cebo del placer sucumba;
Probadle que la dicha es bagatela
Que nada vale al borde de la tumba;
Que sólo compra el celestial tesoro
De la virtud y la desgracia el oro.»

9.—QUINTA PARTE.

«No hago más que llorar; el llanto entiendo
Que lento el mal del corazón me enfrena;
Pues lágrima tras lágrima corriendo,
Descargándome van pena tras pena:
Desangrando mi espíritu, voy viendo
Tranquilo el corazón, mi alma serena,
Porque es el llanto que las penas calma,
Sangre de las heridas de nuestra alma.»

10.—SEXTA PARTE.

«¡Ah! ¡cuál me atrae en vértigo halagüeño
Del sepulcro el abismo poco á poco!
Mis sueños reduciendo á un solo sueño,
Como un sueño inmortal la muerte evoco:
Pasajera embarcada en un ensueño,
Al límite feliz del viaje toco;
Ya en su dolor mi espíritu, las puertas
Que sólo se abren hacia allá ve abiertas.

11.

»Roto en pedazos de mi vida el prisma,
Ni á ver atino, ni á pensar acierto;
Mi alma que el vaho del sepulcro abisma,
Ve sombras en lo real, luz en lo incierto.
No extrañéis ya que os hable de mí misma
Cual si hablase de un sér que lloro muerto,
Y cuya alma á gemir, á otra alma unida,
Del otro lado vuelve de la vida.»

12.—SÉTIMA PARTE.

«¡Adiós! hoy pronta, si antes perezosa,
Ya á la muerte tranquila me avecino;
Mi suerte ha sido aquí tan lastimosa,
Que aguarda allá mi fe mejor destino.
¡Adiós, adiós! Si antes que vos dichosa
Llego á emprender el último camino,
Siga mi huella vuestra huella amante,
Yo no os dejo, mi bien; voy más delante...»

13.

—«Esta es—dijo Colón—la oculta historia
Que á la suerte de España unió mi suerte»—
Su cabeza gentil, sol de la gloria,
Entre ambas manos sepultando inerte.
Y erguido luego—«sólo su memoria
De *aquí* y de *aquí* separará la muerte»—
Dijo, clavando en lágrimas deshecho
Una mano en la frente, otra en el pecho.

CANTO VII.

VIENTOS ALISIOS.

RESUMEN.

Se dió Colón á la vela en la madrugada del 6 de setiembre de 1492, saliendo de la isla de la Gomera.—Tres días de profunda calma.—Las legiones infernales entorpecen la acción de los vientos.—Las sombras del infierno corren á perseguir la flota.—La Idolatría.—La Envidia.—La Ignorancia.—La Esperanza hace la flota invisible.—La Caridad convierte á las legiones infernales en los vientos alisios.—El día 8 se levantó con el sol una brisa favorable.—Promesas de Colón, y orden de que no anduviesen por la noche después de las setecientas leguas.—Consternación de los marineros.—Desaparecen del horizonte las alturas de Ferro.

I.

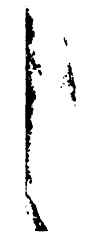
Repuesta de la *Pinta* la avería,
Y vituallada ya la flota entera,
De la quinta semana al sexto día
Zarpó la expedición de la Gomera.
Se arroja al mar Colón con alegría;
Pero la tropa, á quien el miedo altera,
De nuevo el mar á trasponer se lanza
Sin placer, sin valor, sin esperanza!

2.

Se alejan ya... Del mundo con espanto
Para siempre tal vez se desheredan.
¡Cuán tristes van! Los de la isla en tanto
No hay modo de que ahogar sus ayes puedan.
Como en Palos, les mueve á verter llanto
Lo mismo á los que van que á los que quedan,
Si el amor antes, la piedad ahora:
¡Cuánto en el mundo, santo Dios, se llora!

3.

Pasa un día... Los céfiros no alientan.
Las naves, bajo un cielo bochornoso,
Como rocas inmóviles se ostentan.
¡Cual la tumba el sosiego es silencioso!
¡Cuánta angustia! Los hombres se impacientan
Molidos bajo el peso del reposo,
Dudando alguna vez, no sin motivo,
Si el límite es aquel del mundo vivo.



4.

Pasó otro sol. Un proceder villano
Del Rey de Portugal Colón temía.
Aun tocan la Gomera con la mano
En la mañana del tercero día.
¿No recordáis las sombras que inhumano
El Teide vomitó cuando decía:
—«Esos son, esos son; soltad los vientos:
Desatad, desatad los elementos?»—

5.

Esas son las legiones que el ambiente
A encarcelar en su mansión se atreven:
Presas entre su cerco transparente,
Asfixiadas las auras ni se mueven.
Los vientos enredando mansamente,
Las sombras en los céfiros se embeben,
Del aire vano entretejiendo un velo
Claro y sutil como la luz del cielo.

6.

¡Calma chicha! Del mar en los desiertos
Nada se mueve: ni olas se columbran.
¡Sobre los cascos de los buques muertos,
Cual sudarios las velas se derrumban!
¡Ecos se oyen no más de ecos inciertos,
Donde tremendas las borrascas zumban!
Turbia es la luz.—La atmósfera es espesa.—
¡Cuán grave sobre el mar el cielo pesa!

7.

¡Casi es mejor! En su furor violento
Las prisiones al fin rompen secretas,
Y se mueven también, soltando el viento,
Fatigadas las sombras de estar quietas.
Por eso en remolino turbulento,
El mar las sombras removiendo inquietas,
Van los bajeles con rencor buscando...
¡Bien! ¡ya si mueren, morirán luchando!

8.

Mandando una legión la Idolatría
Muestra procaz su destructor intento:
Enhiesto el rostro, al cielo desafía,
Descocado el mirar, bronco el acento:
Agiles brazos de actitud bravía,
Húmedo el belfo labio ceniciento,
Que dan á ídolos mil en torpes lazos
Con múltiple fervor besos y abrazos.

9.

Va otra legión tras de la Envidia ingrata,
Que de herir la ocasión busca perspicua,
Pues ponzoñosa á cuanto apunta mata,
Recto el intento y la mirada oblicua:
Hipócrita sus víctimas acata,
Afable el rostro y la intención inicua:
Vil sér, que para herir el pecho ajeno
Jamás la espada usó, siempre el veneno.

10.

La Ignorancia va allí, rudo el semblante,
Donde lo atroz compite con lo necio;
Niño en pensar, aunque en poder gigante,
Ni da valor al mal ni al bien aprecio;
Actor sin voluntad, máquina andante,
Que más lástima inspira que desprecio,
Más bien que un sér que acciona porque vive,
De otros, cual muerto sér, su acción recibe.

11.

Mientras que en busca de la flota avanza
La satánica grey que al mar azota,
Haciéndola invisible la Esperanza,
La fuerza vil de su rencor embota:
Con sus alas en plácida bonanza
La envuelve sutilísima, y la flota
De luz tejida entre el radioso velo
Su color pierde en el color del cielo.

12.

Es la equívoca luz de la esperanza
Invisible visión que nos fascina,
Próxima siempre, y siempre en lontananza,
Que sin llegar á verla se adivina.
Fulgor que si la vista á herir no alcanza,
Del alma lo recóndito ilumina:
Luz inextinta, que aunque luz se nombra,
Es del deseo inseparable sombra.

13.

La flota, así invisible, se desliza
Entre esta luz ó sombra del deseo,
Mientras el mar un vientecillo riza
Que alza la grey con rápido aleteo;
Va una vez, y otra vez, resbaladiza
En mudo é ineficaz revoloteo
Desde Oriente á Poniente, y de Poniente
Vuelve rauda á surgir por el Oriente.

14.

Y en tanto que la Fe las naves guía,
La Esperanza velándolas prosigue,
Y con ardor la Caridad decía
Al vil tropel que en vano las persigue:
—«Así vuestro camino, en fácil vía
Tornando Dios, vuestro rencor castigue,
Y que el viento que alzáis, perpetuamente
Haga próspero el rumbo de Occidente.»—

15.

Á esta bendita-maldición heridas,
Sin que en su curso contenerse puedan,
Las visiones, de un vértigo impelidas,
El globo sin cesar ruedan y ruedan.
En los *vientos alisios* convertidas,
Rodando el mundo para siempre quedan.
Así de un mal que provocó el Infierno
Hizo un bien la virtud que será eterno.

16.

Desde entonces la turba desenvuelta,
Nuestro globo rodando y más rodando,
A la flota, que en luz camina envuelta,
Ignorante á su fin la va arrastrando:
Y así la turba en aire alisio vuelta,
Las flotas y las flotas ayudando
Seguía, sigue y seguirá obediente
La ruta de Colón perpetuamente.

17.

¡Gracias á Dios! Los céfiros süaves
Ya hacen crujir, soplando, las entenas;
Las velas otra vez ondeando graves
Ya se hinchan como pechos de sirenas.
¡Nueva consternación! Al ver las naves
Sobre las aguas resbalar serenas,
Muda exclamó, mirándose la gente:
—«¡Se acabó todo: adiós eternamente!»—

18.

En términos hablando altisonoros,
Dar promete á la chusma el Almirante
En Manguí y en Cathay cuantos tesoros
Puede soñar un alma delirante.
Mas ni sus ayes templan ni sus lloros,
Al contemplar que, dentro de un instante,
Se verán en la mar tan solamente
De su pena y recuerdos frente á frente.

19.

Y para no encallar, Colón prudente
En tono les previno muy sincero:
—«Que á setecientas leguas á Occidente
Parasen por la noche el derrotero.»—
Tal previsión creyendo impertinente,
Siempre rebelde murmuró Quintero:
—«En cuanto á mí, poco el temor me aterra
De estrellarme los ojos contra tierra.»—

20.

¡Viento en popa! Ya el límite remoto
De Ferro ven desparecer por grados...
¡Tienden la vista al mar por siempre ignoto,
Y todos quedan de pavor helados!
No piensa en ese mar ningún piloto
Sin sentir los cabellos erizados,
Y sin mostrar, mirándole delante,
Turbios los ojos, pálido el semblante.

21.

Lloran gritando: - «¡Adios!» - Cuanto más se anda
Más del amor se ha de aumentar la queja:
Con la distancia la pasión se agranda,
Como la sombra cuando el sol se aleja.
Lo que anda el buque, el corazón desanda
Hacia el amor volviéndose que deja
Y que en sombras tal vez se le aparece:
¡Cuánto el cariño la distancia acrece!

22.

Llega la noche. Una postrer mirada
Tienden á Ferro antes que el mar la suma...
¡Aun se ve!—¡No se ve!—Sí...—No...—Sí...—¡Nada!
¡Nada más que agua, aire se ven, y espuma!
¡Buen viaje! ¡Adiós! La chusma consternada
Ya sólo mira en derredor la bruma,
La sombra, el cielo, el aire, el oleaje...
¡Ya no se ven por fin!... ¡Adiós! ¡Buen viaje!...

CANTO VIII.

AMOR Y CELOS.

RESUMEN.

El día 10 de setiembre anduvieron sesenta leguas.—A la luna.—Escena de amor entre Zaida y Rodrigo.—Tentativa de asesinato de Nuño contra Rodrigo.—Acción generosa de Rodrigo.—Sigue la misma escena de amor.

I.

El diez no corren, vuelan.—En su vuelo
Ni un ave ni una roca á ver se alcanza;
No parece sino que el alto cielo
Recogió de estos mares la esperanza.
Ahora de Nuño contaré el anhelo,
Mientras veloz la expedición avanza.
¡Cuándo no fué, para nuestra alma, amena
Una historia de amor, aun siendo ajena!

2.

Zaida feliz, Rodrigo venturoso,
Pasan las noches de su amor gozando;
Mientras que Nuño, á veces rencoroso,
Su amor entre las sombras va espiando.
Tiernos aquellos dos, y éste celoso,
El diez estaban, cuando el sol brillando
Del mundo hacia ese fin que el mundo ignora,
Iba á buscar los campos de la aurora.

3.

De clara sombra inagotable fuente,
Brilla la luna allí cerniendo el sueño;
Parece un sér que con nuestra alma siente,
Unas veces sombrío, otras risueño:
Para todo infeliz, numen doliente;
Para todo el que ríe astro halagüeño:
Maga que al triste y al alegre asiste,
Alegre como luz, cual sombra triste.

4.

En su dulce, cruel ó amante anhelo,
Por confidenta en su pasión la imploran
El aterido habitador del hielo,
Los que en las zonas de las flores moran.
Campo de cita, á donde en manso vuelo
A verse van los que en ausencia lloran:
Anillo universal que, en paz amiga,
Los vagos cuerpos de las almas liga.

5.

Sentado al borde de la *Pinta* un día
Rodrigo, con la prenda á quien adora,
Está amoroso como estar solía
Una vez y otra vez, hora tras hora.
Junto á ellos Nuño, entre la noche umbría
Llegando como sierpe trepadora,
Por la parte exterior del borde asido
Celoso escucha con atento oído.

6.

Con el amor que le devora ardiente
—«¿Me amas, Zaida?»—Rodrigo la decía;
Y en el inmenso amor que Zaida siente
—«Con amor sin igual,»—le respondía.
—«¿Y siempre me amarás?»—«¡Eternamente!»—
¡Oh sueños de la humana fantasía!
Para un cariño como el de ellos tierno,
Todo es inmenso, sin igual, eterno!

7.

Así siempre el amor rey se ha soñado
Más que los bronces y los tiempos fuerte,
Cuyo imperio invencible y no acotado
Los límites traspasa de la muerte.
De incorruptible edén sér expatriado,
La lengua habla de Dios, y de esta suerte
Muestra el amor que se engendró en el seno
Donde todo es eterno, hermoso y bueno.

8.

De inmensidad y pequeñez conjunto,
Concreta amor en su esperanza vana
Lo eterno á un día y el espacio á un punto,
Los ayeres al hoy, y á hoy el mañana.
De un rey que grande fué vivo trasunto,
Aun sueña avasallar, y el alma humana
Expresa, siente y ve lo que en sí encierra,
Poniendo á su servicio cielo y tierra.

9.

Siempre encuentra adhesivo el sentimiento
Su vida y la del mundo en armonía;
Es el rumor del aire nuestro acento;
Es el dolor la noche; el gozo el día;
Revela la extensión el pensamiento;
Las ilusiones son flores de un día:
La faz del mundo el alma lleva impresa;
La faz del alma humana el mundo expresa.

10.

Del alma, el mundo cómplice y testigo,
Con su dolor ó su placer se enmanta,
Para el dolor cruel, del gusto amigo,
Al triste angustia y al gozoso encanta.
El aura pura á Zaida y á Rodrigo
Trovas de amor en su ilusión les canta:
Mas á Nuño infeliz el aura pura
Muertes y asesinatos le murmura.

11.

¡Tristes las horas son que van pasando
Por un rival que espía á dos amantes!
Es un rumor que atruena el són más blando;
Un instante sin fin son los instantes:
Rebotan las miradas luz chocando;
Roban la voz las auras inconstantes;
Y los silencios, con mentida calma,
Hacen vibrar estremecida el alma.

12.

Así Nuño, que innoble espía atento
Lo que teme al buscar, busca lo que halla;
Cree ver de ambos flotár el pensamiento;
Más piensa que oye cuanto más se calla:
Sin pasar de un momento á otro momento
El tiempo en lo hondo de su mal se encalla:
Como el silencio para el miedo suena,
Hondo el silencio el corazón le atruena.

13.

—«Si yo tirase—en su interior decía—
Del fuerte cable que los cerca enfrente,
Los tres á un tiempo el mar nos tragaría ..
¡No, ella no; yo y Rodrigo solamente!»—
Así celoso al mal se apercibía,
En tanto que la luna doblemente
Clara á Rodrigo con amor le asiste,
Y turbia á Nuño le acompaña triste.

14.

Y al placer ó al dolor siempre adaptable
La creación mostrándose seguía,
Si bien indiferente, á Zaida afable,
Tierna á Rodrigo, pero á Nuño impía;
Y éste entretanto acariciando el cable,
—«Si tiro así,—pensando proseguía,—
Los dos á un tiempo se ahogarán conmigo...
¡No, Zaida no; yo solo con Rodrigo!»—

15.

Un instante á Rodrigo aislado viendo,
Tiró Nuño del cable con premura,
Mas torpe; sin su presa, al mar cayendo,
Un ¡ay! lanzó de rabia y de amargura.
—«*¡Un hombre al mar!*»—Rodrigo el cable asiendo
Tras él se arroja, y Nuño sin ventura,
Para mayor dolor de su alma herida
A quien quiso matar debió la vida.

16.

Hasta la nave, al cable sujetado
Sube Rodrigo al náufrago con brío;
Nuño celoso, aunque abatido airado,
Recibe de la vida el don sombrío.
Y después, de sí mismo avergonzado,
En el fondo se oculta del navío,
En donde el llanto que á verter comienza
Su falta borrará, no su vergüenza.

17.

Luégo su faz de indiferencia llenos
Muestran los elementos inconstantes;
Los vientos sobre el mar corren serenos;
La luna á media luz brilla como antes.
Y muy poco después, de Nuño ajenos,
Cercanos otra vez los dos amantes,
—«¡Me amas, Zaida!»—Rodrigo la decía,
—«¡Con infinito amor!»—le respondía.

CANTO IX.

HISTORIA DE ESPAÑA.

RESUMEN.

Martes 11 de setiembre: anduvieron 20 leguas: encuentran el mástil de una nave: miraron espantados aquel despojo de la furia de las ondas.—Colón, para alentarlos, recuerda las glorias nacionales leyendo la Historia de España.—La España.—Iberos, Celtas, Fenicios, Cartagineses, Romanos.— Reyes godos.— Principian los Reyes de Asturias.—Batalla de Covadonga.—Reyes de Oviedo.—Reyes de León.—Reyes de Castilla.— Almanzor.—El Cid.—Don Jaime de Aragón, el Conquistador.—Acción heroica de Guzmán el Bueno.—Casa de Trastamara.—Don Alvaro de Luna.—El último suspiro del Moro.

I.

Todo el mundo es igual según van viendo.
Es como el mar de Huelva el que los baña,
Y el mismo sol que brilla están creyendo
Que es el sol de setiembre de la España.
Que es aura de Granada el aire entiendo.
Y también por las noches ¡cosa extraña!
La luna que en los cielos relucía
Ser la luna de España parecía.

2.

¡Ay! cuando más el goce en ellos vive,
Cual recuerdo y señal de algún estrago,
El mástil de una nave se apercibe...
Era martes el once ¡día aciago!
Flotando el mástil por la mar escribe:
—«Este será de vuestra hazaña el pago;»
Y hasta á Colón, que altivo lo veía,
—«¡Morid en paz!»—parece que decía.

3.

¿Qué hace al verlo Colón? Toda la gloria
Traer de España á su memoria sabe,
Quitándoles así de la memoria
El triste mástil de la rota nave.
Un libro coge, y nuestra patria historia
Leyendo fué con la tristeza grave
Del que ha dejado una ilusión querida
En cada sitio en que arrastró su vida:

4.

—«*La España*, dice un árabe, *es un suelo*
Fértil cual Siria, cual Adena hermoso;
Es como el Yemen su templado cielo;
Cual Hejiaz y Cathay rico y precioso.»—
«Dice bien: nuestra España es un modelo
De riqueza y salud, tan amoroso,
Que en Adena, en Cathay y en Siria bella
Palpita el corazón si se habla de ella.

5.

»Mucho antes que los Celtas, los Iberos
Poblaron esta tierra de placeres,
Donde son los valientes caballeros,
Donde se nombran damas las mujeres.
Vinieron de Cartago los guerreros,
Después que los Fenicios mercaderes.
Para estos pueblos de fatal memoria
Fué mercancía sin valor la gloria.

6.

»Después que Roma por bondad del hado
Al gran león de la Numidia doma,
Llegó el mundo á tener tan humillado,
Que estaba Roma en todo y todo en Roma.
¡Grande fué su poder! Mas cuando airado
En venganza *Alarico* el hierro toma,
Rota en el polvo la cerviz romana,
Cambió de rumbo la cultura humana.

7.

»Los extremos del mundo en són de guerra
Mil huestes sobre Europa amontonaron.
Á Roma en Roma el universo encierra,
Y á Roma al fin de Roma desterraron.
Castilla, que parece un mar de tierra,
Fué el campo en que los Godos más brillaron,
Como dice una crónica olvidada:
«Con la ayuda de Dios y de la espada.»—

8.

»De Alarico la gloria y el derecho
Pasó á *Ataulfo*, que reinó en seguida.
Mas de un balcón llegado al antepecho
Rindió una vez el infeliz la vida.
Un vil siervo á traición le hirió en el pecho,
Y Ataulfo, apretándose la herida,
Se incorporó, gimió, miró hacia el cielo,
Dió una vuelta en redondo y cayó al suelo.

9.

»Á *Sigerico* el vil, cuya alma impía
Seis hijos de Ataulfo ha degollado,
De su reinado en el octavo día
Fué ¡castigo de Dios! asesinado.
Sin gloria, sin virtud, sin alegría,
Sigerico murió desesperado;
Pues ni los tronos del dolor redimen,
Deshecha la ilusión que arrastra al crimen.

10.

»Vengando *Walia*, que el rencor destila,
Á Ataulfo su padre en su asesino,
Al alano y al vándalo aniquila,
Término dando á su feroz destino.
Teodoredo cayó buscando á Atila,
Que de Chalóns hasta los campos vino
Con frente altiva y corazón perverso
La corona á ceñir del universo.

11.

»Revoltoso y avaro *Turismundo*,
Lo mató *Teodorico*, á los que iguales
Dejó á entrambos *Eurico* el furibundo,
Dominador cruel de prendas reales.
Segundo en nombre y débil sin segundo,
No es mucho que á *Alarico*, sus rivales
La vida, el trono y el honor le roben:
No creía en el mal: ¡era tan joven!

12.

»*Jesalico* infeliz, del hado siente
También, muerto á traición, todo el desvío.
Lo hereda *Amalarico*, que imprudente
Se muestra *avaro, sanguinario* é *impío.*
¡Otra nueva traición! Muerto vilmente
Amalarico fué. ¿Por qué, Dios mío,
El cielo sufre á los inicuos tanto?...
No digo más porque me ahoga el llanto.»—

13.

—«Mas ¿cómo—exclamó Ruiz—el alto cielo
Tanto augusto bribón reinar consiente?»—
Participando de su santo celo,
Todos dijeron:—«¡Verdaderamente!»—
Colón siguió:—«Al buen *Teudis*, *Teudiselo*
Le sucedió; y cruel, aunque valiente,
Le asesinaron en Sevilla un día
¡Sardanápalo vil! en una orgía.»—

14.

Ruiz, con los ojos de rencor preñados,
Dice al oir tan bárbaros destinos:
—«¡Qué serie de verdugos coronados!
¿Se van nombrando reyes ó asesinos?»—
Y Colón continuó:—«De sus pasados
Siguiendo *Ajila* los infaustos sinos,
Su misma gente le mató traidora.
¿Á qué infeliz toca reinar ahora?

15.

»*Atanagildo* electo, dulcemente
Fué de modestia y rectitud modelo.
Elegido después *Liuva* el Prudente
Fué un justo rey también: ¡gracias al cielo!
Leovigildo el magnífico y valiente,
Presa infeliz de un indiscreto celo,
En su hijo propio se ensañó iracundo;
Mas ¿quién no yerra en algo en este mundo?

16.

»Desde el tercer Concilio toledano,
Recaredo, halagado del destino,
Venció al Francés y convirtió al Arriano,
Igual en el honor á Constantino.
Siempre el Señor le tuvo de su mano
De la existencia en el erial camino,
Porque el Señor, en su equidad cumplida,
Siempre recuerda al que jamás le olvida.

17.

»Sin fe en su Dios, occidental Juliano,
Siempre vil, *Witerico* el iracundo
Asesinó con su traidora mano
Al joven sin doblez *Liuva* segundo.
Arrastrado en Toledo aquel tirano,
Aprendió al fin, muriendo, que en el mundo
Para el que siembra acciones vergonzosas
No hay rosas sin espinas, si es que hay rosas.

18.

»De la fe y de la paz gloria y amparo,
Y dichoso en las cosas de la guerra,
Sería un Recaredo, *Gundemaro*,
Si pudiera haber dos sobre la tierra.
Sisebuto cruel, aunque preclaro,
Á los judíos sin piedad destierra.
Al *Recaredo* que reinó en seguida
La puerta del dolor le abrió la vida.

19.

»No muy feliz *Suintila* en su reinado,
Abriendo á la indigencia su tesoro,
El padre de los pobres fué llamado
Por el grande en saber San Isidoro.
Mas al fin por la dicha extraviado,
Sensual, avaro, inicuo y sin decoro,
Pronto olvidó su desdichada historia:
¡La ventura es tan frágil de memoria!

20.

»Feliz después su sucesor ha sido
El trono de los Godos usurpando;
Mas el cuarto Concilio reunido,
La usurpación honró de *Sisenando*.
Chintila, *por Obispos* elegido,
Necio vivió *para ellos* gobernando;
Y así, con actos de grandeza ajenos,
Fué virtuoso, ó hipócrita á lo menos.

21.

»*Tulga*, de tierna edad y ánimo blando,
Llevó hasta el trono un generoso instinto.
Deudo cruel y enérgico en el mando,
Decalvó á Tulga el fiero *Chindasvinto*.
Este gran rey por último abdicando
En el manso y piadoso *Recesvinto*,
Exento ya de vanidad y encono,
Buscando la ventura huyó del trono.

22.

» *Wamba*, por los grandes aclamado,
Sin la loca ambición que á tantos ciega,
De días y de glorias coronado
¡Noble ejemplo! arrastrado al trono llega.
Durmióse Wamba rey, mas decalvado,
Despertóse á ser monje de Pampliega,
Su nombre encomendando á la memoria
De la virtud, del genio y de la gloria.

23.

—« *Con capa de piedad cubrió su vida*,»
Dicen de *Ervigio* que reinó con gloria.
De su eterna inquietud compadecida,
—«*Su fama grande fué*,»—dice una historia.
—«*Mas*—añade esta crónica en seguida—
Ni agradable ni honrosa su memoria.»—
Su honor fué grande: el deshonor alguno.
¿Quién es perfecto sino Dios? Ninguno.

24.

»Mejor que rey *Egica*, obispo fuera.
Á *Witiza*, en su loco desvarío,
Le llamará la historia venidera
Desbaratado y vil, cruel é impío.
Ni de éste ni de aquél hablar quisiera.
¡Huid, huid del pensamiento mío
Los que reinando sin virtud ni gloria
Sois carga y carga vil de la memoria!

25.

»*Rodrigo* el que...»-«Que en los Infiernos arde»-
Con gusto general gritó Quintero.
—«No hay quien respetos á su nombre guarde,
Llamándole «traidor,» «mal caballero.»
Grita uno:—«¡seductor!»—otro:—«¡cobarde!»
—«Dejad al infeliz,—dijo un tercero,—
Bien las injurias que infirió á la Cava
En el Jordán del Guadalete lava.»

26.

—«Llegó junto á Jerez tu hora postrera,—
Colón siguió leyendo,—patria mía.»—
Calló después. Y Ruiz de esta manera
Prorrumpió:—«En tan atroz carnicería
Ni el cadáver del Rey se halló siquiera.»
—«¿Cómo habían de hallarlo si aquel día—
Dijo Roldán con afectada calma—
Se lo llevó el demonio en cuerpo y alma?»—

27.

Completa indignación. Aquí llegando
Deja el libro Colón y toma aliento.
Luego un rato en voz alta meditando:
—«Sigamos,»—dijo, y se volvió á su asiento.
Leyó; pero antes la mirada alzando
Rápida como el mismo pensamiento,
Inquiere el horizonte, á ver si alcanza
La ilusión, la alegría y la esperanza.

28.

—«*Loado sea Dios, del mundo dueño,*
Que sobre todo poderoso brilla.
Que quita ó da el poder grave ó risueño,
Que alza á quien quiere y á quien quiere humilla!»—
«Estas palabras con placer diseño
De un árabe devoto á maravilla,
Al referir, como él, á mis hermanos
Las guerras entre moros y cristianos.

29.

»Cuna de España y de la Arabia tumba,
Luchan de Covadonga en la ancha cueva
Ciento contra cien mil. ¡El viento zumba!
¡Más sangre que agua ya destila el Deva!
¡Á millares los árabes derrumba,
Sus troncos desgajando el monte Auseba!
¡Todo luchó por milagroso modo,
Naturaleza, Dios, el hombre, todo!

30.

Tras *Don Pelayo* á *Don Favila* vemos
Por un oso feroz muerto sin gloria:
De este mancebo rey decir podemos
Que no hizo cosa digna de la historia.
En volver á Jerez aun tardaremos
Siete siglos de oprobio y de victoria.
Ya por la mano hoy el dolor nos gana.
¿Cuál será la desdicha de mañana?

31.

»El *Católico Alfonso* ¡bien venido!
Al que la raza de Ismael un día
«*El matador de gentes, el temido,*
El hijo de la espada,»—le decía.
Ya rinde el alma á Dios: ¿habéis oído?
Los ángeles se cree que en su agonía
Cantan de Dios ante el poder augusto
El salmo «*Ved cómo se muere un justo.*»

32.

»De Oviedo fundador, *Froila* valiente,
Vence á Omar: mas arroja de tu mano
Ese puñal con que traidoramente
Asesinas ¡cruel! á Vimarano.
Por la *ley del Talión*, pronto tu gente
Vengará en tí la sangre de tu hermano.
¡Don Froila, no hay piedad! ¡Justo escarmiento;
Que coja tempestad quien siembra viento!

33.

»¡Id, *Aurelio*, pasad desconocido:
Mauregato, también: *Silo*, adelante!
Vos, *Bermudo*, pasad, pues que habéis sido
Más de rezar que de blandir amante.
¡Cuitado! al fin abdica arrepentido;
Y su mal señalando ya espirante,
—«*¡Aquí!*—decía en lágrimas deshecho,
—*¡Aquí!*»—decía, y se golpeaba el pecho.

34.

»Otro *Alfonso*, ¡salud! ya es el segundo:
Cristiano fiel, prudente consejero,
Blando en Lisboa, en Lodos iracundo,
Viene á eclipsar la gloria del primero.
Rey *Casto*, el *Contrariado* por el mundo,
¿Por qué fué el hado para tí tan fiero?
Con bravo corazón, con alma pura,
Engañar el dolor fué tu ventura.

35.

»Ahora *Ramiro* el vengador descuella.
Á ver cual vuestra indómita milicia
Esos Normandos con rigor degüella,
Pues *la vara* os llamáis *de la justicia*.
¡Más rigor... mucho más! si vuestra estrella
Derrotando á Abderramen es propicia,
Mientras haya un Visir que esté en reposo,
Ni ganas tengo para ser dichoso.

36.

»Gloria á *Ordoño* el primero, aquel que airado
De Albaida y Salamanca al Moro arroja.
En Clavijo San Jorge va á su lado
Montado en corcel blanco y con cruz roja.
Mas ¡ay! celoso de su dicha el hado,
Al pueblo de su *padre* al fin despoja:
¿Nunca vendrá ¡gran Dios! libre de penas
Con ambas manos la fortuna llenas?

37.

»Sube á Sierra Morena *Alfonso* un día,
Y al mirar hacia allá de envidia llora.
Todo ese edén, señor, nuestro sería
Con triunfos como *el día de Zamora.*
¿Por qué la suerte á tan buen Rey daría
Hijos rebeldes y mujer traidora?
¡Cuán pocas veces el destino aúna
La virtud, el valor y la fortuna!

38.

»Pasad, no sin honor, pasad, *García*.
Lleno el segundo *Ordoño* de esperanza,
Que la sangre de Alfonso arder sentía,
Dejando á Oviedo hasta León avanza.
¡Qué rota la del Val, Virgen María!
Seguidlos al Roncal, dadme venganza,
Y si no la hay, la esperaré siquiera;
Que es menos infeliz aquel que espera.

39.

»Pero ¿qué he de esperar, Dios soberano,
De un *Don Fruela* á quien el llanto arrulla?
Libertadnos de vos, Rey inhumano;
Y vos, *Alfonso* el cuarto, rey cogulla.
Ven, *Ramiro*, libértenos tu mano
De un rey con peste y de otro con casulla.
Pronto un bridón, aplícale la espuela...
¿Por qué dirán ¡gran Dios! que el tiempo vuela?

40.

»¡Ved ya á Ramiro!—¡Fuera de Zamora,
De Talavera y de Madrid, villanos!
¿Queréis pelear? mejor, la sangre mora
Va de Simancas á inundar los llanos...
¡Horrible lucha! En tan tremenda hora
Mirándose invencibles los cristianos
Ven que *Santiago* en su favor pelea...
¡Cómo cree el corazón lo que desea!

41.

»Perdiste á *Ordoño, Sancho,* y te perdiste.
Ramiro el ruin, libra de tí la tierra.
¡Almanzor, Almanzor! ¿Quién lo resiste?
Guerra, *Bermudo,* á ese hijo de la guerra.
¿Dónde hallarás otro león, Rey *triste,*
Si Almanzor de tu corte te destierra?
Todo el mundo no es patria, *Veremundo*:
La patria ¡vive Dios! es todo el mundo.

42.

»¡Sus, Don Menendo! arrebatadamente
Aguija por *Alfonso* tus corceles;
Ya Almanzor llama á la ira de tu gente
—*El bárbaro valor de los infieles.*»—
Ya está en Medinaceli, hacedle frente;
Que muera aunque se entierre entre laureles.
¡Aníbal del Korán, tu gloria es ida!
¡El hacerse inmortal cuesta la vida!

43.

»La última luz de Recaredo brilla
En *Bermudo* por fin, rey halagüeño,
A quien llama una crónica sencilla:
—«*Grande en saber, aunque en edad pequeño.*»—
Y tú, el primer *Fernando* de Castilla,
De algunos reyes tributarios dueño,
¿Qué hacemos que de moros no libramos
La patria en que sufrimos y gozamos?

44.

»Ya reina *Alfonso* el sexto, ¡buen talante!
Usad, usad del juvenil denuedo
Antes que el tiempo vuestro ardor quebrante.
Ya asaltan ¡bravo! la imperial Toledo.
¿Quién fué el primero? El *Cid*. ¡Siempre delante!
¡Ahora, vive Dios, blandid sin miedo!
¿Por qué? Porque del Tajo la corriente
Les da un temple á las armas excelente.

45.

»Mirad al Cid, en quien la fe cumplida
Del pundonor y los amores hallo:
Súbdito fiel los reyes intimida,
¡Es tan grande *el mío Cid* para vasallo!
Está á triunfar tan avezado en vida,
Que aun muerto vencerá puesto á caballo.
Vasallo sin señor, rey sin corona,
Si se rompe Colada, éntre Tizona.

46.

»Vencisteis en Zalaca, mahometanos;
Y en Uclés con más gloria todavía,
Pues el hijo del Rey fué en vuestras manos
—«*Solaz de su alma, de sus ojos día.*»—
¡Ay! ¡cuál lloran de pena los cristianos!
¡Cómo tañen los moros de alegría!
No hagáis ¡malsines! de placer extremos;
¡Algún día en las Navas nos veremos!

47.

»Ve á entregar *Doña Urraca,* como esclava,
A un Lara ó Candespina el albedrío.
Vencedor de Almería y Calatrava,
Alfonso emperador, ¡salud te envío!
Fernando el noble, adiós. *Alfonso,* acaba;
Reina ocho lustros: ¡qué tardar, Dios mío!
De un rey inútil el vivir ¿qué importa?
¡Y luégo dicen que la vida es corta!

48.

»¡Las Navas! Pues á todos se aventaja,
El cristiano escuadrón, al de Haro siga:
Guiadnos hasta allá, Martín Halaja:
Tanto luchar, tanto esperar fatiga.
¿Cuánto hace que peleamos con ventaja?
Ya van quinientos años, ¡Dios bendiga,
Almas de acero á quien el cielo santo
Les ha dado el poder de sufrir tanto!

49.

»¿Cuántos los muertos son que veis enfrente?
¡Ah! como escribe un árabe sesudo
Hablando de Jerez:—«*Tan solamente*
El Dios que los crió contarlos pudo.»—
Colón iba á seguir. Mas de repente
Roldán pregunta:—«¿Y en dolor tan crudo,
Canta como en Uclés la raza mora?
La sombra de Almanzor ¿dónde está ahora?»—

50.

Colón leyó:—«Desde tu edad sencilla,
Triste, *Enrique* el primero, fué tu estrella.
En Cádiz, en Sanlúcar y en Sevilla
Fernando el Santo estampará su huella.
¡Qué eriales son los campos de Castilla!
La rica Andalucía sí que es bella,
De cuanto cría Dios allí hay tesoros...
Pero ¡ay! ¡Andalucía es de los moros!

51.

»No así en el cielo, *Alfonso* diez, te encantes,
Y olvides por tu mal el mundo impío;
¡Ay! no fijan los hados inconstantes
La virtud y el saber, pobre Rey mío!
Son tus vasallos *fieros é ignorantes;*
Tu hijo—«*contumaz, rebelde é impío.*»—
¡Qué importa, oh Rey! desprecia su flaqueza,
¡Tanta desdicha aumenta tu grandeza!

52.

»Siendo el honor de la española historia,
Don Jaime de Aragón entra en campaña,
Rinde á Mallorca, y con inmensa gloria
Ya á Valencia tomó, jardín de España.
Ya estrecha á Murcia, otro jardín; ¡victoria!
¡Gracias, Don Jaime!... en mi inextinta saña
Los héroes como tú conquistadores
Son para el alma el sol para las flores.

53.

»*Sancho* el cuarto es aquel, alma bravía,
Engendrador de malos, é hijo malo,
El que escribió á un rey moro que tenía
—«*En una mano el pan y en otra el palo.*»—
Por él sacrificó Guzmán un día
A un hijo suyo, de su amor regalo.»
—«¡Oid!»—grita uno. Y de Guzmán la historia
Escuchan, embriagados en su gloria:

54.

—«A Tarifa sitiaba en ese día
Por Don Juan, un ejército africano,
Y en él un hijo de Guzmán tenía
El Infante traidor, del Rey hermano.
—«*Rendid la plaza*,»—éste á Guzmán decía,—
«*O asesino á vuestro hijo por mi mano.*»—
Hecho terrible que eclipsó el destino
Del colega inmortal de Colatino!

55.

»Calla el padre. Don Juan la voz levanta
Y repite, en Guzmán el rostro fijo
Y mostrando del niño la garganta,
—«*¡Rendid la plaza, ó asesináis vuestro hijo!*»—
A cuya baja atrocidad que espanta,
Guzmán con ira y con desprecio dijo:
—«*¿Y á un hijo preguntáis de mis mayores*
Si ha de ser mártir ó traidor, traidores?

56.

—»¡Muera mil veces! Mas de vos espero
Que no vierta el puñal su sangre amada;
Hijo noble de un noble caballero,
Que sufra con la espada muerte honrada.
Mas como al ver vuestra bajeza infiero
Que en vuestro campo no hay quien ciña espada,
Prenda de vuestra infamia y mi hidalguía
(¡Cobardes, no tembléis!) ¡ahí va la mía!»—

57.

»Dijo, y la espada heroico arrojando,
Tal terror esparció con su energía,
Que una brisa, en un bando y otro bando,
Sembró un hielo mortal cruzando fría.
Guzmán del muro se bajó temblando;
Mas bien, aunque temblaba, se veía
Que el temblor no era miedo, sino enojos
Que audaz lanzaba con siniestros ojos.

58.

»Á la voz de Guzmán, su alma indignada,
Al niño que reía placentero
El traidor lo mató con mano airada.
(Qué era infante español decir no quiero.)
¡Sí, ¿lo creeréis? con la paterna espada
Pasó su pecho, á cuyo golpe fiero
Otra brisa que yerta corrió apenas,
De ambos campos la sangre heló en las venas!

59.

»Al ver entre la turba el hecho infando,
De horror é indignación un grito estalla,
Que retumbó en un bando y otro bando,
En la villa, en el campo, en la muralla.
—«*¡Asesinos!*»—con furia iban gritando
Aquí y allí, los nobles, la canalla;
Porque por dicha los infames hechos
No hallan jamás perdón ni en bajos pechos.

60.

»Guzmán sube al rumor del sobresalto;
Y al ver de su desdicha el trance duro,
Grave exclamó:—*«¡Cuidé que un nuevo asalto*
Hecho había al infiel dueño del muro!»—
Y despacio otra vez bajó de lo alto,
Pálido el rostro, mas con pie seguro,
Mostrando en su tranquilo movimiento
Que es rémora el rencor del sentimiento.

61.

»En lo más hondo que en el fuerte había
Con su esposa después se retiraba,
Y contra el pecho de él ella gemía,
Y—*«¡ahogadme, que no me oigan!»*—exclamaba.
—*«¡Ahogadme, que no me oigan!»*—repetía,
Y él, por ahogar su voz, casi la ahogaba:
Hasta que de él también turbios los ojos,
Dijo cayendo el infeliz de hinojos:

62.

—»*Acoged, justos cielos, esa ofrenda*
Que os dan nuestros patrióticos desvelos;
E inspiradnos la fe que nos defienda
De nuestros largos é implacables duelos!
Ella es de nuestro amor la única prenda:
¡La única, Señor!...—Así á los cielos
El fruto encomendó de su cariño
Llorando el héroe cual si fuese un niño.

63.

»Y entre tanto que así corrió infecundo
Su llanto por la noche en fuente rota,
De día, de su pecho en lo profundo,
Oculto iba cayendo gota á gota.
Mientras fué claro su valor al mundo,
Su pena para el mundo pasó ignota;
Siendo así entre flaqueza y energía,
Padres de noche y héroes por el día.

64.

»No solo antes,»—Colón siguió diciendo,—
«La vida un hombre por su patria daba,
Sino que altivo, en holocausto horrendo
A su hijo mismo un padre degollaba.»
—«Cierto,»—prorrumpen. Y siguió leyendo:
—«El infeliz Guzmán mucho lloraba,
Cuyo llanto, aunque nadie lo ha escuchado,
Nadie que tenga entrañas lo ha ignorado. —

65.

Y continuó:—«A *Fernando* el Emplazado
Un viejo musulmán dijo así un día:
—«*De Sevilla Fernando me ha expulsado;*
Tu abuelo lejos de Jerez me envía;
De Tarifa Don Sancho me ha arrojado;
De Gibraltar tu espada me expatría.
¿Y he de ir, por más que á tu bondad me quejo,
Al Africa á morir?»—¡Sí, pobre viejo!

66.

»¡Campiñas que el Salado fertiliza,
La sangre os va á inundar! ¡Así, á degüello!
¡Qué mortandad! ¡por Cristo que se eriza
Cual si estuviese vivo mi cabello!
Para siempre jamás se inmortaliza
De los *Alfonsos* el postrer destello,
Volviendo á su carrera esplendorosa
El pendón de las Navas de Tolosa.

67.

»No hay, *Don Pedro*, quien de ira no se inflame
Viendo tus obras de piedad desnudas.
No hay quien á *Enrique* contra tí no llame.
En vano de él con el puñal te escudas.
Déjalos, Duguesclín; ¿no ves, infame,
Que *pones rey si á tu señor ayudas?*...
¡Cayó Don Pedro!... Era tan inhumano
Que fué el Caín aun muerto por su hermano.

68.

»Bastardo, ¿y de Don Pedro en la derrota
Gozarás? Sin virtud no hay alegría:
¿No es verdad que su sangre gota á gota
Te abrasa el corazón día tras día?
Huid, *Don Juan*, huid de Aljubarrota,
¿Qué otro premio más alto merecía
El que teniendo moros en su tierra
Fué á hacer, traidor, á los cristianos guerra?

69.

»Pase el tercer *Enrique* sin fortuna,
Sin valor ni salud; el que decía
—«*Que mejor que no rey, sin duda alguna*
Un fraile del Abrojo parecía.»—
Pase *Don Juan* segundo, y el de Luna,
Que cuando más en su poder creía,
La reina que él buscó le perdió ingrata:
¡Dios nos hace querer lo que nos mata!

70.

»*Enrique* cuarto ..»—«Basta: no merece,»—
Prorrumpió Ruiz,—«que de él nos ocupemos.»
—«Sí,»—contesta Escobedo,—«me parece
Que hartos ineptos soportado habemos.»
—«Pues bien,»—dijo Colón,—«ya que anochece
La triste marcha de Boabdil leeremos.»
—«Leed su postrer ¡ay!»—dicen en coro.
—«El último ¡ay! del último rey moro:

71.

»En lo alto del Padul, frente á Granada,
Cuando Boabdil al Africa partía,
Sentado, y con la frente reclinada,
—«*¡Cómo me duele el corazón!*»—decía.
—«*¡Si ha de ser esta mi postrer mirada,*
Que no se acabe por piedad el día;
Dejadme, por Alá, que en mi tormento
Viva una eternidad en un momento!

72.

»¡Oasis de un jardín! desde hoy el cielo
No me dará un pesar, ni con la muerte;
Para todos los males hay consuelo
Menos para la pena de perderte.
Tú sola y sola tú serás mi anhelo
Al morir de tristeza de no verte;
Para mí en tus hechizos florecía
La última flor de la esperanza mía.

73.

»¿Me volverá la suerte de la guerra
El solo bien que en la existencia quiero?
Nunca su campo la esperanza cierra;
Y ya verás que cuando vivo espero.
¡Es un valle sin sol sin tí la tierra!
¿Volveré? Sí; por eso no me muero.
¡No lucho, patria mía, por salvarte;
Todo lo haré por tí, menos no amarte!

74.

»*¿Hasta cuándo ¡oh dolor! no nos veremos?*
Nunca en creer que he de dejarte acabo.
¿Dónde una patria como tú hallaremos?
¡Mejor que en otra rey, fuera en ti esclavo!—
Boabdil haciendo de dolor extremos
Cayó en hondo estupor, hasta que al cabo
Dijo mirando á su Granada hermosa:
—«*¡Que sea, aunque con otros, venturosa!*»—

75.

»Así dice Boabdil, y el llanto enfrena.
Mas pronto el pobre á suspirar tornaba
Viendo á su raza de pesares llena
Que lenta ante sus ojos desfilaba.
Lloró, y llorando desahogó su pena,
Y en tal dolor, su madre que pasaba:
—«*Llora como mujer,*»—le dijo al triste.—
«*Ya que morir como hombre no supiste.*»

CANTO X.

LA ATLANTIDA.

RESUMEN.

En la noche del 13 de setiembre de 1492 observó Colón la declinación de la aguja.—Á los cuatro dias lo notó la tripulación que por la noche noruestaba y por la mañana noruestaba algún tanto.—En las primeras horas de la noche del 15 vieron caer un maravilloso ramo de fuego á una distancia de cuatro ó cinco leguas.—Alarma de la tripulación.—Aparición del genio de la Atlántida.—Ascendencia de Colón.—Ciencia de la antigua Atlántida.—Por qué hizo Dios las creaciones.—Cómo hizo Dios las creaciones.—Para qué hizo Dios las creaciones.—Resumen de la ciencia de la Atlántida.—Sumersión de la Atlántida.—Desaparición del genio de la Atlántida.

I.

No hay pena que esta marcha no nos cueste.
Colón, el trece al acabarse el día,
Vió declinar un tanto hacia el Norueste
La aguja de marear. ¿Por qué sería?
Colón explica esta virtud celeste
Por un error feliz que él se fingía.
Viendo la tropa tan fatal arcano,
Dice:—«Es que Dios nos deja de su mano.»

2.

Setiembre y quince.—Cuando el astro de oro
Se iba hundiendo en el mar lánguidamente,
Vieron caer del cielo un meteoro
Como un *ramo de fuego* hacia Occidente.
¡Otra fatalidad! De nuevo al lloro
Rezando apela en su pavor la gente.
¡Por cuántas cosas los cuitados lloran
Cruzando un mar cuya extensión ignoran!

3.

—«¿Si Dios—piensa uno—abrasará al maldito
Que al mar burlando, el sol no le acobarda,
Y por eso el edén de lo infinito
Con su espada de fuego un ángel guarda?»
—«Acaso como el fúlgido aerolito—
Dice otro—el mar sobre que vamos arda,
Pues el ramo de fuego tal vez era
De un astro en ignición la luz postrera.»

4.

Discurre así la turba en su error ciego,
En tanto que Colón, con faz serena,
Los restos busca del celeste fuego
Con vista inquieta, mas de miedo ajena.
Sube al castillo. Llegan; mira, y luego
Decir oye á una voz cual de sirena:
—«¡Digno es, Colón, de tu ascendencia el brío;
Cruza impávido el mar; sigue, hijo mío!»—

5.

—«¿Quién sois?»—grita Colón, y hacia Occidente
Ve del mar levantarse una neblina,
Que es sombra y como luz brilla esplendente,
Que, siendo luz, en sombra se termina.
No acertando, confuso, si su mente
Ve la luz ó la sombra se imagina,
—«¿Quién sois?»-de nuevo en preguntar se empeña,
Como el que duda si delira ó sueña.

6.

La visión contestó:—«Yo soy el Numen
Que sobre el sitio de la tierra vago
Que los sectarios de Platón presumen
Que aquí se hundió con general estrago.
Los destinos del hombre se resumen
En mi destino para siempre aciago.
Los continentes en mi suerte propia
De su suerte verán la horrenda copia.

7.

»La Atlántida gloriosa, que se alzaba
Donde hallas hoy sus insepultos manes,
Porque á su Adán Titán se le llamaba
La tierra se llamó de los Titanes.
Grandes pueblos la Atlántida encerraba,
Sabios sin fin, gloriosos capitanes,
Los Pirros y Alejandros á millones,
Á millones las Tiros y Sidones.

8.

»Hubo un día en que el pueblo del Atlante,
Juntando una victoria á otra victoria,
En Europa y en África arrogante
Plantó los estandartes de su gloria.
Hoy la Europa hacia mí viene triunfante,
Porque en las vueltas de la humana historia,
De vencidos pasando á vencedores,
Los esclavos de ayer son hoy señores.

9.

»Un Titán nació en mí, Colón pasado,
Que el África y la Europa hacia el Oriente
Vió el primero, cual tú verás osado
Las tierras de los mares de Occidente.
Este héroe que la Europa ha subyugado
Fué de tu noble estirpe el ascendiente.
¡Digno es de su valor, Colón, tu brío:
Vence en gloria al Titán; sigue, hijo mío!»—

10.

La mente de Colón, enardecida
Al saber su ascendencia acrisolada,
Sobre la mar de su azarosa vida
Tendió retrospectiva una mirada:
Y al contemplar tanta maldad vencida,
Tanta ignorancia con tesón hollada,
Sintió hervir, de sí mismo satisfecho,
La sangre de un Titán dentro del pecho.

11.

La visión prosiguió:—«Tiempo ha que espero,
Y aquí esperando esta región circundo;
Pues que difundas por la tierra quiero
La ciencia que hoy en tu memoria infundo.
Y porque de mi numen mensajero
Fecunde el tuyo el porvenir del mundo,
Oye el enigma de la vida humana;
Oye de Dios la ciencia soberana:

12.

»Hay un Dios en la tierra y en el cielo
Que es bueno, sí, bueno infinitamente.
Eco es su corazón de todo duelo.
Sólo la dicha reflejada siente.
Amar y ser amado; he aquí su anhelo.
Mucho más que justísimo es clemente.
En su ternura, de bondades llena,
Sólo es digna de Dios la dicha ajena.

13.

»Por su justicia es Dios tan excelente,
Que fuera de su ley sólo hay quebranto.
Todo lo ordena Dios tan sabiamente
Que es tan bello lo que hace como santo.
Alcanza su poder lo que su mente.
Y como quiere tanto y puede tanto,
Cuando el bien de otros por gozar desea,
Los universos de la nada crea.

14.

»Cuando imitar á Dios la fe se atreve
Es la bondad la flor del sentimiento,
Lo sabio eterno, y lo imperfecto breve,
Y la virtud la fuente del contento.
El sol que brilla, el aura que se mueve,
Son la mano de Dios en movimiento.
No hay voz para alabar á un Dios augusto,
Tan bueno, sabio, poderoso y justo.»—

15.

Calló el Numen de un mundo que ha pasado,
Mientras el celo de Colón se ufana
Al ver por la visión ratificado
El santo credo de su fe cristiana.
—«Porque de gloria y de valor cercado,—
diciendo continuó la sombra vana,—
Fecunde el porvenir tu inteligencia,
Del mundo, el hombre y Dios oye la ciencia:

16.

»Muy bueno, sabio, justo, omnipotente,
Cuando el ajeno goce Dios desea,
La creación irradia de su mente
De un éter tan sutil como una idea.
Más ó menos intensa ó débilmente
Tiene parte de Dios cuanto Dios crea:
Bajo formas mostrándose sin cuento,
No es más la creación que un pensamiento.

17.

»Nos movemos en Dios y en Dios vivimos,
Del éter de su espíritu engendrados;
Fundiéndonos nacemos y morimos,
Siendo y no siendo, amando y siendo amados.
Desde la nada á la razón subimos
Por misterios santísimos llamados
Generación oculta, santo anhelo,
Producción natural, virtud del cielo.

18.

»Desde el ruin mineral que tardo *crece*,
Sube á la planta que *creciendo vive*,
El éter, que ya el sér luego enaltece
Que *vive, crece* y *sensación* recibe:
En el hombre después noble aparece,
Que *vive, crece ya, siente y concibe.*
Así el éter que lento se despliega
Desde el ruin mineral al hombre llega.

19.

»De seres mil en el variado abismo
Marchan en no alterado movimiento
Desde el átomo al hombre el vitalismo,
Y desde el hombre á Dios el pensamiento.
Va el éter desde el átomo á Dios mismo
Sin solución de punto ni momento.
Es del principio y fin de la existencia,
El polo Dios, su imán la inteligencia.

20.

»De otro sér nuestro sér reminiscencia
La muerte hace invisibles, no destruye;
Pues el *yo*, nuestra *vida*, nuestra *esencia*,
De sér en sér transfigurándose huye.
Volviendo hacia su origen la existencia,
Desde ésta á aquél purificada fluye;
Siguiendo así con invariable anhelo
Su eterna ley: *la reversión al cielo*.

21.

»¿Adónde marcha el orbe vagabundo?
El orbe no se va, vuelve muriendo;
Lo que vino de Dios en un segundo,
Tarda mil siglos hacia Dios volviendo.
El orbe, de que es átomo este mundo,
Los siglos á los siglos sucediendo,
En caravana eterna peregrino
Sigue de Dios el inmortal camino.

22.

»De inteligencia las esferas dota
Yendo hacia Dios la creación errante.
Cual la tierra una flor, el orbe brota
Crisálida inmortal el *sér pensante*.
El éter de que consta y en que flota,
Hirviendo en lenta ebullición constante,
Produce el universo *inteligencia*,
Cual la tierra la flor, y ésta la esencia.

23.

»De Dios el hombre semejanza y fruto,
Tiene su alma hacia aquel santo atràctivo;
Dios, atmósfera de almas, su atributo
Es de espíritus ser el centro vivo.
Dios es lo necesario y lo absoluto:
Lo contingente el hombre y relativo:
Y siendo el *yo creado* un *Dios finito*,
Es el *Dios increado* un *yo infinito*.

24.

»Del mundo, el hombre y Dios tal es la ciencia:
La creación el yo brota inflamada.
El yo es un Dios de limitada esencia:
Dios es un yo de esencia ilimitada.
Tan sólo en la extensión se diferencia
La increada razón de la creada.
Por atracción, el yo, razón finita,
Siempre hacia Dios, plena razón, gravita.»—

25.

Llegó la sombra aquí. Calló un momento
Colón; su ciencia descifrando grave
Fué encontrando en su activo pensamiento
De la unidad universal la clave.
De la atlántica tierra el hundimiento
Cuenta la sombra así con voz süave;
En tanto que Colón, aunque oye y mira,
Dudando está si sueña ó si delira.

26.

—«Del atlántico mundo la existencia
Extinguiéndose fué de grado en grado,
Cuando su *extracto, yo*, su *inteligencia*,
Su *espíritu vital* dejó agotado.
Como una flor que derramó su esencia,
La Atlántida su espíritu ha exhalado.
¡Nada una flor de un mundo se difiere;
Nace, crece, embalsama, cae y muere!

27.

»Madre de Romas, Tiros y Sidones,
Sus hijos fué la Atlántida nutriendo;
De sus Homeros, Dantes y Platones,
Su *vida*, *yo*, su *numen* fué naciendo.
En mí ya juntos sus vitales dones,
Se fué la tierra lánguida extinguiendo,
Como la llama que el blandón ostenta
El blandón gasta al fin que la sustenta.

28.

»Huyen las gentes por la tierra hendida,
Y en simas caen que al caer retumban:
Su cohesión molecular perdida,
Las montañas en polvo se derrumban.
En torno de la tierra comprimida
Sus ondas mueve el mar, que airadas zumban
Cual gran caimán que, si su presa toca,
Ruge al abrir descomunal la boca.

29.

»La madre tierra, estéril no sustenta;
El aire inútil túmido se estanca;
La color que la luz negruzca ostenta
Es la postrer degradación de blanca.
En sed de aire suspira cuanto alienta:
El ansia de la luz ayes arranca:
Bajan las aves tras del aire al suelo:
Las fieras miran tras la luz al cielo.

30.

»Todos espiran, sin que sangre vean
Que al morir enardezca su ardimiento.
No arden los bosques que incendiar desean.
Quieren mover y no se mueve el viento.
Faltos del aire y de la luz, pelean
En un suplicio interminable, lento,
Con completa razón para medirlo
Y entero el corazón para sentirlo.

31.

»El miedo, ese gran mal de nuestros males,
Sofoca la virtud y el heroísmo:
No agita más pasión á los mortales
Que el temor de morir, el egoísmo,
Odiando cada cual á sus iguales,
Sin caridad ni amor más que á sí mismo,
Con tal de ser la víctima postrera
Viera morir la humanidad entera.

32.

»Ya la atlántica tierra envejecida
En el gran río del vivir se atasca,
Y al peso de los siglos oprimida
Por su eje inútil con fragor se chasca:
De los opuestos mares la avenida
La sume al fin con tan atroz borrasca,
Que en hervor desde entonces repetido
Bullen los mares con perpetuo ruido.

33.

»Así, en oprobio de la humana gente,
Pasó en el mundo á ser sombra ilusoria
Un pueblo, de quien Roma prepotente
Ni el eco ha sido de su inmensa gloria.
De este modo el más rico continente,
Para escarmiento de la humana historia,
Con su destino, para siempre aciago,
Aquí se hundió con general estrago.

34.

»Tales fueron de Atlántida inconstantes
Las glorias que pasadas hoy me afligen,
Glorias que tus esfuerzos arrogantes
En el mundo, Colón, de nuevo erigen.
Vástago de una raza de gigantes,
Que de otra raza igual va á ser origen,
Dobla á mi ruego tu indomable brío,
¡Cruza impávido el mar; sigue, hijo mío!»—

35.

Dijo así la visión, y dulcemente
Con un—«¡adiós!»—su relación concluye,
Y enrarecida hasta llegar á ambiente
Sobre las alas de los aires fluye:
Volando poco á poco hacia el Oriente,
Con otro—«¡adiós!»—entre las sombras huye,
Dejando allí á Colón torvo y risueño,
Como el que empieza á despertar de un sueño.

CANTO XI.

DESAFÍO.

RESUMEN.

El 16 de setiembre lloviznó.—Esperanza de los marineros que creían cerca la tierra.—Campos de hierba.—El 17 el agua era menos salada.—Desafío entre Nuño y Rodrigo.—Consejos de Colón.—Propuesta de Colón.—Reflexiones de Colón.

I.

Diez y seis de setiembre: ¡hermoso día!
—Llovizna; ¡gran señal!—Hierbas al frente
Como verde y flotante pradería.
Diez y siete.—Aguas dulces.—¡Excelente!
El pobre Nuño que de amor moría
Su pasión va ocultando. ¡Inútilmente!
No hallaba á veces de esconderla modo:
¿Dónde hay razón que lo resista todo?

2.

Por eso al fin del día, así á Rodrigo
Preguntó Nuño con ahogado acento:
—«Si amase á otro hombre, acaso vuestro amigo,
Una mujer que fuese vuestro aliento,
¿Qué haríais, siendo de su amor testigo
Una vez, y otra vez, hasta otras ciento?»—
Rodrigo contestó:—«¡La mataría!
¿Y vos?»—Nuño siguió:—«¿Yo?... ¡moriría!

3.

»Yo moriría: sí, morir anhelo,
Porque á Zaida al mirar de vos amante,
Mi amor, tranquilo un día como el cielo,
En un amor se ha vuelto delirante:
Quiero dejar frenético en un duelo
La carga de mi espíritu anhelante.
¡Vos no sabéis, Rodrigo afortunado,
Cuánto le pesa el alma á un desdichado!

4.

»Juradme que jamás Zaida enterada
De la causa será de mis desvelos.»—
Clavando alta Rodrigo su mirada,
Le contestó:—«Lo juro por los cielos.»
—«Desde que ví—Nuño siguió—embarcada
Con vos á Zaida, presa de los celos,
¡Parece que abrumado inmensamente,
Pesa un mundo, ¡gran Dios! sobre mi frente!

5.

»¡Morir quiero, ó matar! mi hado enemigo
Hará feliz mi estrella maldecida,
Si dejar con mis celos hoy consigo
Este dolor de soportar la vida.
Quiero mataros, ó morir, Rodrigo.
Para curar de mi dolor la herida:
Pues ignoro en mi loco devaneo
Si es que mataros ó morir deseo.»

6.

—«¡Bien!—Rodrigo exclamó con firme acento,—
Acabe un duelo, sí, nuestra existencia,
Que una pasión que es de la vida aliento
No la curan ni el tiempo ni la ausencia.
Comprendo vuestro amor, porque lo siento;
Y sé, Nuño, también por experiencia
Que si en celos el alma se arrebata,
El gran mal del dolor es que no mata.»

7.

—«¡Siempre delirios!—por detrás murmura
De pronto apareciendo el Almirante,—
¡Ay del que cuerdo el juicio no procura
De la ciega pasión llevar delante!
Matarse por amor fuera locura.»—
Así dice Colón, y Nuño amante
Pregunta, su alma de dolor transida:
—«¿Y para qué es sin el amor la vida?

8.

—«Sin gloria es el amor sombra ilusoria,»
Dijo Colón, primero suspirando.
—«¿Sombra es amor,—dicen los dos,—sin gloria?»
—«¡Sombra!—siguió Colón otro ¡ay! lanzando.—
Tened siempre presente en la memoria
Que para el mal de amor, la vida andando,
Es médico excelente la paciencia,
El tiempo insigne, y sin igual la ausencia.»—

9.

Tales palabras con dolor oyendo
Rodrigo pesaroso de su estrella,
—«¡Vivir sin ella!»—prorrumpió gimiendo;
Y Nuño replicó:—«¡Vivir sin ella!
¡Oh! no, imposible proseguir viviendo
Sin ver, y ver sin fin, su imagen bella;
Al dejar su memoria el alma mía
Inerte el corazón se me helaría.

10.

»Nunca su imagen presta á mi albedrío
La libertad siquiera de un momento;
Siempre á ella va como hacia el mar el río
Girasol de su luz mi pensamiento.
Ni al morir tendré paz; que el amor mío
Es tan grande, tan grande, que presiento
Que, si ya muerto, me llamase un día,
Mi esqueleto á su voz respondería.»

11.

—«¡Siempre delirios, siempre!—el Almirante
Cual padre tierno con dolor exclama;—
¡Ay del que no echa de su amor delante
La luz del cielo que razón se llama!
Ved que del árbol de la vida amante
Esa pasión es ponzoñosa rama:
No acaba el mundo la ira de los cielos,
Y lo envenena un átomo de celos.

12.

«¿Sabéis de Zaida el que obtendrá la mano
Quien primero la tierra á ver acierte.
Así á uno de los dos el suelo indiano
Dará gloria y honor, por odio y muerte.
El duelo consentir fuera inhumano:
Que uno al menos feliz haga la suerte:
Con su amor al triunfante premiaremos;
Y al que pierda... después... después... veremos.

13.

»¡Rodrigo! un puesto acotará en la historia
El que antes tierra con sus ojos mida,
Y de su amor la dicha transitoria,
Cuanto lo pueda ser, será cumplida.
¡Nuño! depure esa pasión la gloria;
Que en la esfera moral de nuestra vida
Cuando el fuego de amor la gloria inflama,
Es más brillante aunque menor la llama.

14.

»Del alto mirador de un mastelero
La India cada cual espíe ansioso,
Y al que «tierra» ¡oh placer! grite el primero,
Mis preces y el amor lo harán dichoso.
¡Dios premie al más feliz ó más certero!
Y el más desventurado ó perezoso,
Que aguarde el porvenir: siempre el destino
Para llegar al bien tiene un camino.

15.

Vamos, marchad.»—Y súbito marchando,
Miró á un mástil Rodrigo de Triana;
Luégo al trinquete se acercó exclamando:
—«¡Sedme amiga una vez, suerte tirana!»—
Nuño otro puesto rápido buscando,
Dijo, apoyado al palo de mesana:
—«¡Aunque es mi síno cual ninguno fiero,
Tanto anhelo esperar, que en él espero!»

16.

—«¡Tristes!—Colón prorrumpe,—¡mucho siente
Su afán mi corazón, porque no ignora
Que el alma á veces vive solamente
Con la vida del dueño á quien adora!
Daremos tiempo á que la edad ahuyente
El fuego del amor que los devora.
¡Aun viven para amar!—siguió diciendo.—
¡No aman para vivir!—dijo gimiendo.

17.

—»¡Sí! ¡yo también en mi vejez refreno
Una inmensa pasión, tan acendrada,
Que cual la tierra ayer, con ella hoy lleno
La inmensidad del mar nunca acotada!
¿Qué quedaría en mi doliente seno
Si este amor se extinguiese?... ¡Nada! ¡Nada!
Nuño tiene razón, Beatriz querida.
¡Ay! ¡para qué es sin el amor la vida!»

CANTO XII.

LAS NUBES.

RESUMEN.

El 18 de setiembre de 1492 Martín Alonso Pinzón vió una gran multitud de aves dirigirse hacia Poniente.—Al Norte gran cerrazón. — Revista de la historia universal.—La Cava.—Colón.—Herculano.—Margarita de Dinamarca.—Los amantes de Teruel.—Abelardo y Eloísa. —Nabucodonosor.—D. Alvaro de Luna.—Torquemada. —D. Pedro el Cruel.—D.ª María Coronel.—Epigrama.— Semíramis.—Sistema de Pitágoras.—Martín Vicente. —Lucrecia.—Paleólogos.— Comnenos.— Merovingios. —Judíos.—......— Rascón. — Platón.—Enrique IV de Castilla.—D.ª Isabel de Portugal, su esposa.— Pablo Toscanelli.—Macías.—El caballo de Calígula.—Augusto.—Demócrito y Heráclito.—Escévola.—Saladino.— Juana de Arco.—Luis XI.—Leonidas.—Bruto.—César. — Sócrates. — Mahoma.— Continuación del viaje. — A G...—Conclusión del canto.

I.

Vivir es *ver pasar*. Ya iba alboreando
Del diez y ocho de setiembre el día,
Cuando estaban las gentes contemplando
Las mil nubes y mil que el sol teñía.
Tantas nubes, tan varias, revolando,
El juego de la vida parecía.
Y bien pensado al fin, ¿qué es en la esencia
Mas que un juego de nubes la existencia?

2.

Las nubes con su forma transitoria,
Cual ideas que el viento ha condensado,
Son, breve imagen de la humana gloria,
Del insondable porvenir traslado.
Haciendo aplicaciones á la historia
Leían en las nubes lo pasado,
Como si fuesen sus flotantes velos
Alfabetos movibles de los cielos.

3.

¡Buen día! Disputando alegremente
El dulce *Ruiz*; *Roldán*, el tormentoso;
Maestre Juan, ateo é inteligente;
Pedro Gutiérrez, noble y valeroso;
Maestre Alonso, médico excelente;
Quintero, el vil; *Rascón*, el quejumbroso,
Van de las nubes traduciendo el vuelo,
Inescrutable diálogo del cielo.

4.

Al Norte hay cerrazón; caso previsto,
En que la tierra se supone enfrente:
Además un Pinzón cuenta haber visto
Volar algunas aves al Poniente.
Es ya tan grande la ilusión, por Cristo,
Que grita loca de placer la gente.
Sólo Colón en horas tan mortales
Su corazón revuelve entre puñales.

5.

Aquel ir entre el agua y el ambiente
Un viaje por el éter parecía...
Como un sueño agradable, dulcemente
Mareaba el mar, la luz desvanecía...
Y sin dejar el rumbo de Occidente
Andando y más andando, todo huía...
¡Y las nubes, conforme adelantaban,
Pasaban, y pasaban, y pasaban!...

6.

—«Mirad,—dijo Roldán,—esos vapores
Dan de la Cava idea parecida,
Que en la opinión de graves escritores
Más que su honor fué su beldad cumplida.»—
Escobedo siguió:—«Y ¿á quién, señores,
Si del rosario que llamamos vida
Las cuentas blancas en pasar se alegra
No le herirá el color de alguna negra?»

7.

—«A Colón, que cree en Dios,»—Roldán les dijo.
A la sazón hallándose cercano
Le replicó Colón:—«Es verdad, hijo;
Siempre cree en Dios quien cruza el Oceano.»—
Y continuó en Roldán el rostro fijo:
—«Si ignorase su nombre soberano,
¿A quién en la borrasca invocaría?
Si no creyese en Dios, ¿en quién creería?»—

8.

(Aplauso general.)—Y de repente
Viendo unas nubes á la diestra mano,
Dijo Martín Pinzón:—«¡Cuán propiamente
Imita una ciudad el aire vano!
Ya sus cimientos removió el ambiente...
Ya se va hundiendo...»—«Cual se hundió Herculano,
—Dijo Escobedo, y añadió en seguida:
—¡Castillos en el aire: he aquí la vida!»

9.

—«¡Qué mujer tan altiva y tan hermosa!—
Gritó Alonso, y siguió de esta manera,—
Margarita Calmar, fué virtuosa,
Y tanto como buena, fué hechicera.»
—«¡Una mujer perfecta! ¡extraña cosa!»—
Dijo Ruiz. Y Colón:—«Aunque no fuera,
Para el que noble con razón se llama,
Es bella, y tiene honor cualquiera dama.»—

10.

Dos bellas sombras maestre Juan mirando,
—«Ved los amantes de Teruel,—exclama;—
¡Siempre lo mismo! Siempre conjugando
El yo amo, tú amas, aquél ama.
A la muerte el amor nos va llevando
De dolor en dolor, de llama en llama.
La que fué abnegación ya es egoísmo:
Amar y desamar. ¡Siempre lo mismo!»—

11.

Y siguió:—«El cierzo, ¿veis? ¡siempre lo mismo!
Ahora á Abelardo y Eloísa sorbe:
Perdóneles el cielo: su erotismo
Fué un adorable escándalo del orbe.»—
Y continuó:—«El amor es un abismo
Que honor, gloria y salud ávido absorbe.»—
Calló maestre Juan. Mas de contado,
Le replicó Escobedo:—«¿Y quién no ha amado?»—

12.

¡Id, amantes, en paz! si el mundo helado
Execra sin piedad vuestra memoria,
¿Quién no sintió un amor desventurado?
¡Lucha eterna sin prez y sin victoria!
¿Pero siempre ¡ay de mí! será execrado
El que en amar cual vos funde su gloria,
Sin ver que es la razón de tanto anhelo
El sentimiento, la razón del cielo?...

13.

—«¡Nabucodonosor!—siguió altanero
Maestre Juan;—los hados inconstantes
Le transformaron por sensual y fiero
En una bestia al fin, siendo rey antes.»
—«¡Justa transformación!—siguió Quintero;—
Si á cuantos reyes veo semejantes
Les da un castigo igual de Dios la ira,
¡Cuánta bestia futura el mundo admira!»

14.

Y añadió, señalando al diestro lado:
—«Don Alvaro de Luna.»—«¡El favorito!»—
El público exclamó desconcertado,
Unos diciendo,—«¡pobre!»—otros,—¡maldito!»
—«Fué—dijo Ruiz—bastante desgraciado;
Por lo demás, su orgullo fué infinito »—
Y repuso Quintero.—«¡Ah! sí, quién fuera
Lo que ese buen señor pensaba que era!»

15.

—«Nada hay más vil que apellidar maldito—
dijo Escobedo—á un alma desdichada.»
—«¿Aunque sea—dijo uno—el favorito?»
Y repuso Escobedo:—«Nada, nada.»
—«¡Torquemada!»—grita otro; á cuyo grito
Maestre Juan prorrumpe:—«¡Torquemada!
Sólo de ver su imagen me consterno;
Dejad que vaya en paz, irá al infierno.»

16.

—«¡Don Pedro el justiciero!»—«¡El inhumano!»—
Interrumpiendo á Ruiz, dijo Quintero.
Uno gritó:—«el cruel,»—y otro,—«el villano;»—
Y—«el maldito también,»—dijo un tercero.
¡Horror universal! Viendo al tirano
Con su rostro procaz y aire altanero,
Preguntó Ruiz:—«¿Cuántas serán, maese,
Las cuentas negras del rosario de ése?»—

17.

Y siguió:—«¿Veis? quemando su mejilla
Halló la Coronel á su honra puerto:
Temiendo al tal Don Pedro de Castilla
No su existencia, su beldad ha muerto.»
—«¡Oh, jamás no imitada maravilla!—
Dijo Roldán;—nunca creí, por cierto,
Que fuese hasta el extremo virtuosa
De hacerse fea una mujer hermosa.»—

18.

¡Murmuración pueril! Así mostrando
En juego tal cuanto saber presumen,
Ya hiriendo con razón, ya calumniando,
Todos agotan con placer su numen.
Van la verdad con sueños engañando.
¿Y es más cierto lo real? No, no; en resumen,
Es sombra y nada más la humana gloria;
Nubes que van y vienen es la historia.

19.

«¿Sabeis—dijo uno—esa visión quién era?»—
Maestre Juan contesta:—«Un rey ha sido...»
—«Llama rey á un fulano cualesquiera,—
Maestre Alonso exclama,—¡presumido!»—
Al ver maestre Juan de tal manera
En su amor propio el corazón herido,
Le dijo:—«Y bien: ¿qué es el linaje humano,
Con alguna excepción, mas que un fulano?

20.

»¡Semíramis, Semíramis!—prosigue,—
Cuán grande es su pavor! huye de miedo
Al ver que Nino airado la persigue.
¡Remordimiento horrible!»—«Quedo, quedo,
Señor maestre Juan, que la castigue
Su conciencia no más,—dijo Escobedo.—
¿Quién en el mundo al recordar su historia
No se encuentra algún Nino en la memoria?»—

21.

Y de las nubes traduciendo el juego,
Maestre Juan siguió:—«La nube aquella
Es Pitágoras.»—(Risas.)—«Ved, os ruego,
Ved bien la metempsícosis en ella.
El caos... una flor... un bruto... luego
La imagen de Pitágoras descuella...
De Pitágoras luego otra flor nace...
¡Ya se ha deshecho!»—¿Y qué no se deshace?

22.

Á tan rara invención el vulgo atento
Le interrumpió gritando:—«¡Bravo, bravo!»—
Maestre Juan siguió:—«Ya es un jumento...
Un rey... un gato... una mujer... un pavo...
Ya es no sé qué... Ya es un vapor... ya es viento...
Todo se vuelve viento al fin y al cabo.»—
¡Dura verdad! al fin de la jornada
Todo acaba lo mismo: ¡el caos, la nada!

23.

Mientras la bulla y el placer crecía,
—«¡Ay! ¿no hará un mundo Dios compadecido
Para premiar mi fe?—Colón decía,
Ciego á la luz y sordo á todo ruido.
—¿De dónde era aquel palo—proseguía—
Que recuerdo muy bien haber leído
Que halló á quinientas leguas á Occidente
El bravo portugués Martín Vicente?»—

24.

Sigue el viento y la bulla, y... ¡adelante!
Quintero, que hasta en sombras su ira gasta,
—«¡Ved—exclamó—á Lucrecia tan amante,
Tan buena esposa, tan gentil, tan casta!...»—
Paróse, y continuó:—«Pero...»—Al instante
Le interrumpió Escobedo:—«Basta, basta:
Decidme por favor, señor Quintero,
¿Hay quién no tenga en su existencia un pero?»—

25.

Á cuantos grupos el vapor formaba,
En razas maestre Alonso los partía.
—«¡Emperadores griegos!»—exclamaba.
—«Paleólogos, Comnenos,»—añadía.
—«Los reyes Merovingios,»—continuaba.
Conforme maestre Alonso así decía,
Maestre Juan iba diciendo en tanto:
—«¡Cuántas nubes de tontos, cielo santo!»

26.

—«¿Quién es la raza que atraviesa ahora?»—
Le preguntó Roldán. Juan, de contado,
—«Es—dijo—el pueblo que el becerro adora,
Que al pié del Sinaí torpe ha adorado.
Vaya con Dios la raza previsora
Que mudando el país con el calzado,
Por patria adopta, de codicia llena,
Como la abeja la mejor colmena.»—

27.

—«¿Quién será—dijo Ruiz—esa heroína?»—
Escobedo exclamó:—«¡Crimen horrendo!
¡Después de acariciarle lo asesina!»—
Y encarándose á Ruiz siguió diciendo:
—«¡Forman una visión muy peregrina
Ella de él la cabeza sosteniendo:
¡Pero esa aparición fuera más bella
Si él sostuviese la cabeza de ella!»—

28.

Así del cielo entre el movible encanto,
Y entre el reir alegre del gentío,
La mansión de la noche y del espanto
¡Indomable valor! cruzan con brío.
¡Era inmenso el bullicio! Y entre tanto,
—«¿Dónde estará, cómo será, ¡Dios mío!—
Decía el buen Rascón meditabundo—
El paredón donde se acaba el mundo?»—

29.

Mirando maestre Alonso al diestro lado,
Que á cuantos le oyen en saber les gana,
—«¡Fuera sombreros!—exclamó admirado;—
Ved de Platón la imagen soberana.
Él del mundo el espíritu ha animado,
Como inventor de la moral humana.»—
En són de burla:—«Si la halló el primero,
Fué del alma el Colón,»—dijo Quintero.

30.

Y siguió:—«Un monstruo que el vapor fabrica
¿Es un hombre ó una bestia? pero ¡tate!
Veréis cómo el buey Apis significa
Después que maestre Juan nos lo retrate.»—
Siempre zumbón, maestre Juan replica:
—«¿Creéis que es el buey Apis? ¡disparate!
Que calumniéis así me maravilla
Al rey Enrique cuarto de Castilla.

31.

»Ved allí á su mujer,»—siguió diciendo.
—«¿Con Don Beltrán?»-dice uno.-«Pues es llano.»-
Prorrumpe en coro el público riendo.
—«¡Quién sabe!—dijo Ruiz,—fué eso un arcano.»-
Las buenas dudas del buen Ruiz oyendo,
Siguió maestre Juan:—«En vano, en vano
De cuentas blancas su vestido bordas;
Las cuentas de ésa son negras y gordas.»—

32.

¡Gran fiesta! Mientras éste divertido
Disfruta en la ilusión del aire vano,
Está pensando aquél enternecido
En el padre, en la madre ó en el hermano.
Colón, en tanto, sordo á todo ruido,
Con el compás en la derecha mano,
Un mapa estudia que trazó la ciencia
De Pablo Toscanelli de Florencia.

33.

Lamentando leal sus agonías,
—«Ved á Macías,»—dijo Ruiz gritando.
Rascón siguió:—«Con tiernas elegías
Irá al cielo de amor enajenando.»—
Viendo al ilustre soñador Macías
Que el aire y nada más iba abrazando,
Nuño exclamó, siempre á su mal atento:
—«¿Qué es nuestro amor más que abrazar el viento?»

34.

—«¡Gran caballo!»—prorrumpe un marinero.
—«Es el del Cid,—dijo otro,—cuyo brío
Más sarracenos arrolló ligero
Que arenas lleva hacia la mar un río.»
—«Será el que eligió rey—dijo Quintero—
Relinchando á la aurora, al buen Darío:
Con que, aunque ofenda con el símil, hallo
Que era un gran elector el tal caballo.»

35.

—«Pues yo en creer—dijo Roldán—insisto
Que aquel será que por su gran despejo
Nombró cónsul Calígula, y por Cristo
Que era un miembro especial para un concejo;
Pues nunca, como muchos que yo he visto,
Le dió al Emperador un mal consejo.
Ya veis si el consejero era excelente.»—
Todos dijeron:— ¡Efectivamente!»

36.

-«¿Á quién veis, maestre Alonso?»-«Allí estoy viendo
Al grande Augusto, un déspota excelente.
¡Feliz tirano!—continuó diciendo;—
Fué feliz, muy feliz seguramente.»
—«Sí, como todos,—prorrumpió gimiendo
Nuño, apretando con dolor su frente;—
¡En este valle de delicia y llanto
Se goza mucho, mas se sufre tanto!...»

37.

—«¡Demócrito y Heráclito!—al Oriente
Gritó Rodrigo Sánchez señalando;—
Mirad bien con qué aspecto diferente
Uno riendo va y otro llorando.»—
Viendo pasar á entrambos lentamente,
Quedóse maestre Alonso murmurando:
—«Los polos del humano sentimiento:
¡Lágrimas necias! y ¡bestial contento!»—

38.

Ruiz preguntando, Alonso respondiendo,
La ruta alegran de su erial camino:
—«Este ¿quién es?»—Ruiz comenzó diciendo.
—«Es Escévola, un célebre asesino.»
—«¿Y esa otra sombra que lo va siguiendo?»
—«Ese, admiraos Ruiz, es Saladino,
Que al batallar con incruentas manos
Enseñó el Evangelio á los cristianos.»

39.

-«¿Quién es, antes que entre otras se me pierda,-
Dijo Ruiz—esa sombra pudorosa?»
—«Á la gran Juana de Arco me recuerda,
Por valiente, por buena y por hermosa.»
—«¿Y esa otra que se extiende hacia la izquierda,
espesa, hedionda, informe y tenebrosa?»
—«Esa es—le contestó con arrogancia—
El alma de Luis once, rey de Francia.»

40.

—«¿Quién es aquel?»—«Leonidas el valiente,
El que enseñó á morir con heroísmo.»
—«¿Y este?»—«Bruto: un traidor.»—«¿Y ese de enfrente?»
—«Es César, el factor del despotismo.»
—«¿Quién es aquel de inalterable frente?»
—«El autor del *Conócete á ti mismo.*»
—«¿Y aquel que el vuelo hacia el Oriente toma?»
—«Un rápsoda de Cristo; ése es Mahoma.»—

41.

¡Vértigo interminable! Disparados,
Sin pararse en un punto ni un momento,
Sólo miran sus ojos fascinados
La realidad del mar, ¡brumas y viento!
Corrían, yendo al parecer volcados
En la bóveda azul del firmamento...
¡Y las nubes, conforme navegaban,
Pasaban, y pasaban, y pasaban!....

42.

—«¿Quién será?»—en todas partes se decía
Viendo una imagen resbalar süave,
Que á todas las imágenes vencía
En lo gentil, lo pudoroso y grave.
¿Quién era? Nadie el caso presentía.
Mas viendo siempre al porvenir:—«¡Quién sabe!—
Dijo Colón;—tal vez la musa es ésa
Que el canto ha de inspirar de nuestra empresa.»—

43.

¡Salud, musa gentil, alma futura,
De toda innoble tentación ajena;
Jamás la mente en su ilusión más pura
Alcanza al linde hasta donde eres buena!
¡Salve, del cielo predilecta hechura,
Á quien hizo eslabón de la cadena
Que el sentimiento de la humana raza
Al sentimiento del Eterno enlaza!

44.

Mírame... así... tu rostro que bendigo
Nunca me canso de tenerlo enfrente,
Y muchas veces cuando estoy contigo
Para quererte más me finjo ausente.
No sufras, no, si tu mejor amigo
De pena llora al ver que inútilmente
Por más que el alma tras la tuya lanza
Á igualar tu virtud jamás alcanza.

45.

¿Tú también pasarás, como ha pasado
De esas visiones la ilusión externa;
Tú, con un pecho de virtud dechado;
Tú, con un alma cual ninguna tierna?...
También ¡ay! seguirás, siempre á mi lado,
De cuanto existe la evasión eterna...
¿Qué cosa hay en el mundo, dueño mío,
Que marque su carrera en el vacío?

46.

¡Se acabó la ilusión! Desde el Oriente
Sobre la mar la sombra se derrama,
Empezando esa hora en que la mente
En el alma, sin luz, mira cuanto ama.
Perpetua amiga del amor ausente,
Viendo la noche cada cual exclama,
Recordando el objeto á quien adora,
Un—«¿en dónde estará?»—un—«¿qué hará ahora?»—

47.

Anocheció. Del cielo huyó el hechizo
Cual de la tierra al fin huye la gloria:
Las nubes poco á poco el Sur deshizo
Como el tiempo las sombras de la historia.
Y después que á su vez cada cual hizo
Un viaje por su patria de memoria,
El himno entonan con ferviente anhelo:
¡Gloria á Dios en la tierra y en el cielo.

CANTO XIII.

INSURRECCIÓN.

RESUMEN.

Día 19 de setiembre: calma pesada: un alcatraz: Colón sondea 200 brazas sin encontrar fondo.—Día 20: vuelve á aparecer la hierba: se coge un pájaro como una garza: varios pajarillos cantando.—Día 21: más hierbas: alarma: una ballena.—Día 22: menos hierba: viento de Sudoeste: serias murmuraciones.—Día 23: una tórtola: pájaros pequeños: se levanta el mar.—Días 24, 25 y 26: desenvoltura de los marineros: viento del Este: Martín Pinzón grita: «¡tierra!» torcióse el rumbo: la tierra era una nube.—Días 1.°, 3, 6 y 7 de octubre: discrepancia de las medidas tomadas por los pilotos: no se ven pájaros: la *Niña* dispara un cañonazo: se deshace la ilusión.—Días 8 y 9 de octubre: pajarillos como de campo: aire fresco y suave como por abril en Sevilla.—10 de octubre: motín.—Discurso de Roldán.—Contesta Colón.—La idolatría y la fe.—La mayor batalla del mundo.—Continuación del motín.—Profecía y última orden de Colón.—Nueva aparición del genio de la Atlántida.

I.

Gran calma.—Un alcatraz.—Colón sondea
Más de doscientas brazas—¡no es bastante!
¡Qué atroz profundidad, casi marea!
—Pradería de hierbas ambulante.
—En un buque una garza el vuelo apea.
—¡Pajarillos que cantan!—¡Adelante!
Si hoy sólo hierba vuestra quilla toca,
Mañana será arena, y después roca.

2.

Aun prosigue la mar de hierbas llena:
¿Quién al mirarlas de pavor murmura?
—¡Casi alegra el horror de una ballena
En tan grande quietud y á tanta altura!
No hay hierba:—veintidos.—¡Brisa serena!
—¡Mas murmurar! en ocasión tan dura,
¿No sabéis, españoles, que á lo menos
Saben morir sin murmurar los buenos?

3.

Una tór tola; ¡bien! ¡nuncio dichoso!
¡Cuál despiertan sus cantos nuestros duelos!
—Más pájaros, ¡salud!—¡Cuánto reposo!
—Se alza el mar, se disipan los recelos.
—Algunos días más y soy dichoso:
Seguid, seguid, yo pediré á los cielos
Que volváis con la dicha que habéis ido.
¡Es tan poco y tan fácil lo que os pido!

4.

Veinticuatro.—Aun hay gente que murmura.
—Viento de Este.—Pinzón á un mástil sube:
—«¡Tierra!»—grita: ¡buen Dios! ¿será locura?
¡Nunca un placer como al oirlo tuve!
Variad de rumbo.—¿Es cierta mi ventura?
No era tierra ¡oh dolor! era una nube.
¡Sucede tantas veces en la vida
Tomar por cosa real la que es fingida!

5.

La ciencia de los prácticos se admira,
Porque discrepa la distancia andada.
¡Qué soledad!—El tres sólo se mira
Aire y silencio, imágenes de nada.
—«¡Tierra!»—la *Niña* un cañonazo tira...
Mas la ilusión deshace la alborada.
¿Acaso un mago con furor violento
Nos va la tierra convirtiendo en viento?

6.

Giran el ocho en torno de las naves
Pajarillos que al alba se levantan:
¡Qué hermosas son en alta mar las aves!
Y, si buscamos tierra, ¡qué bien cantan!—
Día nueve.—Aires frescos y suaves,
Que tanto el gusto de Colón encantan,
—«Que son» (lo escribe así su alma sencilla)—
«Cual las brisas de abril son en Sevilla.»—

7.

En el mil cuatrocientos que corría,
Y año noventa y dos de nuestra era,
El diez de octubre, por la vida mía,
De esta historia inmortal borrar quisiera.
Cuanto se toca, y oye, y ve este día,
Todo á la vil tripulación altera.
Se vuelve el más pacífico iracundo.
Todo se acaba donde acaba el mundo!

8.

De su temor en el fatal exceso
Roldán la chusma amotinar procura,
Y en un corrillo bárbaro y sin seso
Hablando de Colón, así murmura:
—«Si impidiese tenaz nuestro regreso,
Lanzadle al mar en premio á su locura;
Que el hecho ocultará, más que el humano,
Con discreción eterna el Oceano.»—

9.

Oye Colón su estúpido delito,
Y al verlos acercarse á su presencia,
—«Atended, que su fruto es exquisito,—
Les dijo,—si es amarga la paciencia.»
—«Sabed—exclamó Roldán alzando el grito—
Que perseguir más lejos ya es demencia
Cuantos me escuchan creen, como yo creo,
Esa ilusión que os huye ante el deseo.»

10.

—«¿No veis—dijo Colón—cuán bienhadados
Vamos poniendo fin, con tiempo hermoso,
A este mar que llamaban espantados
Los árabes:—«*inmenso y tenebroso?*»
—«¡Muera!»—gritan los Porras sublevados.
—«Pues herid,—sigue el héroe con reposo;—
Labraréis con mi daño vuestro daño;
¿Dónde sin su pastor irá el rebaño?»

11.

—«¡Muera!—insiste Roldán enfurecido;—
No puede ser más sabio un pobre loco
Que cuantos sabios en el mundo han sido;
Ni más valiente que Hércules tampoco.»
—«¡Pues heridme!—Colón dijo atrevido;—
¿Qué me importa morir? Dentro de poco
El generoso pecho de algún hombre
Hará de gozo palpitar mi nombre.

12.

—»¡Herid! si os atrevéis, ¡herid!—decía.—
¡Cuánto inútil terror vino inspirando
Ese menguado de Hércules un día
El fin del mundo en Cádiz señalando!
¡Herid!—siguió;—sin la experiencia mía
Una muerte común, torpes vagando,
Más tarde encontraréis, ó menos tarde,
Oscura y criminal, necia y cobarde.»—

13.

No hay quien no luche allí. La Idolatría
Entre todos con ciego fanatismo
Difundiendo el terror así decía:
—«Mirad: aquí... ¡el abismo! allí... ¡el abismo!»—
La Fe en tanto á Colón le repetía,
Como si fuese un eco de sí mismo:
—«¡Tu bajel, inmortal aventurero,
Remolcará á la vuelta un mundo entero!»—

14.

¡Quién creerá que en tan frágiles maderos,
Y en esas luchas que parecen vanas,
Se disputan tal vez mundos enteros!
¡Altos juicios de Dios! ¡Cosas humanas!
¡Entre cuatro infelices marineros,
Más que en Farsalia, y en Chalóns, y en Cannas,
En alta mar, en incruenta guerra,
Mediando está la suerte de la tierra!

15.

—«¿Y qué veis—un Jiménez preguntaba—
Para esperar á nuestro mal consuelo?
¡Tras la extensión de un mar que nunca acaba,
La inaccesible soledad del cielo!...»—
Diciendo así Jiménez sollozaba;
Y abundando los otros en su duelo,
Exclaman, recordándolos en vano:
—«¡Mi pobre madre!»—«¡Mi infeliz hermano!»

16.

—«Lejos—siguió Roldán—de nuestros lares
No hay para nuestra muerte un punto cierto;
Nuestro sepulcro borrarán los mares
Tan pronto ¡ay Dios! cerrado como abierto.
Las madres, descargando sus pesares,
¿Dónde creerán las tristes que hemos muerto?
¿Ante qué cuerpos rendirán honores?
¿Sobre qué tumbas ¡ay! verterán flores?

17.

»De la patria la tierra encantadora
Se entreabre de los deudos al gemido;
Mas cuando el mar sus víctimas devora
Lo hace en silencio, sin dolor, sin ruido.
Decidme, os ruego, si nos traga ahora
Este lago de plomo derretido,
¿Qué nos espera en tan aciaga suerte?
¡El olvido, la muerte de la muerte!

18.

»¿No veis—siguió—cuál de dolor suspiran
Los que modelos de valor llamamos?
Los más leales contra vos conspiran.
¿Dónde vamos, decid, y en dónde estamos?»—
Todos en torno el horizonte miran,
Como quien dice:—«Es cierto, ¿adónde vamos?»—
¡Y sólo ven por único consuelo
Agua y agua en el mar, aire en el cielo!

19.

Y en tanto que el dolor de todos crece,
—«¿No veis—siguió doblando sus lamentos—
Que hasta que han muerto por aquí parece
Los inconstantes soplos de los vientos?
Nada en la tierra este dolor merece;
Mirad que aunque logréis vuestros intentos,
Vuestra vida será, siendo envidiada,
Menos dichosa cuanto más honrada.»

20.

—«¡Adelante!»—Colón grita altanero.
Y hablando en baja voz, murmura apenas:
—«Me lo ha dicho del cielo un mensajero:—
«*Tú librarás el mar de sus cadenas.*»
—Continuad el marcado derrotero,—
Con palabras siguió de imperio llenas;—
Que quepa á todos por igual la suerte;
¡Todos á la India, ó todos á la muerte!»—

21.

Así dijo Colón. Y con la mano
Señalando al Ocaso con fiereza,
Cruzó de una mirada ese Oceano
Que hace perder el verlo la cabeza.
Y el recuerdo de un numen ya lejano,
Pasando por su mente con presteza,
Dijo con voz que redobló su brío:
—«¡Cruza impávido el mar; sigue, hijo mío!»—

CANTO XIV.

¡TIERRA!

RESUMEN.

El 11 de octubre encontraron un palo, una caña, un bastón labrado ingeniosamente, un junco recién cortado y una hierba recientemente arrancada.—La Ignorancia, la Envidia y la Idolatría cercan al sol.—Discurso de la Idolatría.—Huida del sol.—Efectos de la Envidia.—Al anochecer cantan el *Salve Regina,* promesa de Colón.—La Esperanza electriza la atmósfera.—A las diez se ve una luz que se mueve.—Expectación general.—A las dos de la manaña dispara la *Pinta* un cañonazo.—Sonrisa de esperanza.—¡Tierra!—Colón manda aferrar.—Arrepentimiento de los insurrectos.—Invocación de Colón á las virtudes teologales.—Pensamientos de Colón.

I.

¡Bien por Colón! Si más le atormentaron,
Desde que octubre por su mal corría,
Mil señales de tierra le alegraron
En la mañana del onceno día.
—Un palo y una caña aquí alcanzaron.
—Allí un bastón labrado ve un vigía.
—Parece que ya tierra á ver se alcanza...
¡Cuánta prueba, es decir, cuánta esperanza!

2.

—¡Un junco!... es tan reciente, que ver creo
El brillo de la hoz que lo ha segado.
—¡Cuán nueva es esa hierba!... casi veo
La mano del pastor que la ha arrancado.
—¿Veis tierra?—¡Aún no! es la sombra del deseo.
—¡No rompáis el bauprés; id con cuidado!
Ved que el junco y la hierba es cosa nueva...
Esa no es esperanza, esa ya es prueba.

3.

¡Cerca la tierra está! Sí, ya se siente
Aire gentil como de olor de flores.
¡Cerca está, cerca está! porque impaciente
La Idolatría agota sus furores.
¡Sí, cerca está! porque también clemente
Dobla el bando del cielo sus favores!
El principio del fin éste es por tanto:
¡A vencer, ó á morir!... ¡piedad, Dios santo!

4.

Iban, la Idolatría concitando
Cuanta torpe pasión su culto encierra;
La Ignorancia, del mar la ira agitando;
A las almas la Envidia haciendo guerra,
Y en su inútil encono, no logrando
Mover el mar ni conturbar la tierra,
En rápido tropel, tendiendo el vuelo,
Suben la furia á desatar del cielo.

5.

Cercan al sol las tres. Con arrogancia
Parar su curso la Ignorancia ansía.
Le habla la Idolatría con jactancia.
Puesta detrás la Envidia enturbia el día,
Y cuando al sol detuvo la Ignorancia,
—«Si tu trono—gritó la Idolatría—
No arrastras al antípoda hemisferio,
¡Dios de los Incas! se acabó tu imperio.

6.

»¡Ciega esas naves! Si la cruz cristiana
Toca esas playas á tu fe rendidas,
No verá más la tierra americana
Las víctimas sin fin á tí ofrecidas.
¡O los dejas hoy ciegos, ó mañana
No tendrán para tí, desconocidas,
Ni la tierra montañas, ni el mar ondas,
Donde tu faz avergozado escondas!

7.

»Niega á Colón tu luz. Justo es que ampares
La tierra en que tu culto persevera;
El último tal vez de tus altares,
Y la defensa de mi fe postrera.
¡Salva, salva, abismándote en los mares,
Tu último altar y mi postrer trinchera!
Si en redoblar tu curso no te ahincas,
Tu imperio se acabó, ¡dios de los Incas!»—

8.

La oyó el sol, y temió; y en su venganza
Reabsorbe en sí la luz, cegando el suelo,
Y huye tan raudo, que á seguir no alcanza
El ojo de las águilas su vuelo.
La Idolatría, que junto á él avanza,
Aun le gritaba en el opuesto cielo:
—«Si en redoblar tu curso no te ahincas,
Tu imperio se acabó, ¡dios de los Incas!»—

9.

¡Ira del cielo! Tras el mar de Atlante
Sepulta el sol sus rayos moribundos...
¡Ni siquiera una luz deja espirante
En la ancha esfera de los anchos mundos!
En vano por ser dios, astro radiante,
Buscas los senos de la mar profundos:
¡La gloria de Colón será completa!
¡Te acuestas *dios*, y te alzarás *planeta!*

10.

¡Parte el sol! (¡Dios vendrá!) parte, siguiendo
De la Ignorancia la ominosa huella.
La Idolatría en él sigue infundiendo
Los sustos, odios y furores de ella.
La Envidia en pos, lo negro ennegreciendo,
Tan repugnantes hálitos resuella,
Que esparce nubes cual la niebla frías,
Y fétidas, y espesas, y sombrías.

11.

Eran y son de esencia tan impura
De la Envidia los ímprobos resuellos,
Que retiraron á su somba oscura,
Su brillo el mar, la luna sus destellos.
De horror también los astros de la altura
Volvieron hacia allá los rostros bellos:
Nada entre el vaho que á la envidia abisma
Puede vivir más que la envidia misma.

12.

Cuando las sombras ¡qué piedad! miraron
Los marineros, con acento amante
Una Salve á la Virgen entonaron,
Clara luz del perdido navegante.
Y con pruebas que á todos admiraron,
Prometió aquella noche el Almirante
Realizar su fantástica quimera:
¡De tantos sueños realidad primera!

13.

En calma está la mar.—Sopla la brisa.
Es la noche más negra á cada instante.
Sólo un brillo en los aires se divisa
Cual de un ángel la risa fulgurante.
Y era que la Esperanza con su risa
El aire enardecía tan amante,
Que el mundo, electrizado, semejaba
Que su faz con su espíritu alumbraba.

14.

Suenan las nueve. El mar sigue en bonanza.
Como á eso de las diez, Colón, inquieto,
Brillar hacia Occidente, en lontananza,
Miró un movible y luminoso objeto:
Creyéndolo ilusión de su esperanza,
Llamó á Pedro Gutiérrez en secreto,
Para que viese si, como él, veía
Clara la luz que á trechos se movía.

15.

Viendo la luz ante sus ojos obvia,
Dió Gutiérrez la luz por luz probada;
Mas en la duda que su mente agobia
Fué la opinión de Sánchez consultada:
Pero Rodrigo Sánchez de Segovia
Prorrumpió para sí no viendo nada:
—«Esas luces así son, segun veo,
Concreciones no más del buen deseo.»—

16.

Las doce dan... ¡Qué noche tan sombría!
Dan la una... las dos... ¡no se oye un ruido!
Ni lengua allí ni corazón había
Que una voz levantase ni un latido.
¡Silencio sepulcral, que precedía
Al más grande rumor que el mundo ha oído,
Pues á hundirse iban en su calma muda
Más de mil lustros de ignorancia y duda!

17.

Tras mil lustros y más llegó el momento...
Sonó en esto en la *Pinta* un cañonazo
Que el Himalaya estremeció en su asiento,
Que hizo vibrar su cima al Chimborazo.
Tronó de firmamento en firmamento,
Y se le oirá tronar de plazo en plazo,
¡Hasta que, roto el eje en que se funda,
Con pasmo universal el orbe se hunda!

18.

—«¡TIERRA!...»-grita una voz.—Todos perplejos
Miran... ¡no es cierto!... el cielo está sombrío.
Sonríe la ESPERANZA... á sus reflejos
Miran más... ¡tierra ven!... ¡no es desvarío!
¡Sí!... ¿qué es la sombra que se ve á lo lejos?...
Tierra será, tierra es tal vez, ¡Dios mío!
Pues aun tenaz en repetir se aferra
Rodrigo de Triana:—«¡TIERRA! ¡TIERRA!»—

19.

¡Tierra! ¿Es posible que tan cuerdo fuera
De los locos el loco más extraño,
Que por fin de otro mundo se apodera
Que hace veinte años sigue año tras año?
¿Conque esa eterna y sin igual quimera
Era verdad, gran Dios! Si no es engaño,
¡Prestadme vuestro aliento peregrino,
Homero sin rival, Dante divino!

20.

Dejad que cante al genio que ha eclipsado
De los héroes y sabios la memoria,
Oprobio de los siglos que han pasado,
Y de los siglos venideros gloria:
Al que excediendo, por querer del hado,
Cuantos prodigios hacinó la historia,
Desea... y realizando devaneos,
¡Cual los de Dios son mundos sus deseos!

21.

¿Qué sentirá Colón cuando evocando
Un mundo de entre el húmedo elemento,
Sobre las alas de su fe flotando
Ve sobre el mar petrificarse el viento?...
Sentirá lo que Dios, cuando engendrando
Cuanto ha sido y será de un pensamiento,
Su hechura al contemplar de encantos llena,
Con sonrisa de amor *vió que era buena.*

22.

—«¡Alto! ¡Aferrad!»—¡La tierra está delante!—
Dan las tres... ¡Cuánto tarda la mañana!
La chusma ayer frenética, arrogante,
Tan súmisa se muestra como ufana:
Grita aquí uno cual grita el Almirante:
Remeda otro á Rodrigo de Triana:
Los unos exclamando:—«¡Aferra! ¡aferra!»—
Repitiendo los otros:—«¡Tierra! ¡tierra!»—

23.

Así ¡de hinojos! De Colón las manos
Besan algunos á sus pies cayendo:
Los que insultaron su dolor villanos,
Villanos piden su perdón gimiendo.
—«¡Alzad! ¿y quién no yerra? alzad, hermanos,»—
Generoso Colón les va diciendo;—
«¡Gracias al cielo! ¡Alzad! ¿Y quién no yerra?
¿Veis esa sombra bien?... ¡Esa es la tierra!»—

24.

¡Pasa otro instante!... ¡dos!... Todos el día
Aguardan vueltos hacia el suelo hispano,
Mientras, pidiendo luz, Colón decía,
Descubierta la frente, alta la mano:
—«¡Si hay gloria en este mundo, de la mía
Permitidme ¡oh virtudes! que esté ufano!
¡Que alumbre el sol mi venturosa suerte,
Y después, si queréis, venga la muerte!»—

25.

La Fe, la Caridad y la Esperanza,
Á esta humilde oración siguen la vía
Del fugitivo sol que, porque avanza,
Cegar el genio de Colón creía.
El grupo en busca de la luz se lanza,
Y con el sol volviendo al otro día,
Para ser de su disco conductoras
Las tres virtudes suplen á las horas.

26.

Y otro instante pasó... y otro... En su gloria
Piensa Colón, cruzando por cubierta,
Y tanto tanto se engolfó en su historia,
Que era su distracción locura cierta.
Hirviendo de recuerdos su memoria,
De sus sentidos la existencia muerta,
Así decía, continuando internos,
De su alma los monólogos eternos:

27.

—«¿Conque al fin, más feliz que mis mayores,
Dejo del fiero mar la senda franca?...
¡De placer, olvidando sus dolores,
El corazón del pecho se me arranca!
¡Imbéciles! ¡Imbéciles doctores,
Que hicieron de mí escarnio en Salamanca!...
(¡Oh, cuánto tarda el sol!) ¡Su gran talento
Ha quedado, por Dios, con lucimiento!

28.

»¡Qué gozo va á sentir tan lisonjero
Beatriz Enríquez, mi secreta esposa!
¡Á su feliz progenitor primero,
Cuánto mi estirpe alabará orgullosa!
¿Y qué dirá del pobre aventurero,
Al ver que su corona hace gloriosa,
Aquella Reina para mí tan buena?
¿Y qué dirá fray Pérez de Marchena?

29.

»Santanjel ¿qué dirá de mi jornada?
¿Y Toscanelli, de Florencia aurora?
¿Y Quintanilla?... Si de mí hoy se agrada,
De seguro en sabiéndolo me adora.
La Marquesa de Moya, la privada
De la reina Isabel, ¿qué dirá ahora?
¡Con qué gracia, bondad y cortesía
En la cámara real me entró aquel día!

30.

»Venecia, ¿qué dirá mi gloria viendo?
¿Y Génova, la ingrata patria mía,
Y el falso Portugal, que dejé huyendo?...»—
Y ya triste, ya alegre, iba y venía.
Y una vez, y otra vez, yendo y viniendo,
—«¿Y ese sol que no viene?»—repetía.
La postrer vez que á un loco asemejaba;
Y la primera vez que loco estaba.

31.

—«¿Y fray Pérez?—seguía;—no se aparta
Su imagen fiel de la memoria mía:
¡El buen fraile! justo es que con él parta
Cual mi dolor ayer, hoy mi alegría.
¿Cómo decía su postrera carta?
¿Cómo decía, á ver, cómo decía?»
—«Si la tierra no halláis, loco profundo:
Si halláis la tierra, redentor de un mundo.»

CANTO XV.

MUERTE DE NUNO.

RESUMEN.

Caída mortal de Nuño.—Conclusión de su historia.—Su muerte.

I.

De un vértigo de muerte poseído
Cayó Nuño del árbol de mesana,
Cuando rival de Dios favorecido,
—«¡Tierra!»—gritó Rodrigo de Triana.
Del alta punta con fragor caído
Nuño, dando á su mal muerte temprana,
Pegado al puente, que con rabia oprime,
Rota una sien desesperado gime.

2.

Oyen Rodrigo y Zaida de su pecho
El ¡ay! al gozo general mezclado,
Y corriendo hacia él:—«Nuño, ¿qué has hecho?»—
Gritan los dos con fraternal cuidado.
Nuño, entre llanto que ocultó deshecho,
Fué resuelto á decir:—«¡Que me he arrojado!»—
Mas por no herir su pecho entristecido,
Prorrumpió el infeliz:—«¡Que me he caído!»

3.

—»Adiós, Zaida,—siguió,—dulce embeleso;
Sabe por fin que tanto te quería,
Que de tu amor me asesinó el exceso.»
—«¿Tu amor, hermano?»—«Amor, hermana mía;
Mas no se alarme tu virtud por eso,
Porque el mío en tu espíritu vivía
Como dicen que está con santa calma
En el seno de Dios mística el alma.

4.

»Viví á tu lado ardiendo en casto fuego,
En tu vida mi vida concentrada,
Viéndote airada ahora, amable luego,
Unas veces amante, otras amada.
Es el amor tan confiado y ciego
Que, aunque de mí vivías olvidada,
Iba siempre esperando el alma mía
Que te acordases de quererme un día.

5.

»Solamente una vez quise enemigo
Morir matando y acabar mis duelos;
Pero al mataros, perdonad, Rodrigo,
Impidieron mi error justos los cielos:
Mas á lanzaros á morir conmigo
No me arrastraba el odio, eran los celos;
No he podido jamás, ni aun puedo ahora,
Aborrecer lo que mi Zaida adora.

6.

»Dadme, Rodrigo, vuestra mano,—(y fría
Tendió la mano, que estrechó Rodrigo);—
Aún, si labráis de Zaida la alegría,
Seré desde la tumba vuestro amigo:
Su dicha haced, tras la desdicha mía,
Ó tremenda os dará lento castigo
La eterna, fiera y última mirada
Que en vuestra alma ¿la veis? dejo clavada.

7.

»¡Zaida! la frente que en alzar me afano
Encienda por piedad tu mano ardiente,
Pues ya me hiela el pensamiento vano
Cual losa del sepulcro de mi mente.
¡Zaida! me ahogo ya; mas no tu mano
Separes cuidadosa de mi frente,
Pues lo que en ansia atroz mi aliento embarga
Es de mi propio corazón la carga.»—

8.

Zaida, vuelto á Rodrigo el rostro hermoso,
—«¡Si él muere, muero yo!»—dijo llorando;
Á lo que Nuño replicó animoso:
—«Tú vive, y sé feliz; yo te lo mando.
También yo, si lo sois, seré dichoso,
Mi suerte á vuestra suerte atemperando,
Pues no querrán benéficos los cielos
Que después de morir muera de celos.

9.

»¡Qué noche tan glacial!... ya heló el ambiente
La sangre de mi pecho en lo profundo
¡Zaida! ¡sostenme, porque mi alma siente
Que inmenso sobre mí se vuelca el mundo!...»—
Dijo así; y Zaida lo besó en la frente,
La que inclinó por siempre el moribundo...
¡Oh de amor intensísimo embeleso!
Zaida, al besarle, ¡lo mató del beso!

CANTO XVI.

JUICIO DEL MUNDO.

RESUMEN.

Prisión del sol.—Juicio del mundo.—El Asia.—La Europa.—El Africa.—La América.—Desembarque.—Sistema solar de Copérnico.—Conclusión.

I.

Hacia la parte que al Oriente cae
No alegre se alza el sol, triste es alzado;
De las virtudes teologales trae
El disco ardiente, sin ardor, cercado.
Con cadenas de luz la Fe lo atrae,
Y prisionero, á un lado y á otro lado
La Caridad trayendo y la Esperanza,
Entre lazos de imán pálido avanza.

2.

Y—«¡Anda!—dice la Fe,—sol refulgente,—
Mientras atento el sol la escucha andando,—
El pasado, el futuro y el presente,
Residenciados los verás pasando.
¡Anda! y verás cómo dichosamente,
De la virtud el reino conquistando,
De primor en primor, de ruina en ruina,
Glorioso el mundo hacia su fin camina.

3.

»Para ir hasta la fe de los creyentes
Fué un paso nada más tu idolatría.
¡A juicio! ¡á juicio! las eternas gentes;
Y vos, ¡siglos sin fin, sueños de un día!
Pasadas sombras, sombras preexistentes,
El acento de Dios es la voz mía.
¡Honor á la virtud! ¡Oprobio al vicio!
Universo moral, ¡álzate á juicio!

4.

»Ex-dios del cielo,—continuó,—camina;
Verás surgir de entre hordas de verdades,
De todas las naciones la doctrina,
Y la moral de todas las edades.
Verás también hoy que Colón arruina
De vuestros falsos cultos las deidades,
Que es la justicia la pasión más tierna,
Que es la virtud la religión eterna.

5.

»¡Á juicio!»—repitió.—Y á este conjuro
De exhumación, desde la tumba fría
El pasado, el presente y el futuro
Pueblan en irrupción la luz del día.
Y aunque se alzó cuanto es y ha sido puro,
Casi desierto el éter parecía.
¡Cuán pocos genios en el mundo fueron!
¡Cuán pocos ¡ay! en la virtud murieron!

6.

Después la Caridad repite:—«Avanza,
Con eterno pesar, á Colón viendo
Que á derrocar la idolatría alcanza
Hoy su misión providencial cumpliendo.»—
Calló la Caridad, y la Esperanza
Dirigiéndose al sol sigue diciendo:
—«Mira brillar con deslumbrante gloria
La gran fosforescencia de la historia.

7.

Medio muerto aquí el Chino enfatúado
Vegeta en no alterada servidumbre;
Cual gusano eficaz vive encerrado
En la cápsula vil de la costumbre.
El hombre arrastra aquí, mal de su grado,
De sí mismo la inmensa pesadumbre.
Para hallar su ataúd sin pena alguna
Vuelve al revés su inseparable cuna.

8.

»Á Confucio mirad, cuya doctrina
La más ilustre comunión adora;
Por él la gloria de la raza china
Del mundo irá hasta el fin hora tras hora.
¡Salud por siempre á tí, sombra divina,
Destello de Moisés, de Cristo aurora!
Para pasar por dios faltó á tu estrella,
Mártir de tu moral morir por ella.

9.

»Región de los humanos huracanes
La Mongolia mirad, del mundo sierra;
Donde aludes de bárbaros sus khanes
Desploman sin piedad sobre la tierra.
Fiera madre de fieros Tamerlanes,
Desde sus cimas predicando guerra,
Verdugo Atila descendió iracundo
De orden de Dios á ajusticiar al mundo.

10.

»India feraz que los diamantes cría,
Donde manda primero el que antes llega;
Tu belleza gentil, blanca Etiopía,
Siempre á reyes exóticos se entrega.
Rindiendo á Brama adoración impía,
Cual hoy mañana, raza mujeriega,
¡Siempre tu estrella te será contraria!
¡Siempre serás del universo paria!

11.

»¿Dónde fueron? Ni el sitio de Ecbatana,
De Babilonia y Nínive adivino:
De un rey fundadas por la fuerza vana,
Morir casi al nacer fué su destino.
Siempre que un pueblo en su carrera humana
De la austera virtud deja el camino,
Del registro en que fiel sus faltas lleva,
Dobla el cielo la hoja, y cuenta nueva.

12.

»¿Quién tanto Franco en agresión aleve
A las orillas del Jordán convoca?
Volved atrás, ¡idólatras! no debe
Ver la virtud superstición tan loca.
De los reyes y príncipes la plebe
Sólo, cual vulgo vil, cree en lo que toca.
¿Va indiscreta á enseñar vuestra osadía
El camino de Europa á la Turquía?

13.

»¿Os llevó Dios á Siria, cual llevaba
Al Asia á Omar de expoliaciones rico?
Emisario del cielo se juzgaba
El Africa talando Jenserico.
Que lo impelía Dios también pensaba
Cuando, asolando el bárbaro Alarico,
Le preguntó la Europa desvalida:
—«*¿Qué nos dejáis?*»—Y él contestó:—«*La vida.*»—

14.

»Nunca es adepto del Divino-humano
Quien, en su nombre, bárbaro extermina.
Cuando se aja á este Dios, alza la mano,
Bendice, y rayos de perdón fulmina.
Al mundo en escisión proclama hermano.
Práctica del amor es su doctrina.
Por él en cualquier tiempo y donde quiera
Espera con razón todo el que espera.»—

15.

Así el eterno Oriente diseñando,
De donde el genio con la luz se vino,
Fué el celeste congreso, y continuando,
Hacia la Europa apresuró el camino.
La virtud prosiguió:—«Seguid pasando,
Los grandes emisarios del destino,
A quienes queda de su inmensa gloria
El fantasma del goce, la memoria.

16.

»La Rusia allí, que su cerviz levanta
De entre la alfombra de la nieve fría
Para llevar su entumecida planta
Fastidiada del Norte al Mediodía.
Saludad á Moscou, la ciudad santa,
Que cual blandón ha de incendiar un día
De los cosacos la salvaje tropa,
Para alumbrar la libertad de Europa.

17.

»¡Lázaro triste de la raza humana!
¡Glacial Italia! ¡Tan leal como eres,
Desdichado Esclavón, serás mañana
Pobre José vendido á mercaderes!
Cual Cid, aun muerto, de tu sombra vana
Tus contrarios huirán como mujeres,
Y no tendrán tranquilizado el pecho
A no verte ¡infeliz! pedazos hecho.

18.

»¡Hijo del mundo, Macedón guerrero!
Tú y tus iguales de inviolable estrella,
Para dar campo á vuestro numen fiero
Alzáis al mundo en paz falsa querella.
¡Héroes, cometas de fatal agüero!
Dejáis de sangre una indeleble huella,
Y talaréis al fin rama tras rama
El gran plantel que humanidad se llama.

19.

»¿Cuál razón tu glorioso vandalismo
Habrá ante Dios que á disculparte baste?
¿En el Asia tal vez con heroísmo
A Salamina y Maratón vengaste?
¡Horror! Desde que en fama y despotismo
Impregnada la atmósfera dejaste,
Febrífugo se lanza á la victoria
Envenenando el mundo con tu gloria.

20.

»De tí, Stambul, la juventud se aleja;
Débil cual niña, como vieja vana,
Decrépita al nacer Roma te deja;
La Turquía después te engendra anciana.
Eterna joven y perpetua vieja,
Hoy eres vieja como ayer; mañana,
Rompiendo tus fronteras que ya sitia,
Vieja también te engendrará la Escitia.

21.

»¡El turco! no hay quien á luchar osado
En honor de sus bárbaros se apreste;
Su término en Lepanto está marcado,
Antes que á Europa su lascivia infeste.
Será de nuevo al Turkestán lanzado,
Para ejercer entre ignorancia y peste
La esclavitud con indeleble infamia,
Con deshonor sin fin la poligamia.

22.

»¡Adiós Grecia! tus fábulas extrañas
Las más dichosas son que se han forjado:
Grandes fueron, muy grandes, tus hazañas,
Mas ¡cuánto la bondad te ha calumniado!
Esparta, la de madres sin entrañas;
Atenas, la que á Aspasias ha admirado;
Quedaos ahí con vuestra falsa gloria
Volviendo á ser el sueño de la historia.

23.

»Dios por su Dios, sus hábitos por leyes,
Su fe y candor por únicos honores,
La Alemania ayer bárbara, sus greyes
En plantel convirtió de emperadores.
Dando cartas de príncipes y reyes
A un oscuro aluvión de sus pastores,
Respirando rencor su genio un día
Vino á matar al mundo que moría.

24.

»La valiente Alemania ha despertado
Contra Roma del mundo el patriotismo:
Enérgico Samsón que ha derribado
El templo universal del paganismo.
Este fiero Samsón ya lo ha enervado
Dalila de su fuerza, el cristianismo;
Hoy preso y ciego su vigor condensa
En pensar y sufrir, muerto que piensa.

25.

»Ven, Guttemberg: tú que en metal vaciaste
Nuestra mente, estatuario de la ciencia;
Y que alas, nuevo Dédalo, engarzaste
A tu hija en prisión, la inteligencia.
Tú los diluvios que vendrán secaste:
De bárbaros y de aguas la afluencia
Ya el mundo no ahogará, pues es tu invento
El arca de Noé del pensamiento.

26.

»Rompiendo Schwartz la espada á los tiranos,
Erigió una igualdad nunca vista antes.
Al inflamar la pólvora sus manos,
Tornó en polvo el acero y los diamantes.
Él los gigantes convirtió en enanos,
Y alzando los enanos á gigantes,
Hoy dispensa la vida ó da la muerte,
Tan poderoso el débil como el fuerte.

27.

»¡Capua del mundo! ¡Tierra de alegría!
Legataria nación de aventureros:
Son tus ciudades, reinos algún día,
De las hordas del Norte invernaderos.
¡Pobre madre de expósitos, que cría
Los hijos de su amor como á extranjeros!
Genoveses, Venetos, Sicilianos...
¡Oh, Italia! ¿dónde están los Italianos?

28.

»¡Nápoles! ninfa de la mar salida,
En agua envuelto el pie, la frente en lava.
¡Génova! la de historia esclarecida,
Plebeya reina ayer, y hoy reina esclava.
¡Gloria á Venecia! la ciudad nacida
De un mandoble de Atila, el que asolaba.
¡Florencia! emporio de artes liberales,
Bazar de bagatelas inmortales.

29.

»Con la brújula se honra Pasitano,
Del grande Flavio cuna y mauseolo;
Con ella á un leve revolver de mano
Un polo colocó del otro polo.
Con esa negra luz el nauta ufano
Cruza seguro el mar, perdido y solo;
Que es su aguja en la noche más sombría
El índice de Dios que al hombre guía.

30.

»¡Roma infeliz! hoy sierva, antes señora;
Perpetua en todo, eterna es tu agonía.
¿No es verdad, inmortal conquistadora,
Que es un tormento atroz la tiranía?
Sufre tú en ley de Dios, sufre tú ahora
Todas las penas que causaste un día,
Por un hado al servir, cual tú, perverso,
De eterna expiación al universo.

31.

«¡Caer! Tal es la inevitable suerte
De todo pueblo altivo ó miserable,
Que desprecia por débil ó por fuerte
El genio humilde y la virtud amable.
Siempre así fué y será. Porque la muerte
De un justo Dios, ministro inexorable,
Castiga de su ley las transgresiones
Volviendo al orden pueblos y naciones.

32.

»Ved de la Europa el mirador alzado
Adonde en busca de solaz asiste
Ya el triste por la patria, el expatriado;
Ya el expatriado del placer, el triste.
De los libres la Helvecia es el dechado:
Lo grande en lo sencillo allí preexiste:
De su verdor y su inocencia irradia
La pura luz de la ideal Arcadia.

33.

»Ved la Francia, Amadís de las naciones,
Que el tipo-rey del Ateniense encierra,
Culto en su hablar, gentil en sus acciones,
Tierno en la paz, heróico en la guerra.
Dueño de los humanos corazones
Cual general Demóstenes, la tierra
De polo á polo, á su pesar absorta,
Su lengua escucha que el infierno aborta.

34.

»Pueblo francés, gentil aventurero;
Corazón de la Europa siempre ardiente;
Seco después, si arrollador primero,
Tu genio es la avenida de un torrente.
Hijo pródigo en sangre, el orbe entero,
De tu ardor juvenil padre indulgente,
Siempre tus faltas á olvidar se allana,
¡Buen Benjamín de la familia humana!

35.

»Limosnero de tronos, genio aciago,
De un gran siglo sangriento meteoro;
Sólo sabrás en tu glorioso estrago
Verter la sangre y derramar el oro.
¿Qué libertad darás al mundo en pago
De tanta mortandad y tanto lloro?
No dejarle más cauce al pensamiento
Que el cauce estrecho de tu pobre aliento.

36.

»¡Fidias de reyes! las estatuas reales
Que hará el buril de tu invencible espada,
Mostrarán en sus rostros las señales
De su alcurnia vulgar del polvo alzada.
Miradlas cuál ostentan sus modales
Servil grandeza, genio su mirada,
Nobleza el rostro, el corazón perfidias...
¡Bustos indignos de tan grande Fidias!

37.

»Nave anclada por Dios eternamente,
Tus cables hacen de la mar un lago.
Codiciosa Sidón, Roma potente,
Tiro suntuosa, suspicaz Cartago;
Del mundo santabárbara, tu mente
De la tierra será gloria y estrago,
Pues si Dios comprimiese tu energía
Un orbe de diamante volaría.

38.

»Pueblo heroico sin fin, de héroes no honrado,
Atenas espartana, Albión sombría,
Rey-pueblo, en cuya historia han encarnado
Cien verdugos su vil genealogía;
Témpano desde el polo desgajado
Para aplastar al débil Mediodía;
Plaza que el mar defiende y que bloquea,
De exterminio y de luz futura tea.

39.

»Patria del Cid; del continente llave;
Valle feraz y estéril ventisquero;
Pueblo infanzón, pundonoroso y grave;
De la tierra hijodalgo caballero,
Para tus reyes en su frágil nave
Va á remolcar Colón un mundo entero.
Desde hoy será con infinita gloria
Sarcasmo de la fábula tu historia.

40.

»Allí Numancia en inextinta hoguera
Cayó vencida, sí, mas no humillada.
¡El Thibet español, Castilla fiera!
Mirad la Troya occidental, ¡Granada!
¡Zaragoza! Numancia venidera.
Sagunto por sus manos incendiada,
Por no verter como cautiva llanto...
¡Jamás tu aliada Roma hizo otro tanto!

41.

»Saludad á la reina de Castilla,
Pasmo y honor de la española gente:
Será tu luz ¡oh sol! que inmensa brilla
La antorcha de su imperio solamente.
De cuantos son y fueron maravilla:
Buena, osada, severa é inteligente,
Nunca un alma ostentó más soberana
En su vida inmortal la raza humana.»—

42.

Viendo la reina de Castilla enfrente,
Las tres virtudes desde el sol bajando,
Una tras otra su espaciosa frente
Fueron gentiles con amor besando.
Y una tras otra alternativamente,
Cual un ensueño ante su faz pasando,
Murmuró—«*amiga*»—la Esperanza ufana,
—«*Hija*»—la Fe, la Caridad—«*hermana.*»—

43.

Y por primera vez el sol brillando,
La América hizo ver en tal momento.
¡Oh placer! ya sabremos en llegando,
Si al gran Colón lo asesinó el contento.
La Esperanza después prosigue hablando,
Y dirige hacia esa África el acento,
Donde es perpetuamente, ó una dolencia,
O un eterno bostezo la existencia:

44.

—«¡Salud, patria de Aníbal! Te ha perdido
Tu balance final, rico avariento.
En tus largas empresas siempre ha sido
Más grande la verdad que el fingimiento.
Dí, si no tú, fiel y valiente Dido,
Cuánto más bella es tu virtud, que el cuento
En que Virgilio al calumniar tu historia
De tu ultra-castidad nubló la gloria.

45.

»Dejemos que el Egipto, India africana,
Con gloria sus pirámides ostente.
¿Quién las ha alzado?—¡Oh vanidad hamana!
Ni el nombre de su autor guarda esa gente.
Momia nación, ya turca, ya pagana,
¿Cuándo eres grande tú? Cuando á tu frente
Conquistan en tu nombre algún trofeo
Sesostris, Faraón ó Tolomeo.

46.

»A Cleopatra ved, lividinosa
Sus gracias al poder vendiendo impura.
Venus-verdad, tan fatalmente hermosa
Que aun muerta nos fascina su hermosura
¡Oprobio á tu impudicia cenagosa!
¡Gloria á tu orgullo que borrar procura
Aunque frágil mujer, cual hombre fuerte,
Tu innoble vida con tu noble muerte!

47.

»Ruin herencia de Cham, madre de penas;
Feraz en monstruos y en virtud agreste;
Tierra de cal, mercado de cadenas,
Foco escogido del rencor celeste;
¿Siempre ¡Africa! han de ser de tus arenas
Solariegos el crimen y la peste?
¿Nunca el genio ha de hollar tu suelo inmundo,
Vil arrabal de la ciudad del mundo?»—

48.

La Esperanza siguió:—«¡Cual reverbera
El Atlántico mar, metal fundido
Que algún artista, como Dios, espera
En el álveo del globo contenido!
Tal vez cuando al llegar su hora postrera
El mundo actual se anule envejecido,
Del mar, petrificadas las corrientes,
Brotarán los futuros continentes.

49.

»¡El mar, el mar! Ved á Colón rasgando
De sus abismos los tupidos velos,
Las columnas y montes derribando
Que el arco sostenían de los cielos.
¡Salud al gran Colón, que triturando
Columnas de cristal, montes de hielos,
Á pueblos mil de un inmortal destino
Liquidando la mar abre el camino!

50.

»¡El mar, el mar! del universo puente,
Que la unidad del globo tuvo rota;
Campo que nunca limitó la mente,
Y que hoy el brazo de Colón acota.
Ya si aspira, sumerge un continente;
Ya su aliento al lanzar, mil islas brota.
De quien fuiste terror serás fortuna,
¡Tumba de mundos y de mundos cuna!

51.

»Mientras la Europa á descansar se sienta,
Cual blanca Venus de la mar saliendo,
La nunca vista América se ostenta
Hacia el camino de la luz corriendo.
Por ella, de lo antiguo con la afrenta,
El agua con el fuego enrareciendo,
No ha de cruzar el mar piloto alguno
Que no sea más dios que el dios Neptuno.

52.

»¡Patria del sol! Hoy desde sombra vana
El jardín vas á ser de lo creado,
Nacido de la mente soberana,
De ese Adán sin ventura y sin pecado.
Gloria al que en tí debe romper mañana
La espada con que Júpiter airado
Al tártaro lanzó tras mil afanes
La descendencia real de los Titanes.»—

53.

Saludando también desde su altura
La Caridad la tierra americana:
—«¡Salve!—prorrumpe,—raza sin ventura,
Tímido Abel de la hermandad humana.
Alza tu frente al sol de la cultura,
De entre el mar que tu espíritu empantana,
Ya tu placer cantando, ya tu pena
En la lengua inmortal de Juan de Mena.

54.

»Hijos del sol, de Dios siempre olvidados,
En eterna ignorancia embrutecidos,
Seréis de vuestros bosques arrancados
Á la vez ilustrados y nacidos.
Ejemplos de valor nunca igualados,
Modelos de primor siempre sentidos,
Sobre vos echarán á manos llenas
La ruda Esparta y la gentil Atenas.

55.

»De la vida en el áspero camino
De flores sembrarán vuestro sendero,
Ora la gloria del saber latino,
Ora de Dios el culto verdadero:
La razón de Platón, siempre divino;
La idealidad del inmortal Homero;
La ternura del cisne Mantüano,
El más sensible corazón humano.

56.

»Vuestra hez de ministros sanguinaria,
Que á devorar cadáveres se atreven,
Los honrarán con pompa funeraria,
Que á los muertos honrar los vivos deben.
Y aquellos que entre vos sangre contraria
De sus contrarios en el cráneo beben,
El Chipre, exentos de indomable furia,
En ricos vasos beberán de Etruria.

57.

»¿Dónde están los que á un templo dedicados
En Méjico, cual turba de corderos,
Sesenta mil cayeron degollados
Ante los pies de vuestros dioses fieros?
No les valió en su afán á los cuitados
La santa inmunidad de prisioneros;
Así juntando en amalgama impía
Con la vil crueldad la cobardía.

58.

»El Dios que os impondrá nuestra milicia,
En virtud ha erigido la paciencia;
Mayor que su rigor es su justicia;
Mayor que su justicia es su clemencia.
Por él, arrepentida la malicia,
Hermana vuelve á ser de la inocencia;
¡Un Dios que sólo al sacrificio atiende!
¡Un Dios que de la ofensa no se ofende!»—

59.

Calló la Caridad. Y á un sol brillante
Colón la tierra con placer mirando,
Sellar en ella el pie quiere arrogante
En nombre de Isabel y de Fernando.
Cambia el mundo de faz, y en el instante
Del sistema solar la ley trocando,
Así dijo la Fe, por Dios enviada,
Entre el sol y la tierra colocada:

60.

—«¡Párate,—dijo,—¡oh sol! alto aquí haciendo,
Queda por siempre tu misión cumplida;
Á cuanto ves desde hoy darás luciendo,
Muerto é inmóvil, movimiento y vida.
Serviste ayer la idolatría huyendo,
Y en perpetuo castigo de tu huída
Te condena á estar fijo eternamente,
Por falso dios el Dios omnipotente.»—

61.

Y añadió vuelta hacia el opuesto lado.
—«Y tú, globo terráqueo, Prometeo
Á un invisible Cáucaso aherrojado
Por la fuerza mental de Tolomeo,
El Hércules Colón, tan esforzado
Que engendra un continente de un deseo,
De tu eterna prisión librarte anhela,
Rompe tus hierros, cerca el sol, y vuela.»—

62.

Era el momento aquel en que mandando
Armar los botes, salta, é iza triunfante
El pendón de Isabel y de Fernando,
Vestido de escarlata el Almirante.
Van en tropel los botes asaltando.
Bogan... Ya llegan... Dentro de un instante
De la Envidia fatal pese á la guerra,
Sin morir de placer pisarán tierra.

63.

Y bogan más... Llegaron. En el acto
Colón la enseña de Castilla abarca,
Y el Nuevo Mundo, desde Adán intacto,
Grande el primero con sus plantas marca.
La tierra, electrizada á su contacto,
Se estremeció en el éter, como barca
Que asalta el pescador, y ella intranquila,
Haciéndose á la mar trémula oscila.

64.

Y suelta ya, de libertad avara,
Mientras se fija el sol levanta el vuelo,
Y á un tiempo así la humanidad ve clara
La verdad en la tierra y en el cielo.
Y entre tanto que el sol su curso pára,
De sus entrambos polos roto el hielo,
La tierra, como fúlgido topacio,
Libre en torno del sol cruza el espacio.

65.

Y contemplando al genio que en un día
De la tierra y del sol cambia el gobierno,
La Envidia, la Ignorancia é Idolatría
Tornáronse espantadas al Infierno.
La gente en tanto una oración envía,
Hincada de rodillas, al Eterno.
Vuélvense á su mansión de bienandanza
La Fe, la Caridad y la Esperanza.

66.

Fué entonces cuando el orbe vió espantado
Rodear el globo al cetro de Castilla,
Como un grano de arena abandonado
Que en lo infinito del espacio brilla.
Y entonces fué cuando observó admirado
Copérnico, del Báltico á la orilla,
Que un inmóvil poder al sol aferra,
Y que en torno del sol gira la tierra.

FIN DEL POEMA.

ÍNDICE.

Imprenta Central á cargo de V. Saiz, Colegiata, 6.

